

Massimo Teodorani

SÍNCRONICIDAD

El vínculo entre
la Física y la Psique
desde Pauli y Jung
hasta Chopra



MASSIMO TEODORANI

SINCRONICIDAD

El vínculo entre
la Física y la Psique
desde Pauli y Jung
hasta Chopra



Sirio

SINCRONICIDAD

INTRODUCCIÓN

En este libro vamos a tratar el misterioso y extraordinario fenómeno de la sincronicidad, que ha acompañado al ser humano a lo largo de toda su historia como vínculo real con su matriz espiritual. La sincronicidad adopta varias formas: en general conecta el estado de ánimo particular de una persona con un acontecimiento simultáneo cargado de significado, sirviendo como una guía en la vida de esa persona. Pero también es un fenómeno que puede implicar a una gran colectividad de individuos. En sí misma, entendida y vivida bajo la luz adecuada, puede ser el principal elemento transformador de la humanidad en su conjunto.

Estudios cruciales de mecánica cuántica demuestran de manera indiscutible que a ciertos niveles, en el mundo microscópico de las partículas elementales, la realidad fenoménica que por regla general experimentamos secuencialmente en forma de causa y de efecto tiene en su base una matriz en

la que el principio de causalidad deja de existir. El mundo cuántico, en su naturaleza más íntima, muestra que el gran diseño que regula el universo en su conjunto es en realidad una danza infinita en la que todas las partículas que constituyen la propia materia están mutuamente sincronizadas y armonizadas en un *continuum* que va mucho más allá del tiempo y del espacio. La matriz de nuestra realidad es espiritual; asimismo nuestra realidad también es producto de cómo nosotros podamos y queramos crearla, desde el momento en el que los mismos acontecimientos sincroníticos parecen recordarnos que no somos observadores pasivos de un frío universo que funciona como un reloj, sino también actores de la creación. Nuestra psique es el medio que nos permite recordar en todo momento qué somos y de qué formamos parte, y por un extraño mecanismo, parece coincidir con la materia en sus formas más elementales, como descubrimos en el mundo cuántico.

En este breve análisis intentaré mostrar que la sincronicidad no es una coincidencia casual o una ilusión infantil, sino que tiene claras raíces científicas según el pensar de dos grandes genios de la primera mitad del siglo xx, que precisamente se encontraron por sincronicidad a fin de constituir —sobre una base interdisciplinar— un modelo que explique uno de los grandes misterios de la existencia humana. Probablemente aquellos dos hombres se encontraron respondiendo a un impulso inconsciente de la humanidad, justo en el momento en el que ésta comenzaba a atravesar un período de incertidumbre acerca de su verdadera identidad. Fue el período en el que el hombre comenzaba a experimentar con la energía atómica y a presagiar los efectos apocalípticos que esta podría acarrear, si la humanidad no se encuentra a sí misma. Este libro se centra principalmente en las figuras del

gran psicólogo suizo Carl Gustav Jung y del gran físico cuántico austriaco Wolfgang Pauli, y en cómo nace y se desarrolla su colaboración a lo largo de veinte años. Ellos unieron su saber madurando la convicción de que la sincronicidad es un fenómeno que unifica la psique y la materia, pero sobre todo que es el elemento que demuestra que el universo, compuesto de esta dualidad, no se desarrolla al azar, sino que está estructurado por la vida y por la conciencia.

Las investigaciones de Pauli en física cuántica muestran que la sincronicidad es intrínseca a la materia, cuando ésta es observada en el ámbito cuántico, como si la danza de las partículas fuese una unión constante con una mente superior. Las investigaciones de Jung, por su parte, se centran en el inconsciente colectivo, buscando la raíz verdadera del espíritu humano y el principio real de los arquetipos, así como los principales orígenes de la sincronicidad que atañen simultáneamente a un estado psíquico y a un acontecimiento externo. Expondré el gran proyecto de Pauli para crear una nueva ciencia psicofísica capaz de unir el hombre al cosmos; proyecto nacido de una exploración profunda en los laberintos de su propia esfera psíquica. Presentaré después los resultados más importantes de las investigaciones de vanguardia, tanto en el campo de la física como en el de la biología, que muestran cómo el mecanismo de la sincronicidad afecta a diferentes aspectos de las ciencias de la naturaleza y cómo la raíz de esta fenomenología tiene de nuevo su origen en el ámbito cuántico, un campo que parece reservar grandes sorpresas para la ciencia del tercer milenio.

La existencia de fenómenos misteriosos con un gran número de características sincrónicas, como los ovnis y los círculos de las cosechas, propios de nuestra época, parece querer hacernos despertar a una nueva conciencia, empujarnos

SINCRONICIDAD

a vivir una realidad más plena de nosotros mismos y del universo en el que vivimos, e incluso a encontrar una nueva ciencia que nos ponga en armonía con las leyes de la creación. El hecho de dilucidar las raíces científicas de la sincronicidad y de los fenómenos directamente relacionados con ella ha permitido difundir en la imaginación colectiva un nuevo *modus vivendi*, y una filosofía de la existencia orientada a la búsqueda de nosotros mismos como personas y como sociedad. De esto hablaré presentando la figura y el mensaje del médico indio Deepak Chopra y su efecto en la sociedad de nuestros días, tan perdida en este desierto tecnológico y tan desprovista de valores, pero a la vez tan ansiosa de reencontrar sus propias raíces y una conexión con el universo del que formamos parte.

En la actualidad, la cultura occidental se ha vuelto cada vez más materialista y despersonalizada, buscando la felicidad a través de la adquisición de bienes materiales y el consumo. La espiritualidad se ha visto desplazada por el pragmatismo y el功利主义 (功利主义 - gonglizhi), que promueve la idea de que lo más importante es el resultado y no el proceso. En este contexto, la figura de Deepak Chopra ha sido un faro de esperanza para aquellos que buscan una alternativa a esta forma de vida. Su trabajo ha sido fundamental para despertar la conciencia de la necesidad de conectar con el universo y con uno mismo, y para promover la idea de que la salud mental y emocional es tan importante como la física. Su mensaje ha sido bien recibido en todo el mundo, y su influencia se ha extendido a través de numerosos libros, conferencias y programas de televisión. A través de su trabajo, Chopra ha ayudado a miles de personas a encontrar una mayor plenitud y significado en su vida, y a reconectar con su propia esencia y con el universo que las rodea. Su visión integral de la salud y la bienestar ha sido un verdadero regalo para la humanidad, y su legado将继续 (继续 - jìxù) inspirando a las generaciones futuras a seguir explorando las profundidades de la sincronicidad y la conexión universal.

SÍNCRONICIDAD

Capítulo 1

UN CONOCIMIENTO ANTIGUO

Acontecimientos sincrónicos con un determinado estado de ánimo han ocurrido desde que existe el hombre. La evolución tecnológica de la sociedad y su transformación en un sistema basado en el beneficio económico, en el materialismo o en sociedades vulgares, presuntamente socialistas y carentes de valores espirituales, parece haber alejado a la humanidad de aquella especie de «diálogo divino» que la ligaba a lo trascendente. Sin embargo, justo en esta época de inquietud generada por una crisis de valores sin precedentes, comienzan a resurgir algunos ecos del conocimiento antiguo, de una manera cada vez más impetuosa, tanto individual como colectivamente.

Una civilización como la griega, sobre todo a la luz del pensamiento de filósofos como Platón, con su «mundo trascendente de las ideas»; Pitágoras, con su «afinidad de todas las cosas», o Plotino y Heráclito, con su «visión unitaria»,

concebía una unión directa del hombre no solo con el universo de la materia, sino también con el de la conciencia. Los antiguos cosmólogos creían que el mundo se mantenía unido por un principio de totalidad. Por ejemplo, Hipócrates —460-365 a. de C.—, considerado padre de la medicina, creía que el universo se mantenía unido a través de lo que él llamaba «afinidades ocultas», y a propósito de esto afirmaba:

Hay un movimiento común, una respiración común, todas las cosas se hallan en resonancia unas con otras.

En este contexto, las coincidencias significativas pueden explicarse como «elementos afines» que se buscan entre sí. Es una unión fuera del tiempo y del espacio, donde la aparición de acontecimientos sincrónicos era interpretada como una señal divina. En el Renacimiento, el filósofo Pico della Mirandola escribió:

En primer lugar, hay una unidad en las cosas por la cual cada una de ellas es una consigo misma. En segundo lugar, existe la unidad por la cual una criatura está unida a las demás y todas las partes del mundo constituyen un solo mundo.

Los alquimistas medievales, aunque no siempre eran plenamente conscientes del funcionamiento de los mecanismos que se desencadenaban en sus laboratorios, retomaron el concepto de unión sincrónica entre mente y materia, en el que la transformación práctica de elementos químicos innobles en oro era una especie de ritual simbólico para conseguir una transformación y una purificación de la psique. El concepto más general de «interconexión» fue rescatado del olvido gracias a grandes filósofos como Leibniz, con su teoría

de las mónadas, o a Schopenhauer, con su convicción de que el secreto del mundo y de la vida misma residía en la unidad de todas las cosas en un marco sincrónico que aunaba los objetos entre sí, y del mismo modo, a la psique con la materia.

Sin embargo, la idea de la existencia de una interconexión entre todas las cosas, que tiene sus raíces en el pensamiento medieval, comenzó a disolverse gradualmente con la aparición de las ciencias de la naturaleza, como las fundadas por Galileo y por Newton, que se basaban exclusivamente en el principio de causalidad. Mientras la revolución científica desencadenada en el mundo occidental, que eliminó la necesidad de lo irracional, puso fin a una concepción espiritual o apocalíptica del mundo, en la sociedad oriental, y de un modo particular en China, se siguió un desarrollo diferente que, en parte, todavía continúa. La misma filosofía taoísta concibe la sincronicidad como una de sus bases fundamentales, y tiene su raíz en un concepto de «interconexión» que impregnaría todo el universo. Encontramos atisbos de una concepción similar en el resto de las religiones orientales, como el budismo y el hinduismo. Pero donde el concepto mismo de sincronicidad resulta evidente y verificable empíricamente es en el procedimiento de adivinación que recibe el nombre de *I Ching*, donde el lanzamiento de las monedas y la respuesta que se puede extraer de la combinación de los números presentes en ellas es, según la cultura oriental, una representación sincrónica del destino de un individuo. De hecho, el *I Ching* —llamado también *El libro de las mutaciones*—, documento de origen antiquísimo, tiene una función exclusivamente adivinatoria. Para obtener la respuesta a una pregunta concreta, deben lanzarse seis veces tres monedas, e interpretarlas con un libro de oráculos. De la combinación que se obtiene, se crea un hexagrama hecho con líneas

continuas y líneas quebradas. Existen sesenta y cuatro hexagramas posibles y cada uno de ellos se corresponde con un nombre y con un oráculo preciso, capaz de proporcionar una respuesta a la pregunta que ha sido formulada inicialmente. Un mecanismo similar tiene lugar en los famosos tarots y en las antiguas runas celto-germánicas.

Aunque no pretenden ser entendidos propiamente como una práctica adivinatoria, los procesos sincrónicos mente-materia se manifiestan también en los «mandalas», figuras geométricas plenas de simetría que reflejan como un espejo el orden interno del individuo en conexión con el orden universal invisible. El individuo, mirando estas figuras, percibe sincrónicamente una armonía que se encuentra también dentro de él mismo. Por lo tanto, el mandala no es más que un símbolo que se hace explícito a simple vista, y que permite unir el mundo interno con el externo. Sin duda, los mandalas más espectaculares de nuestros días son los famosos y espléndidos pictogramas que son dibujados en los campos de cultivo. Su origen no importa ahora, ya sea que estos misteriosos dibujos provengan de una técnica humana de *Land Art* o de la intervención de fuerzas sobrehumanas; solo importa el efecto que producen en la psique, porque también en estos sorprendentes casos, ésta es objeto de una transformación sincrónica con la visión de estas figuras. Lo que se produce en la psique no es una «fuerza» que se manifiesta siguiendo la secuencia de causa y efecto, sino un «proceso informativo» instantáneo, basado exclusivamente en formas y en símbolos de gestación universal —que ya están dentro de nosotros—, capaces de desencadenar el recuerdo inmediato de nuestra verdadera naturaleza, como si pertenecieran a un diseño creativo de origen espiritual.

Un mecanismo sincrónico parece operar en la astrología misma, donde, según una antigua sabiduría milenaria, existiría una sincronicidad entre la posición de los planetas y la fecha de nacimiento de una persona, su destino y su carácter.

En todos los casos, esta sincronicidad, que se encuentra en el principio de un mecanismo universal ignorado aún hoy en la cultura tradicional de Occidente, se presenta como pura correlación entre acontecimientos no ligados entre sí por una relación de causa-efecto. La sincronicidad se suele manifestar generalmente cuando un acontecimiento coincide con un pensamiento o con un estado de ánimo: es una auténtica interacción entre la mente y la materia. También puede darse únicamente entre dos o más acontecimientos externos; estas coincidencias significativas siempre dan origen a fuertes sensaciones en la psique de quien las percibe.

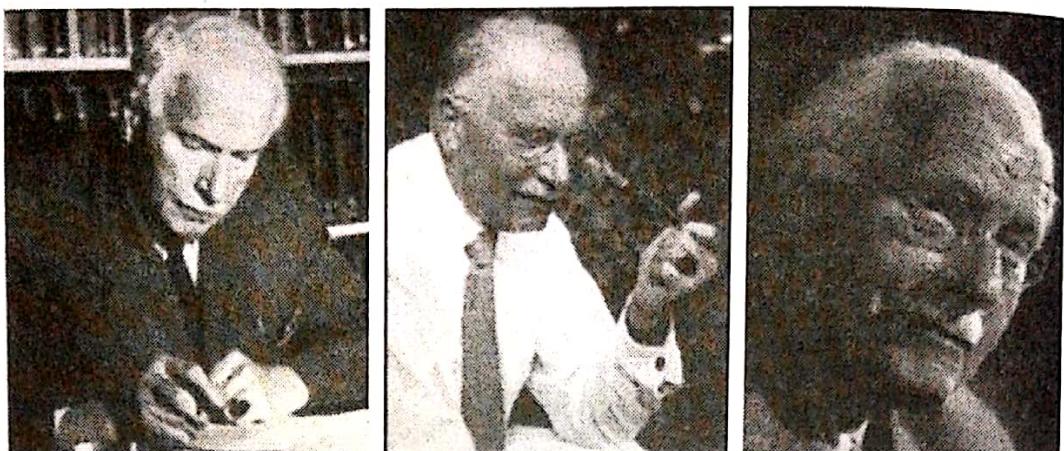
En Occidente, los que estudiaron en mayor profundidad el fenómeno de la sincronicidad fueron el psicólogo analítico suizo-alemán Carl Gustav Jung y el físico cuántico austriaco y premio Nobel de Física Wolfgang Pauli. Realizaron un estudio conjunto que, por primera vez en la historia, abrió las puertas a la posibilidad de que el fenómeno de la sincronicidad pudiera ser estudiado en un marco científico, en el que la realidad de la materia y la de la psique se combinaría en una única «realidad psicofísica».

SINCRONICIDAD

Capítulo 2

LA GRAN MAGIA QUE DESCUBRIÓ CARL JUNG

De joven, el gran psicólogo Carl Gustav Jung (1875-1961) no sabía qué estudios cursar. Le interesaban por igual tanto las ciencias humanas como las ciencias naturales y durante mucho tiempo no supo decidirse, hasta que finalmente optó por la medicina, para acabar licenciándose con una tesis sobre la psicología y la patología de los fenómenos ocultos, especializándose después en psiquiatría. Su disposición al saber múltiple se desarrolló después en su labor como psicólogo. De hecho, no contento con el marco demasiado humanístico y conductual que por aquel entonces caracterizaba a la psicología, quiso crear una auténtica ciencia que unificase la realidad cotidiana con el mundo del espíritu. Inevitablemente, estudió en la escuela de psicoanálisis fundada por Sigmund Freud, la cual estaba basada en lo que se llamó el «inconsciente individual», y durante mucho tiempo fue el colaborador y partidario más tenaz tanto de la metodología como de los asuntos de base. No obstante, Jung se



Algunas imágenes del psicólogo Carl Gustav Jung

distanció enseguida de Freud, puesto que basó su paradigma no solo en el inconsciente individual, sino también en la idea de la existencia de un inconsciente colectivo y de los arquetipos presentes en él.

2.1. LA SINCRONICIDAD DE LA BIBLIOTECA Y LA SEPARACIÓN DE FREUD

En la escuela de Freud, Jung aprendió que, desde una óptica claramente positivista y materialista, todos los problemas de la psique residían en el inconsciente del individuo, una especie de almacén en el que estaban las raíces de todos los problemas psíquicos, que Freud consideraba de naturaleza preeminente sexual. Pero con el tiempo, Jung, que no aceptaba la fiabilidad diagnóstica de este componente, al que consideraba limitante y subjetivo, comenzó a madurar la idea de que la verdadera raíz de los problemas de la psique residían en los rincones más remotos de nuestra espiritualidad no desarrollada.

El planteamiento de Jung, aunque se hallaba unido al concepto de «inconsciente», terminó por diferenciarse fuertemente del de Freud. A pesar de todo, el primero le reconocía

al segundo el mérito de haber proporcionado la clave interpretativa del inconsciente, algo que no había logrado nadie antes que él. De hecho, el mismo Jung defendió a Freud de los académicos más recalcitrantes del momento. Antes de Freud no se sabía casi nada, a nivel científico y terapéutico, sobre los mecanismos del inconsciente. Éste inició un primer enfoque de tipo claramente materialista. Jung le siguió inmediatamente después, valiéndose de los estudios que Freud inició y, al mismo tiempo, cambiando radicalmente la clave interpretativa del inconsciente. Jung consideraba, en efecto, que el mejor medio para hacer surgir al inconsciente o eliminar su problemática era ayudar al paciente a comprender sus sueños. Tras una década de terapia, se había percatado de la relación indiscutible entre el contenido de los sueños con extraños acontecimientos coincidentes con ellos y con la recuperación de la salud psíquica del paciente. Aquellos sueños podían interpretarse siguiendo un mecanismo que contemplaba una estrecha interacción entre el terapeuta y el paciente: en ese contexto, el paciente no es un objeto clínico pasivo, sino que se convierte, él mismo, en el protagonista y artífice de su cura desde el momento en el que, bajo la guía del terapeuta, se da plenamente cuenta del significado simbólico de estos sueños y de su poder liberador de los trastornos psíquicos de diversa naturaleza.

Esta era la técnica que hizo famoso a Jung y que también alcanzó a Freud, aunque cuando el primero, además de las técnicas de eliminación de los problemas psíquicos, comenzó también a promover nuevas temáticas interpretativas, Freud vio de pronto una peligrosa desviación de la mentalidad positivista en la que él se basaba. Para Freud, la espiritualidad no debía convertirse de ningún modo en un terreno de investigación, ya que la consideraba un campo

minado, más cercano a la religión y a la magia que a la ciencia. De hecho, después de un período de colaboración que duró seis años, la aparente asociación entre los dos terminó.

Ya en el año 1910, durante una visita de Jung a Freud, sucedió algo extrañísimo de lo que ambos fueron testigos. Antes de la visita, Jung había escrito algunas veces a Freud para informarle acerca de la evolución de sus estudios sobre algunos aspectos, sin duda alguna desconcertantes, de la psique. Aspectos que eran capaces de generar acontecimientos insólitos como la sincronicidad, y también algunos fenómenos paranormales como la telepatía y la clarividencia. Jung lo había percibido al estudiar a fondo a sus pacientes: con ellos había experimentado muchas veces acontecimientos sorprendentes de sincronicidad. El día en que visitó a Freud en Viena para hablar de sus observaciones con sus pacientes, el clima entre los dos resultó ser tenso desde el primer momento. Freud manifestó sin reparo un sarcástico escepticismo en contra de Jung. Lo acusó incluso de haber caído «en la fangosa marea negra del ocultismo». Jung se sintió tan incómodo frente a una mente tan cerrada que, en un primer momento, fue incapaz de pronunciar palabra alguna ante las acusaciones de aquel hombre completamente obtuso y narcisista que pocos años antes había estimado y amado como a un padre, y como a un guía seguro. En un momento determinado, durante el transcurso de su entrevista, sucedió algo realmente extraño. Pero leamos las palabras del propio Jung:

Mientras Freud exponía sus argumentos, yo sentí una extraordinaria sensación. Me pareció como si mi diafragma fuera de hierro y se pusiera incandescente —una cavidad diafragmática incandescente—. Y en este instante sonó un crujido tal en la biblioteca, que se hallaba inmediatamente junto a nosotros, que

los dos nos asustamos. Creímos que el armario caería sobre nosotros. Tan fuerte fue el crujido. Le dije a Freud:

—Esto ha sido un fenómeno catalítico de exteriorización.

—¡Bah —dijo él—, esto sí que es un absurdo!

—Pues no —le respondí—, se equivoca usted, querido profesor. Y para probar que llevo razón le predigo ahora que volverá a oírse otro crujido inmediatamente.

Y, efectivamente: ¡apenas había pronunciado estas palabras se oyó otra vez el mismo crujido en la biblioteca! Hasta el día de hoy, no sé qué es lo que me dió aquella certeza, pero supe sin ningún género de duda que el ruido se volvería a oír. Freud me miró horrorizado, no sé qué pasaría por su mente ni el significado de su mirada. En todo caso, este hecho despertó su desconfianza hacia mí y tuve la impresión de haberle hecho algo. Nunca más volví a hablarle de esto.

¿Qué fue lo que sucedió? Fue producto de un acontecimiento sincrónico entre las sensaciones de Jung y el mundo exterior: las sensaciones del psicólogo se exteriorizaron.

En lugar de hacerlo el propio Jung, el mundo exterior simplemente había respondido para intentar comunicarle a Freud aquello que aquel intentaba decirle, pues la actitud indiferente de Freud había bloqueado la comunicación. Se trata de un claro ejemplo de sincronicidad, en este caso una especie de «ayuda del cielo» para intentar convencer a su interlocutor de que los fenómenos que Jung había estudiado no solo tenían una realidad, sino también una profunda importancia en el conocimiento de la psique y en la forma en la que esta se relaciona con el mundo exterior a través de mecanismos sincrónicos.

2.2. LAS DISTINTAS FACETAS DE LA SINCRONICIDAD

Muchos ven en estas coincidencias significativas una especie de fuerza trascendental que actúa como un «pegamiento cósmico» capaz de ligar entre sí acontecimientos aparentemente casuales en un diseño coherente y cargado de significado. La sincronicidad consiste en dos factores concatenados: una imagen inconsciente entra en la conciencia directa o indirectamente bajo la forma de un símbolo, sueño, idea o premonición, y por otro lado una situación objetiva —que se verifica en la realidad cotidiana— coincide con el contenido de esa imagen.

Según Jung, sería erróneo y altamente engañoso ver una relación de causa-efecto entre los dos factores que determinan la sincronicidad, es decir, afirmar que un acontecimiento es la causa de otro. Esto significaría caer en la forma de pensar mágica y medieval —que no debe confundirse con la de los alquimistas—, la cual se basaba claramente en el principio de causalidad, pero también en la misma forma de proceder de la ciencia tradicional. Por el contrario, se debe aceptar que dos sucesos, especialmente aquellos donde el observador puede entrever un profundo mensaje simbólico, no están conectados causalmente, pero en cambio tienen un significado común. En tales circunstancias la pregunta clásica «¿qué fue primero, el huevo o la gallina?» no tiene ningún sentido porque se trata de acontecimientos simultáneos caracterizados no por un principio causativo, sino por un principio puramente creativo y arcano. En estos sucesos el observador es aquel que experimenta las sensaciones, mientras que la realidad del mundo exterior es lo observado. En estas circunstancias, el observador y lo observado se funden en un todo sincrónico. A propósito de esto, Jung afirmaba:

La sincronicidad se presenta como una coincidencia de acontecimientos en el espacio y en el tiempo, como algo que va más allá de la casualidad; se trata de una peculiar interdependencia de acontecimientos objetivos entre sí, o de acontecimientos objetivos sincronizados con el estado subjetivo del observador.

Las sincronicidades, por lo tanto, no pueden explicarse a través de las leyes comunes concebidas por la racionalidad, que se basan en el principio de causalidad y se sitúan tanto en el tiempo como en el espacio. Revelan un mundo de símbolos, formas y conexiones que trascienden a la división entre lo mental y lo material.

Después del contundente accidente sincrónico con Freud, sus caminos se separaron, lo que coincidió también con el inicio de un período dificilísimo para Jung. Se distanció de la trayectoria de Freud para llevar a cabo una auténtica exploración de la psique, experimentando en sí mismo y, a un tiempo, estudiando los perfiles psicológicos de sus pacientes. Desde el momento en el que esta profunda investigación lo condujo hacia un terreno inexplorado, Jung aceptó correr todos los riesgos, sin recurrir a un maestro o a un guía, confiando solamente en su fortaleza espiritual y teniendo bien claro que su objetivo era explorar científicamente —en el sentido más literal del término— terrenos aún misteriosos, con el fin de encontrar las leyes que los gobiernan.

En este período experimental de su vida, este gran y valiente investigador de la psique también tuvo visiones místicas, algunas de las cuales fueron aterradoras. Este tipo de episodios alcanzó su punto máximo en 1916, cuando Jung se enfrentó a auténticos fenómenos paranormales generados por una presencia anómala que apareció de improviso en su casa. Fue una auténtica zambullida en el infierno. A

pesar de ello, estos acontecimientos que le ocurrieron con tanta intensidad y frecuencia resultaron ser muy importantes, porque mostraban que para llegar a comprender a fondo el concepto del inconsciente colectivo como generador de los extraños acontecimientos sincrónicos, era inevitable pasar por lo paranormal, aunque intentando convertirse en un observador distanciado y aséptico. Jung tuvo éxito. Como veremos más adelante, los denominados «fenómenos metafísicos» desempeñan un rol básico en el modelo de la psique desarrollado por el psicólogo. Experiencias como estas, aunque a menudo angustiadoras e inquietantes, fueron necesarias para permitirle comprender en términos modernos las raíces antiguas y mitológicas del concepto de sincronicidad. Jung, experimentando también consigo mismo, estaba convencido de que existía una base científica objetiva en los mecanismos que se producían en la psique. Su investigación, enfocada en la investigación de leyes, se oponía al finalismo fideístico y religioso del pensamiento mágico medieval, encarcándose dentro de una trayectoria que, como se verá más adelante, proporcionaría propuestas fundamentales al pensamiento científico, en particular a la nueva física. Jung, en el transcurso de su viaje interior, logró mantener el control de su equilibrio mental porque esta exploración dentro de sí mismo le había permitido comprender que el inconsciente humano no se manifiesta a través de mecanismos caóticos, sino que tiene un sorprendente orden interno.

Los sucesos de sincronicidad fueron la culminación de sus investigaciones. Los estudió en profundidad, tanto a nivel teórico como en la práctica, lo cual le permitió realizar la siguiente clasificación básica:

1. La coincidencia del estado psíquico del observador con un acontecimiento externo y objetivo simultáneo, y que está directamente relacionado con el estado o contenido psíquico sin que exista evidencia alguna de conexión causal entre el estado psíquico y el suceso externo y donde, considerando la relatividad física del espacio y del tiempo, una tal conexión no es mínimamente concebible. Este tipo de coincidencia da lugar a la sincronicidad más común y extendida.
2. La coincidencia de un estado físico con un acontecimiento externo —más o menos simultáneo— que tiene lugar fuera del campo perceptivo del observador —es decir, a distancia— y que puede comprobarse solo en una fase posterior. Este tipo de coincidencia puede ocurrir en los fenómenos de «visión remota», clarividencia y telepatía.
3. La coincidencia de un estado psíquico con un evento que no ha sucedido todavía, que se encuentra distante en el tiempo y que puede comprobarse solo posteriormente. Este tipo de coincidencia es la que tiene lugar en el fenómeno de la previsión.

Por lo tanto, vemos que la sincronicidad incluye también algunos de los que se definen como «fenómenos paranormales» o «metafísicos». Por otra parte, el hecho de que Jung incluyera también estas variantes de sincronicidad no debe resultar sorprendente. Él mismo las había experimentado en su difícil trayectoria interior; no es casualidad que se hubiese graduado en un tema que tenía que ver con los fenómenos ocultos y en cómo estos se relacionan con las patologías psíquicas. Los estudios de Jung sobre la psique no podían excluir los fenómenos de percepción extrasensorial —que,

según él, tenían sus raíces en el factor psíquico—en un contexto marcadamente científico. Influyeron profundamente en Jung las investigaciones sobre los fenómenos paranormales que llevó a cabo el biólogo de la Duke University, Joseph Rhine, con quien mantenía un estrecho contacto. Jung se sentía inspirado por sus estudios, ya que parecían proporcionar una evidencia estadística sólida sobre la existencia de los fenómenos de percepción extrasensorial y psicoquinesis. Estos fenómenos, al igual que la sincronicidad que Jung estudiaba, muestran que la conexión entre acontecimientos no era el resultado de un principio de causa-efecto. Esto transgredía rotundamente la barrera del tiempo y del espacio. Por esta razón, Rhine se dio cuenta de que no podían ser interpretados como fenómenos de fuerza o de energía, sino como acontecimientos desencadenados por el inconsciente de los individuos que los producen. Sin embargo Jung sabía ya que el inconsciente no se situaba en el espacio conocido, sino en una especie de «dimensión hiperespacial» con unas leyes bien diferenciadas de las de la causalidad, propias de la ciencia estándar. El sincronismo entre el estado psíquico de un individuo y un acontecimiento en el mundo de la materia demostraba muy bien que además de las leyes de la física conocidas, existen otras que aún no conocemos bien.

Durante la mayor parte de su vida Jung estudió el fenómeno de la sincronicidad, y éste es probablemente el aspecto más estimulante e innovador de sus estudios. Con el tiempo, descubrió que la sincronicidad y los sueños sin duda forman parte de los mecanismos que emanen de la psique, pero que no se limitan a ella. El verdadero origen de todo está en una entidad objetiva y no subjetiva, que se sitúa en lo que llamó «inconsciente colectivo» y que constituye la base de sus investigaciones y de sus técnicas terapéuticas psicoanalíticas.

Jung se sentía atraído por el misticismo y por la filosofía oriental y no menospreciaba tampoco ciertos aspectos atávicos de la astrología. Sentía que al hombre occidental, y en general a la humanidad de nuestro tiempo, le faltaba algo importante, algo que había perdido pero que en otro tiempo poseía. El resurgir de cierta fenomenología era, por lo tanto, una llamada de atención para recordar a los individuos y a la sociedad en su conjunto que algo los mantiene indisolublemente ligados a un ente supremo. Este ente supremo se manifiesta principalmente en los períodos de transformación o de sufrimiento psíquico, como era el caso de los pacientes que estaban en terapia con Jung. Además de procurar a sus pacientes la mejor cura, ellos eran también su principal laboratorio de ideas.

2.3. EL PODER TRANSFORMATIVO DE LA

SINCRONICIDAD EN LOS PACIENTES DE JUNG

Fueron espectaculares algunos acontecimientos de sincronicidad de los que él mismo fue copartícipe en las sesiones psicoanalíticas con sus pacientes. Probablemente la más espectacular y reveladora fue la «sincronicidad del escarabajo». A propósito de esto, nos cuenta Jung:

Una mujer joven que tenía sesiones conmigo tuvo, en un momento crítico, un sueño en el que le daban un escarabajo de oro. Mientras me estaba contando este sueño, me senté apoyando la espalda sobre la ventana cerrada. De improviso oí un ruido detrás de mí, como un suave toque. Abrí la ventana y cogí al vuelo a la criatura cuando volaba hacia el interior de la sala. Era un insecto muy parecido a un escarabajo dorado de los que se

encuentran en nuestras latitudes, la cetonia dorada, la cual contrariamente a sus hábitos naturales, había sentido la urgencia de entrar en esa habitación, justo en aquel momento.

El escarabajo es un símbolo egipcio de renacimiento. Esto Jung lo sabía muy bien porque, con el fin de comprender mejor la psique humana, había estudiado a fondo los mitos presentes en todas las culturas. No fue difícil para él interpretar el sentido de la sincronicidad existente entre lo que presenció junto a la paciente y el sueño que ella misma le estaba contando justo en aquel momento. Esta espectacular sincronicidad realmente estaba cargada de significado: el mensaje que intentaba transmitir a la paciente era que debía transformarse, y que la raíz de todos sus malestares psíquicos estaba en el uso excesivo del racionalismo, del que debía liberarse por completo para dejar surgir aquel componente intuitivo que había reprimido, y que era la causa de sus trastornos. El acto de contarle el sueño a Jung había sido saludable para la paciente porque el universo mismo había acudido a reunirse sincrónicamente con ella, a fin de ayudarla en su estado de malestar, y al mismo tiempo ese acontecimiento había proporcionado a Jung una prueba más sobre los impenetrables mecanismos que ligan de manera no-causal, sino sincrónica, a la psique humana con una misteriosa urdimbre universal, que está más allá del tiempo y del espacio.

No se trata solo de una teoría; era la misma «experimentación» en la realidad diaria la que demostraba que a veces pueden tener lugar coincidencias no casuales. La no causalidad de estos sucesos asume un valor exclusivamente por el profundo mensaje que se transmite a las personas que viven estas experiencias. Se trata de experiencias altamente transformativas, cuyo objetivo es permitir a la persona que

las vive trazar un camino claro en su propio destino. La única forma de percibir estas experiencias y ser conscientes de ellas es disminuir el nivel de conciencia racional para dejar espacio al poder de la intuición, que mana directamente del subconsciente.

Otra famosa sincronicidad que ocurrió mientras se encontraba con una paciente suya fue la del zorro. Jung nos lo narra así:

Caminaba por el bosque con una paciente. Me estaba contando el primer sueño que había tenido en su vida y que le había dejado una impresión profunda y duradera. En su sueño ella había visto un zorro espectral que caía por las escaleras de la casa de sus padres. En el preciso instante en el que la paciente me contaba este sueño, he aquí que salió un auténtico zorro de entre los árboles, a menos de treinta metros, el cual caminó tranquilamente delante de nosotros durante unos minutos. El animal se comportó como si fuese un auténtico participante de nuestra condición humana.

Todo el universo parece conspirar a fin de que acontecimientos reales cargados de simbolismo ocurran de repente y como si quisieran guiar a la persona que se encuentra momentáneamente perdida en el camino de la vida. Este tipo de sincronicidad —asociada con frecuencia a sueños cargados de significado— puede traer consigo la solución de ciertos problemas psíquicos. Carl Jung lo comprobó innumerables veces. Solo después de haber analizado con gran atención todos estos acontecimientos y los sueños relacionados con ellos, comenzó a teorizar sobre los mecanismos que podían estar actuando. Independientemente del aspecto mítico de estas experiencias, Jung estaba convencido de que en la raíz

de todo no se encontraba un mecanismo subjetivo, sino uno objetivo que se originaba ocasionalmente, como cuando una persona busca inconscientemente en lo que él llamó «arquetipos», localizados en el inconsciente colectivo. Situados en la frontera entre mente y materia, los arquetipos catalizan la sincronicidad, trabajando en una especie de relación especulativa entre el estado psíquico y el universo objetivo exterior. Esto transmite a la persona interesada en este fenómeno un auténtico reflejo del propio estado psíquico en forma de acontecimiento, marcado por símbolos sincrónicos. La sincronicidad puede ocurrir en circunstancias particulares de gran intensidad psíquica, como por ejemplo en los momentos de espiritualidad intensa que a veces inducen a estados alterados de conciencia, en vínculos emocionales muy estrechos —como el existente entre los gemelos—, en situaciones dramáticas —como la pérdida de un amor o la muerte de un familiar—, enfermedades graves, dificultades familiares o sociales, problemas psíquicos de distinto tipo, momentos de creación artística, descubrimientos científicos, etc. En todos los casos, para que se produzca una sincronicidad, es necesario que exista una disminución de las funciones mentales propias de la esfera consciente. En esas circunstancias, según Jung, la señal del inconsciente se amplifica, permitiendo así que emerja a la superficie del consciente. Solamente entonces, el consciente entra en contacto con esas imágenes primigenias que son los arquetipos.

2.4. TODO NACE DEL INCONSCIENTE COLECTIVO

El inconsciente colectivo, según Jung, no es una realidad subjetiva, sino una realidad psíquica objetiva que engloba a

todos los seres del universo, ya sean animados o inanimados. Esta realidad se sitúa en una dimensión más allá del tiempo y del espacio, la cual, al mismo tiempo, constituye una especie de «memoria de la humanidad» y el alma misma del universo. Es una especie de conciencia superior a la que se conecta nuestra conciencia personal. Aquí están los arquetipos, que son verdaderos centros de energía psíquica. Cuando estos arquetipos, cargados emocionalmente, se activan, pueden surgir imágenes oníricas de gran intensidad y significado simbólico. En estas condiciones, los eventos sincrónicos pueden ocurrir con mayor probabilidad. Tanto los sueños como las sincronicidades se producen de forma exclusivamente simbólica, lo cual muestra su conexión con el inconsciente colectivo. El símbolo es el lenguaje de este último y el único modo para transmitir un significado a quien lo percibe. Todo esto recuerda mucho al mito en el que se basa la cultura de los aborígenes australianos, ese lugar que ellos llaman «el tiempo del sueño».

El fenómeno de la sincronicidad proporciona, por lo tanto, un acceso directo a los arquetipos. Al igual que el «mundo de las ideas» del filósofo griego Platón, los arquetipos no se originan en el mundo de los sentidos, sino que existen independientemente de él. Al contrario de como pensaba Platón, Jung estaba convencido de que los arquetipos nacían de forma espontánea en la mente, sobre todo durante los momentos de crisis y de transformación. Los acontecimientos de sincronicidad que de improviso le suceden a un individuo tienen lugar por afinidad entre lo que su psique ha percibido buscando entre los arquetipos y el mundo exterior: esto ocurre por un mecanismo de resonancia y no según las leyes de causa-efecto. Esta afinidad produce una sensación cargada de significado. Un observador que se

dispusiese a comentar los descubrimientos de Jung pensaría inevitablemente que la sincronicidad es el testimonio de un «espíritu universal» que trabaja y se comunica con todas sus criaturas en todas partes, en todo momento y simultáneamente. De ese modo, a través del llamativo ejemplo de la sincronicidad, parece que el universo se halla estrechamente interconectado con todas sus partes. El hombre se concebiría entonces como un auténtico microcosmos, el cual sería, por el contrario, su macrocosmos, que precisamente a través de los acontecimientos sincrónicos lo protegería dirigiéndolo hacia su destino. En concreto, Jung ideó una definición que encaja con la mayoría de las sincronicidades del arquetipo genérico del inconsciente colectivo: es el denominado «psicoide». Este es el nivel que se sitúa entre la materia y la mente, conteniéndolos a ambos. Una metáfora útil para visualizar un psicoide es la del espejo, que refleja un mundo dentro de otro pero que no pertenece a ninguno de los dos.

Según la teoría de Jung, la psique humana se divide en tres niveles: el consciente, el inconsciente personal y el inconsciente colectivo. Jung considera al último como «objetivo», mas allá de la experiencia individual subjetiva. Los arquetipos no son sino el contenido imaginativo del inconsciente colectivo. La sincronicidad, por lo tanto, proporciona acceso a los arquetipos. En el modelo de la psique de Jung, la conciencia se corresponde al orden; el inconsciente, al caos. En medio de estos dos extremos se encuentra el inconsciente personal, como un reino complejo donde el individuo vive en un reino dual; o como un microcosmos inmerso en la ley global de un macrocosmos que contiene dentro de sí mente y materia simultáneamente.

Según Jung, ¿qué es exactamente la «psique» en este contexto? Es algo que no se puede reducir al yo, puesto que

engloba una realidad más vasta que une a todas las criaturas entre sí. Pero lo que más llama la atención de este modelo de realidad es que la psique no está desligada del mundo de la materia. La materia, es decir, la naturaleza del universo, representa el nivel más bajo de la creación colectiva. De ese modo, la realidad objetiva del universo es el resultado de una compenetración sincrónica entre mente —o psique— y materia, de la cual el inconsciente colectivo representa el sustrato común. Al estar la mente y la materia ligadas entre sí a una trama invisible, cuando los niveles más profundos del inconsciente se activan, no debe sorprender que tengan lugar sincronicidades, acontecimientos que relacionan un específico estado de ánimo, pensamiento o intuición con un hecho concreto que ocurre en el mundo de la materia —siempre cargado de simbolismo y de significado.

Estos acontecimientos sincrónicos pueden, sin duda alguna, ser considerados como una evidencia empírica —aunque todavía no sean verificables científicamente—, de que existe una indisoluble unidad que subyace a la psique y a la materia. Inspirado profundamente por sus estudios sobre alquimia, Jung llama a este universo unitario *Unus Mundus*. Según él, cuando una persona experimenta un gran número de sincronicidades, se percata con el tiempo de que efectivamente están regidas por un principio de verdadera sabiduría, más allá de lo que nuestro conocimiento consciente puede concebir. Estas coincidencias cargadas de significado parecen así indicar que el denominado «mundo interior», como por ejemplo los sueños que surgen del inconsciente, sabe algo del mundo exterior, pero también que el mundo exterior —ya sea animado o inanimado— sabe algo del interior. Precisamente sobre la base de estas constataciones, Jung comenzó a establecer su gran hipótesis científica, la postulación

de la existencia de una realidad en la que los mundos interno y externo, la psique y la materia, están interconectadas en una unidad indiferenciada. Una realidad integrada en la que las creaciones pueden ocurrir sin causa alguna, siendo, de hecho, el mundo de la creación pura, y entendido como una especie de acto angelical de anunciaciόn, en el cual los recovecos más profundos del infinito se revelan materialmente al hombre y a su consciente. Como se verá más adelante, este *Unus Mundus* proporcionaría las bases de un modelo que el físico Wolfgang Pauli intentó desarrollar, inspirado en los estudios de Jung, y cuyo objetivo era establecer una «teoría psicofísica» unificada de la realidad, mas allá de la aparente separación entre materia y psique.

Mientras el principio de causa y efecto que tiene lugar en el universo material conduce a la «entropía», esto es, a la muerte del universo, la experiencia del que ha visto y estudiado a fondo la sincronicidad muestra que ésta trabaja siguiendo un principio de «negentropía», lo cual significa que los mágicos acontecimientos sincrónicos crean auténticos campos de energía psíquica que llevan al universo de la vida a evolucionar y a crecer hacia una conciencia cada vez más luminescente. De hecho, las personas que perciben las sincronicidades, una vez que descubren su maravilloso significado, logran captar cada vez más. De ese modo, desarrollan una percepción de estos acontecimientos, de manera que comprenden desde el principio que se trata de un momento de crecimiento para ellos. Es una especie de búsqueda del tesoro, siguiendo una pista tras otra y siempre subiendo cuesta arriba hasta la consecución de ese tesoro. El milagro de la sincronicidad, como ha intentado transmitir el escritor James Redfield en su libro *Las nueve revelaciones*, podría ser el verdadero horizonte de una nueva era para esta humanidad de tercer milenio.



2.5. LA SINCRONICIDAD CONDUCE A LA «INDIVIDUACIÓN»

Puesto que la sincronicidad es la manifestación de una relación directa entre la mente —un pensamiento o un sueño particular— y la materia —un suceso específico—, esto significa que el mundo físico y el psíquico están íntimamente interconectados. Los acontecimientos sincrónicos son manifestaciones en las que el mundo interior y el exterior, de repente, se ponen de manifiesto. Lo que tiene importancia aquí no es tanto el momento en el que ciertos hechos ocurren, sino el significado que tienen. Existe un universo ordenado que cada cierto tiempo se comunica con los individuos de una manera completamente «acausal». La capacidad armónica de estas leyes universales invisibles es lo que Jung llama «proceso de individuación». Una «persona individuada» es un ser capaz de dar forma a las circunstancias a través de una interacción directa entre la conciencia y el inconsciente colectivo. El proceso de individuación, madurado en la interpretación de los arquetipos y de su acción a través de los sueños y de los acontecimientos sincrónicos, permite hacer que el inconsciente colectivo y el inconsciente subjetivo estén integrados en esa identidad transpersonal que es el «ser», una entidad que trasciende al ego. Se trata de un proceso que permite ser intuitivamente consciente y actuar en armonía con las leyes ocultas del universo, leyes cuyo objetivo no es actuar como una «fuerza» sobre el individuo, sino «informarle» acerca de cuál es el mejor camino que puede elegir, de forma tal que vuelva a estar en armonía con el todo.

La psicología analítica de Jung tenía el objetivo de reintegrar la identidad espiritual del individuo. Según él, era precisamente la pérdida de los contenidos realmente religiosos —entendido en términos de «espiritualidad» y no de

religiones institucionales— lo que producía en el individuo una sensación de soledad, de pérdida de identidad y de consiguiente neurosis. Una reapropiación por parte del individuo de sus propios sueños y una recuperación de la capacidad para captar los acontecimientos sincrónicos de su vida significa reconquistar aquel centro perdido que es el ser, más allá de la prisión del ego.

Con descubrimientos de esa profundidad, Jung, partiendo del estudio del individuo, de sus neurosis y de su curación guiada por los sueños y las sincronicidades, logró comprender que la clave de la sanación consistía en la capacidad de cada individuo de reconnectarse con las leyes universales que lo ligan a un espectro cósmico vastísimo, que aúna entre sí a todos los seres vivientes. De esa forma, Jung, a través del estudio de los casos individuales provistos por sus pacientes, también consiguió comprender cómo funciona la mente del universo. De manera análoga a la cosmología del *Big Bang*, que explica el origen y la actual estructura de la materia —una cosmología que puede ser estudiada únicamente por medio de la observación de las galaxias que componen el universo—, Carl Jung creó una cosmología que explicaba la psique del universo partiendo de los casos individuales que había estudiado en profundidad. Pero también fue más allá, ya que el estudio de los mismos fenómenos de sincronicidad, dejaba entrever un diseño más amplio, donde se podía ver un auténtico puente entre dos mundos. Por un lado, el mundo interior de nuestra experiencia directa, caracterizado por los sueños, las aspiraciones, la memoria, las visiones, el amor, la pérdida, la poesía, el arte, la música y la espiritualidad; por otro lado, el mundo de la materia y de la energía, el dominio de la física y de la química, el mundo de los agujeros negros, de las galaxias, de las partículas elementales y de los

campos cuánticos. Se abría entonces la puerta a una nueva cosmología que abarcaba estos dos mundos —la materia y el espíritu— y que permitía construir un marco completamente integrado en forma de una última teoría física de gran unificación. Como se verá más adelante, este objetivo fue llevado a cabo por el físico cuántico Wolfgang Pauli, quien experimentando precisamente consigo mismo, siguió afanosamente todos los descubrimientos de los estudios de Jung.

2.6. MITOS, ARQUETIPOS Y ALQUIMIA

A diferencia del pensamiento científico actual, que considera cierto solo el mundo de la materia, mientras que el resto es producto de fantasías oscurantistas, Jung consiguió encontrar la lectura clave con la que se puede interpretar la mitología de los antiguos.

Los antiguos, a diferencia de nosotros hoy día, mantenían un vínculo directo con la gran unidad cósmica: los mitos que crearon y que se transmitieron de generación en generación son «registros» de lo que percibían activando su psique subjetiva para acceder a un universo objetivo pleno de símbolos y de significado, un universo cuyo objetivo es guiar a los hombres, mantener en su memoria aquello a lo que pertenecen y permitirles que se pregunten por su propio destino. Los mitos no son más que los arquetipos de Jung, por lo que constituyen un depósito de la verdad profunda y oculta que se comunica de forma maravillosa. Son los portales al inconsciente colectivo, y la capacidad de conectar con él a través de acontecimientos sincrónicos y a través de los sueños permite a cualquier individuo reequilibrar su salud psíquica y, en consecuencia, también la física.

Quizá la razón más importante por la que Jung consiguió aproximarse al tema de la sincronicidad con la luz adecuada es que había pasado la mejor parte de su vida estudiando la alquimia. Esta refleja el proceso de transformación personal con la metáfora de convertir los metales comunes en oro. Jung se dio cuenta de que las imágenes y los procedimientos que encontró en los viejos textos de alquimia estaban fuertemente relacionados con las teorías del inconsciente sobre las que se basaba el psicoanálisis. Por lo tanto, al final de su carrera, su principal proyecto de investigación estuvo enfocado precisamente en la alquimia y en cómo esta se relaciona con la dinámica de la conciencia. Precisamente Jung vio en la alquimia una metáfora que explica el proceso de identificación, es decir, la conciencia que una persona alcanza de la existencia de los arquetipos, de cómo estos están interconectados con la psique y de cómo se manifiestan sincrónicamente en la realidad externa. Todos los procesos que llevan a la transformación y a la purificación de los elementos alquímicos constituyen una forma metafórica de comunicar a la conciencia un proceso transformativo interno; se trata, de hecho, de un auténtico sistema de autoiniciación, que genera una purificación del alma del alquimista en el mismo momento en el que tiene lugar el proceso con los elementos de su laboratorio. En realidad no es solo una metáfora: los metales impuros se transforman en oro precisamente porque la propia conciencia del alquimista ha sufrido una transmutación.

Al igual que en el mecanismo de la sincronicidad de Jung, también en la alquimia tienen lugar procesos que involucran sincrónicamente tanto a la materia como a la psique. Al final, la sustancia química y la espiritual se transforman en un todo único. Sin embargo, según Jung, los alquimistas medievales cuando trabajaban en sus experimentos no eran

completamente conscientes del proceso de transformación psicológica que tenía lugar en su inconsciente. Ellos sabían que era un proceso que surgía del alma y que proyectaban en el mundo exterior, pero lo realizaban de forma empírica y a veces intuitiva. A su juicio, se trataba de un proceso que probablemente interpretaban como «mágico», pero del que todavía no conocían los mecanismos. Jung, por el contrario, llegó a descubrir su funcionamiento y a sentar las bases para transformar lo que era una práctica empírica en una nueva ciencia.

2.7. HACIA UNA NUEVA CIENCIA

El aspecto más interesante del pensamiento y de la experiencia de Jung con su análisis de lo profundo es que su objetivo no era en absoluto hacer filosofía, sino crear una auténtica ciencia. ¿Puede la «metafísica» ser considerada una ciencia? Según los modelos estándares materialistas de la ciencia galileana, no es posible, porque el paradigma científico actual considera estos conceptos fruto de la fantasía. Sin embargo, en lo más profundo de la mecánica cuántica también se contempla esta realidad, es decir, que la materia y la conciencia pueden describirse como dos aspectos complementarios de una sola realidad, mientras que los acontecimientos sincrónicos no serían más que «un mecanismo de autorregulación» que proviene directamente de los arquetipos cuando estos son activados por la psique humana mediante el canal del inconsciente individual. Sobre esta cuestión, Jung afirmaba:

Los procesos organizativos y reguladores deben situarse más allá de la diferenciación entre lo físico y lo psíquico... Definitivamente creo que a esta «organización y regulación» debo darle el nombre

de «arquetipos». Sería entonces inadmisible definirlos como contenidos de la psique. Más bien las imágenes internas son solo manifestaciones psíquicas de los arquetipos, mientras estos deberán producir y condicionar todas las leyes que pertenecen al mundo de la materia. Por consiguiente, las leyes de la naturaleza material serían las manifestaciones físicas de los arquetipos.

Centrándose todavía más en lo que respecta al papel fundamental de la física, que Jung consideraba, tenía una importancia fundamental para comprender el fenómeno de la sincronicidad, añadió:

Antes o después, la física cuántica y la psicología del inconsciente estarán unidas más estrechamente, pues aunque independientes la una de la otra e incluso partiendo de direcciones opuestas, ambas surgen de un terreno transcendental... La psique no puede ser totalmente diferente de la materia; de otro modo, ¿cómo podría moverse la materia? Y la materia no puede ser extraña a la psique; en caso contrario ¿cómo podría la materia producir la psique? La psique y la materia existen de igual manera, y cualquiera de ellas forma parte de la otra; de otro modo, cada acción recíproca sería imposible. Si la investigación avanzase lo suficiente, deberíamos llegar a un acuerdo definitivo entre los conceptos físicos y psicológicos. Nuestros intentos actuales pueden ser atrevidos, pero estoy convencido de que vamos por el camino correcto.

Algunas personas pertenecientes al mundo de la ciencia se están dando cuenta de que la realidad objetiva basada en el inconsciente colectivo, en las sincronicidades y en los sueños —en los que Jung profundizó con sus experiencias— tiene también un fundamento científico. El primero en percatarse de ello fue el gran físico cuántico Wolfgang Pauli.

SINCRONICIDAD

Capítulo 3

LOS SUEÑOS ALQUÍMICOS DE WOLFGANG PAULI

3.1. HACIA UNA UNIÓN DE LA PSICOLOGÍA CON LA NUEVA FÍSICA

Al estudiar la sincronicidad en sus formas más diversas y, como corolario, las leyes que surgen del inconsciente colectivo —del cual había comenzado a construir un modelo coherente—, Jung se sintió alentado por la evolución de la física moderna de su tiempo. Él seguía estos avances, en particular los de la mecánica cuántica, que demostraba que a ciertos niveles —en el reino de las partículas elementales—, el rol del observador se fundía con el del objeto observado. Pero esto no es otra cosa que el mecanismo de la sincronicidad: cuando el estado psíquico de un individuo coincide con un acontecimiento simultáneo externo. Más aún, esta violación del principio de causalidad contemplada desde la física clásica newtoniana se encuentra en la paradoja de los

«espines correlacionados» —o entrelazamiento cuántico, en inglés *quantum entanglement*—, cuando dos partículas entran en contacto entre sí y después, separadas a una gran distancia, parecen comunicarse entre ellas de forma instantánea. Este desconcertante descubrimiento, fruto de la que era por aquel entonces la nueva física —y lo es asimismo para nosotros en nuestro tiempo—, dio un enorme impulso a los estudios de Jung, sobre todo porque su propósito era encontrar las leyes objetivas que permitirían describir no solo los fenómenos que se producen en la materia, sino también, y sobre todo, aquellos fenómenos que unen de forma sincrónica la materia a la psique. Por lo tanto, sería impropio definir a Jung solo como «psicólogo». Jung era también y sobre todo un científico que intuyó que únicamente la física podía explicar aquello que él había observado en sus pacientes y en él mismo.

Tal vez por esta razón tomó la iniciativa de entrar en contacto y, en algunos casos, de colaborar activamente con físicos de primer nivel, los cuales representaban de forma emblemática la revolución científica que estaba teniendo lugar en ese momento. No fue casualidad que Jung estuviera en contacto con las grandes mentes que habían construido las dos teorías de la física más innovadoras de aquel tiempo: la teoría de la relatividad y la teoría cuántica, que aparentemente se contradecían entre sí: la relatividad, que partía desde donde la teoría clásica newtoniana se había quedado, describía un universo ordenado y predecible, mientras que la teoría cuántica contemplaba la imposibilidad de prever acontecimientos, pero admitía la posibilidad múltiple en el universo. Algunos, basándose en la filosofía oriental, han querido ver un principio masculino yang en la relatividad y un principio femenino yin en la teoría cuántica y, en efecto,

tal vez no estén muy equivocados. Entre otras cosas, estas dos teorías aparentemente irreconciliables nacieron en la misma época y debemos considerar que esto no fue una coincidencia, sino una sincronicidad portadora de un gran mensaje simbólico que la humanidad debería saber interpretar. Tal vez algo había cambiado para que —a través del nacimiento y el desarrollo de estas dos teorías— el ser humano se diera cuenta de que el universo se fundamenta en el equilibrio entre dos opuestos y que para poder acceder a una correcta interpretación de la realidad debe tener éxito en armonizar estos conceptos entre sí, aceptando y afrontando desde el principio las contradicciones.

El paralelismo que se puede extraer es que, mientras la teoría de la relatividad representa la parte racional del hombre, la cuántica, aun siendo aparentemente racional y altamente matemática en su formalismo, trata, en realidad, temáticas que penetran en lo irracional. Precisamente esta misma parece ser la división entre el pensamiento occidental y el pensamiento oriental y, al mismo tiempo, entre el hemisferio izquierdo y el hemisferio derecho del cerebro. Por lo tanto, el nacimiento sincrónico de las dos teorías más importantes de la física tenía el objetivo de reconciliar en una única totalidad dos opuestos que terminaban por identificarse en materia —relatividad— y mente —teoría cuántica—. Y esta era exactamente la tarea que se había propuesto Jung, es decir, encontrar una ciencia que uniera entre sí estos dos aspectos a través de un sustrato común: que él había identificado en los arquetipos, los registros principales del encuentro entre la mente y la materia que son las sincronicidades. De hecho —no por casualidad—, Jung mantuvo una relación muy estrecha con el mismo Albert Einstein, padre de la

«espinas correlacionados» —o entrelazamiento cuántico, en inglés *quantum entanglement*—, cuando dos partículas entran en contacto entre sí y después, separadas a una gran distancia, parecen comunicarse entre ellas de forma instantánea. Este desconcertante descubrimiento, fruto de la que era por aquel entonces la nueva física —y lo es asimismo para nosotros en nuestro tiempo—, dio un enorme impulso a los estudios de Jung, sobre todo porque su propósito era encontrar las leyes objetivas que permitirían describir no solo los fenómenos que se producen en la materia, sino también, y sobre todo, aquellos fenómenos que unen de forma sincrónica la materia a la psique. Por lo tanto, sería impropio definir a Jung solo como «psicólogo». Jung era también y sobre todo un científico que intuyó que únicamente la física podía explicar aquello que él había observado en sus pacientes y en él mismo.

Tal vez por esta razón tomó la iniciativa de entrar en contacto y, en algunos casos, de colaborar activamente con físicos de primer nivel, los cuales representaban de forma emblemática la revolución científica que estaba teniendo lugar en ese momento. No fue casualidad que Jung estuviera en contacto con las grandes mentes que habían construido las dos teorías de la física más innovadoras de aquel tiempo: la teoría de la relatividad y la teoría cuántica, que aparentemente se contradecían entre sí: la relatividad, que partía desde donde la teoría clásica newtoniana se había quedado, describía un universo ordenado y predecible; mientras que la teoría cuántica contemplaba la imposibilidad de prever acontecimientos, pero admitía la posibilidad múltiple en el universo. Algunos, basándose en la filosofía oriental, han querido ver un principio masculino yang en la relatividad y un principio femenino yin en la teoría cuántica y, en efecto,

tal vez no estén muy equivocados. Entre otras cosas, estas dos teorías aparentemente irreconciliables nacieron en la misma época y debemos considerar que esto no fue una coincidencia, sino una sincronicidad portadora de un gran mensaje simbólico que la humanidad debería saber interpretar. Tal vez algo había cambiado para que —a través del nacimiento y el desarrollo de estas dos teorías— el ser humano se diera cuenta de que el universo se fundamenta en el equilibrio entre dos opuestos y que para poder acceder a una correcta interpretación de la realidad debe tener éxito en armonizar estos conceptos entre sí, aceptando y afrontando desde el principio las contradicciones.

El paralelismo que se puede extraer es que, mientras la teoría de la relatividad representa la parte racional del hombre, la cuántica, aun siendo aparentemente racional y altamente matemática en su formalismo, trata, en realidad, temáticas que penetran en lo irracional. Precisamente esta misma parece ser la división entre el pensamiento occidental y el pensamiento oriental y, al mismo tiempo, entre el hemisferio izquierdo y el hemisferio derecho del cerebro. Por lo tanto, el nacimiento sincrónico de las dos teorías más importantes de la física tenía el objetivo de reconciliar en una única totalidad dos opuestos que terminaban por identificarse en materia —relatividad— y mente —teoría cuántica—. Y esta era exactamente la tarea que se había propuesto Jung, es decir, encontrar una ciencia que uniera entre sí estos dos aspectos a través de un sustrato común: que él había identificado en los arquetipos, los registros principales del encuentro entre la mente y la materia que son las sincronicidades. De hecho —no por casualidad—, Jung mantuvo una relación muy estrecha con el mismo Albert Einstein, padre de la

relatividad, y con Wolfgang Pauli, uno de los creadores de la mecánica cuántica, ambos premios Nobel de Física.

3.2. EL DIÁLOGO CON ALBERT EINSTEIN

El primero con el que entró en contacto fue Einstein, con el cual tuvo una serie de cenas en Zúrich entre 1909 y 1913. El argumento de sus discusiones era el concepto de «tiempo», un elemento básico dentro del «espacio-tiempo» que Einstein estaba construyendo en su teoría. Lo que más discutieron fue la relatividad del tiempo, entendido como dimensión y a la vez como percepción de movimiento por la psique. Después de las interminables discusiones entre estos dos pensadores, nació una especie de estímulo recíproco que, por una parte, llevó a Einstein a desarrollar al máximo su teoría de la relatividad y, por la otra, a Jung a desarrollar su modelo sobre el fenómeno de la sincronicidad. Obviamente Jung le describió detalladamente a Einstein las singularidades de la sincronicidad que estaba estudiando como psicólogo analítico. Éste, a pesar de no concebir acontecimientos «acausales» como la sincronicidad en el ámbito de su teoría relativista, que por el contrario se basa en el principio de causa-efecto, tuvo que reconocerle a Jung que la sincronicidad era realmente un problema difícil de resolver. Después de todo, el mismo Einstein, junto con sus colegas Podolsky y Rosen, ya había reconocido la existencia de la sincronicidad en los fenómenos cuánticos cuando dos partículas se comunican instantáneamente entre sí a gran distancia. Obviamente, esto preocupaba bastante a Einstein, dado que esta característica de los acontecimientos cuánticos presuponía una velocidad de propagación de señales infinita, lo cual entraba

en contradicción directa con la velocidad finita de la luz, que era el principio fundamental de la relatividad. Sin embargo, especialmente al hablar con Jung, se dió cuenta de que el mundo debía resolver esta dramática dicotomía tratando de reconciliar las dos teorías rivales. Einstein lo intentó durante toda su vida sin lograrlo, aunque tal vez hayan tenido éxito los físicos de hoy en día con la teoría de las supercuerdas. No obstante, aquellos diálogos entre los dos grandes de la física teórica y de la psicología analítica, aunque no condujeron a un consenso, los iluminaron a ambos. A tal propósito, Jung dice:

Es Einstein el primero que hizo nacer en mí la idea de una posible relatividad del tiempo y el espacio, que estarían determinados por la psique. A partir de esta primera impresión, se desarrollaron treinta años más tarde tanto mi relación con el físico W. Pauli como mis tesis concernientes a la sincronicidad psíquica.

3.3. EL DESCONCERTANTE «EFECTO PAULI» Y EL ENCUENTRO CON EL PSICOANÁLISIS DE JUNG

Mucho tiempo después de los encuentros con Einstein, el destino de Wolfgang Pauli se cruzó con el de Carl Jung no por mero azar. Era en sí misma una sincronicidad cargada de significado, nacida de dos hombres que por vías diversas habían vivido independientemente el fenómeno de la sincronicidad y que, uniendo sus diferentes habilidades, querían comprender juntos la ciencia que se escondía en esos extraños acontecimientos. Sus encuentros comenzaron justamente porque Pauli —que por aquel tiempo tenía poco más de treinta años— necesitaba tratamiento psicoanalítico, y

por consejo de su padre se dirigió al mismo Jung. La vida de Pauli había caído, en efecto, en un grave estado de desorden psíquico. En particular, en 1928, paralelamente al grandísimo descubrimiento que estaba realizando en física cuántica, su personalidad, ya inestable, se conmocionó con el suicido de su madre y, poco después, con el final de su matrimonio con una cantante de cabaret: un matrimonio que duró tan solo pocas semanas. Al mismo tiempo, Pauli había caído en las garras del alcohol, con el que buscaba atenuar su depresión. Esto lo volvía irascible, tanto con sus colegas como con otras personas. Era un genio de la ciencia, pero durante ese período, su psique sufría un gravísimo desequilibrio. Pauli tenía problemas psicológicos que influían de forma negativa en su vida privada, especialmente en su relación con las mujeres.

No se había dado cuenta de que había experimentado en varias ocasiones la sincronicidad, con un efecto similar —pero mucho más llamativo— que el de la librería que se produjo entre Jung y Freud en el momento en el que rompieron su relación. Dentro del círculo de físicos, era bien conocido el llamado «efecto Pauli». Sucedía que la presencia de Pauli, dondequiera que se encontrase, generaba acontecimientos de tipo psicoquinético en su entorno, particularmente en los laboratorios. Con su presencia era capaz de averiar los instrumentos, hasta el punto de que algunos de sus colegas le impidieron entrar en los laboratorios de física experimental. Acontecimientos de este tipo sucedían en cualquier lugar donde estuviese presente. El efecto psicoquinético que provocaba provenía de su inquieto inconsciente. La psicoquinesis era siempre un acontecimiento que se producía como sincronicidad con su estado mental. Pero ¿por qué ocurría esto?

Precisamente fueron las sesiones psicoanalíticas con Jung y la posterior asistencia y colaboración con el gran

psicólogo lo que explicó por qué. Las sesiones con Jung no solo ayudaron a Pauli a recuperarse de su estado depresivo, sino también a fijar una asociación que llevaría a ambos a sentar las bases de la «física de la conciencia», con la finalidad de intentar comprender el problema de la sincronicidad. Para no influenciar a Pauli con sus ideas sobre la sincronicidad, lo confió al cuidado de su asistente Erna Rosenbaum. En este caso, era aconsejable que Pauli se enfrentase con una figura femenina para resolver, a su vez, sus problemas con las mujeres. Después de varios meses de terapia con Rosenbaum —la cual informaba puntualmente a Jung del proceder de sus sesiones—, vino un período de dos años en los que Pauli fue tratado directamente por Jung.

Este proceso llegó a su fin en 1934. A lo largo del período que pasó con Rosenbaum, Pauli tuvo más de un millar de sueños simbólicos que desvelaron la naturaleza de sus inquietudes y que también abrieron una puerta a los nuevos métodos de enfocar la física. No había ninguna duda, como bien observa Jung, de que en los sueños de Pauli, aunque impregnados de ciencia, surgían símbolos y figuras arquetípicas muy similares a las de los alquimistas medievales. Gran parte del trabajo de investigación de Jung sobre los sueños y sobre la sincronicidad se basa, precisamente, en los sueños de Pauli. Después del primer período de análisis que pasó con su asistente, Jung comenzó a redactar su diagnóstico psicológico sobre el carácter de Pauli. En sus anotaciones secretas aparece escrito:

Es un hombre muy culto y su aspecto intelectual está desarrollado unidireccionalmente. Pero su inconsciente se encuentra al mismo tiempo confuso y muy activo. De forma que se proyecta a sí mismo sobre los otros hombres, a los que ve como enemigos, y se siente profundamente solo porque tiene la impresión de que

todos están en su contra. La verdadera raíz de sus problemas se encuentra precisamente en el hecho de que por aquel entonces vivía de una forma exclusivamente intelectual, aunque tenía ciertas necesidades y deseos.

Por lo tanto, el pensamiento de Wolfgang Pauli había dominado completamente al sentimiento, de modo que sus emociones y sus necesidades internas quedaban relegadas a una zona oscura. La razón de su malestar se hallaba simplemente en el hecho de que su intelecto y su parte emocional no estaban en equilibrio. De esa forma, la energía que desarrollaba a partir de la represión de su esfera sentimental por un lado lo volvía irascible, y por otro se descargaba descontroladamente con los fenómenos de naturaleza psicocinética por los que era conocido. Sin embargo, fueron sus propios sueños —desencadenados por las sesiones psicoanalíticas— los que le devolvieron una parte de su equilibrio, permitiéndole conectarse con el contenido de su inconsciente.

En realidad, lo más espectacular es que sus sueños sacaron a la luz exactamente aquello que Pauli intentaba hacer en la física. Su verdadero proyecto no era estudiar solo la física de la materia, sino construir un modelo físico que uniese la materia con el espíritu. Este modelo debía explicar el misterio de la sincronicidad y Pauli, como se verá después, con sus descubrimientos en mecánica cuántica se dio cuenta de que cierta fenomenología no sigue un principio de causa-efecto, sino que es simplemente «acausal» y mucho más próxima al principio de la creación, yendo más allá del tiempo y del espacio. Pero antes de llegar a este punto, sería muy interesante que nos refiriéramos a algunos de los sueños más importantes que tuvo Pauli, y que alimentaron aún más el interés de Jung por la sincronicidad.

3.4. DE LOS SUEÑOS DE WOLFGANG PAULI

SURGE LA CLAVE DE LA PSICOFÍSICA

En un sueño que tuvo en 1934, Pauli se encontró con un hombre que se asemejaba a Einstein, el cual le dijo que la física cuántica era la parte unidimensional de una realidad mucho más profunda. Este sueño tenía por objeto impulsarlo a indagar más a fondo sobre el misterio que une la mente con la materia y que genera sincronicidad entre ambas. En otro sueño, halló lo que definió como una «mujer estoica». Pauli supo interpretar este sueño solo: evidentemente aquella mujer era su alma, o lo que es lo mismo, su parte irracional que, siendo él tan hiperracional, no había querido aceptar antes. Este sueño le permitió percibir la preocupante ausencia del concepto de alma en la concepción científica del mundo. Precisamente gracias al análisis junguiano, por fin se estaba dando cuenta de que la espiritualidad en la ciencia —como elemento intrínsecamente conectado a la materia— había sido negada durante trescientos años y que ahora estaba luchando por resurgir. Este bellísimo sueño simbolizaba el regreso del alma al mundo. Todo esto estaba surgiendo en sí mismo después de que hubiera reprimido la parte emocional y espiritual de su ser. Pero sus sueños demostraban que ese aspecto poseía una energía incontenible, tan incontenible que en un primer momento tenía miedo del análisis junguiano. Sin embargo, era parte de él y, además, estaba comenzando a aceptarla. Estos sueños tenían como objetivo activar en él una transformación que seguía los principios alquímicos que Jung había estudiado a fondo ya antes de encontrarse con Pauli.

El culmen de esta serie de sueños de profundo contenido alquímico fue la visión de lo que bautizó como «reloj

cósmico» una imagen de gran armonía que se grabó en él para toda la vida y que le esclareció definitivamente la dirección que debía tomar la física para que la humanidad avanzara hacia una nueva era de totalidad e interconexión real con el universo. El sueño del reloj cósmico simboliza la forma en la que el universo funciona en su naturaleza dual, donde dominan tanto la causalidad como la sincronicidad, con una lucha eterna entre ambas. Este reloj visto en un sueño reveló a Jung que en realidad el mundo de los acontecimientos de causa-efecto que se producen en el mundo físico no se encuentra separado en absoluto del mundo sincrónico en el que todo está conectado. Este reloj simbólico contiene dos discos montados en ángulo recto uno con respecto al otro y girando alrededor de un eje común. Esta imagen le dio a Pauli la certeza de que el eje de este reloj paradójico existe solo en la lógica del sueño, si bien no puede existir en el espacio tridimensional de la realidad concreta en la que normalmente vivimos.

Pero ¿qué significa en realidad «existir»? Probablemente fue la pregunta que Pauli se formuló. Había comprendido que la existencia está caracterizada por diferentes niveles y que vivir en un nivel en lugar de en otro depende solo del modo en el que se estructura nuestra conciencia. Pasar a niveles superiores de la realidad es, de hecho, un acto intencional, un acto bien presente en los planes de Pauli, así como en los de Jung. La conciencia, y con ella el mecanismo simbólico que son los sueños y los acontecimientos sincrónicos, es el único instrumento que permite acceder a los reinos superiores, y así trascender las limitaciones dimensionales de las cuales tenemos la ilusión de ser prisioneros. No se trata de saltar de la realidad sino de concebir el universo como una constante interconexión entre la materia y el espíritu. Este

es, entonces, el verdadero sentido del reloj con los dos discos perpendiculares rotando alrededor de un eje común. Un disco representa el mundo de la materia; el otro disco, el del espíritu, y el eje, el sustrato común que los une. Tanto Pauli como Jung, durante largos y duraderos encuentros que continuaron incluso después del final del tratamiento del primero, comprendieron bien que este «eje común» representaba el mundo de los arquetipos del inconsciente colectivo, justo aquello que pone en comunicación sincrónica un estado psíquico con un acontecimiento del mundo físico. Esta era exactamente la interconexión que los dos científicos estaban buscando juntos, y los sueños de Pauli fueron el laboratorio que permitió construir una teoría de la física completamente nueva. En cualquier caso, para Jung, el sueño del reloj de Pauli se interpretaba como una especie de «conversión» o «renacimiento», provocado por un mecanismo de simetría, equilibrio y complementariedad que, desde el mundo de lo cuántico, se reflejaba en el de la psique.

Hacia el final de su vida, Pauli tuvo un sueño igual de extraordinario. En él había una mujer que intentaba enseñarle a tocar el piano. Llegado a un cierto punto del sueño, ella se quitaba un anillo del dedo y se lo entregaba. Después le decía que ese anillo uniría dos mundos. Este anillo —le explicó— es el «anillo de i », donde i representa un número imaginario en matemáticas. Entonces, ¿la solución para encontrar una teoría unificada del universo consiste en concebir números imaginarios?

Como se puede apreciar, los sueños de Pauli muestran una simbología completamente diferente a la de otros pacientes de Jung. Sus sueños parecen hablar a menudo en el lenguaje racional de la física pero siempre con una terminología más simbólica. Solo Pauli y Jung podían comprender

su profundo significado. Al llegar a un cierto momento de su vida, Pauli se había nutrido de tal manera con el significado de sus sueños que comenzó a intuir de manera clara que la física cambiaría un día por completo. De hecho, a su colega y ex alumno Hendrik Casimir le transmitió en privado estas consideraciones:

Creo que sé lo que va a ocurrir. Lo sé exactamente. Pero no se lo digas a los demás. Estoy elaborando una teoría de la relatividad con cinco dimensiones aunque no creo realmente en ella. Pero sé bien lo que va a suceder. Tal vez te lo diga en otro momento.

Como puede deducirse de una carta dirigida a Jung, fechada en 1938, tenía a menudo intuiciones acerca de cualquier cosa que tuviera que ver con su alma: lo percibía tanto en forma de sueños como de sensaciones. A Jung le escribiría:

Mi alma manifiesta su concepción del tiempo con la ayuda de extrañísimos símbolos de oscilación, similares a un péndulo.

Pauli se sentía perturbado por estos símbolos oscilatorios, y también porque realmente no era capaz de interpretarlos o de encontrar una solución. Estas visiones —que se caracterizaban en forma de frecuencia, ritmo, espectro, bandas claras y oscuras—, junto con su fobia a las avispas, lo acompañaron a lo largo de toda su vida. Parecían ligadas a la realidad psíquica del tiempo y del espacio. En particular, durante un sueño decisivo en 1952, Pauli vio su alma sujetada a un movimiento oscilante. Llegado a un cierto punto, esta contrajo el espacio, el cual, después, comenzó a rotar.

Durante estos sueños de difícil interpretación, el inconsciente personal de Pauli andaba buscando en el «conocimiento

preconsciente» del inconsciente colectivo, que parecía sugerirle un nuevo concepto del espacio, no solo sujeto a la contracción, como sabemos por la teoría de la relatividad de Einstein, sino también a la rotación. Este sueño representaba un concepto absolutamente nuevo de la física teórica, que tal vez pretendía sugerirle de forma intuitiva las bases físicas sobre las que se fundamenta la sincronicidad. Lamentablemente, nunca pudo descifrarlo. Pauli, en el momento crucial de su pensamiento, sintió que había llegado a un punto muerto y que le faltaba algo para llevar a cabo su proyecto.

No obstante, con su visión unificadora para una nueva física que englobase conjuntamente —como «psicofísica»— tanto la materia como el espíritu, Pauli utilizó las interpretaciones de sus sueños como inspiración para su producción intelectual en física cuántica, que constituía su trabajo diario. Pero sobre todo planeaba desarrollar lo que él llamaba «lenguaje neutro» para poder describir de forma completamente objetiva el universo psicofísico.

Aunque concibió intelectualmente la existencia de una física que unificase mente y materia, no estaba preparado todavía para vivir emocionalmente esta realidad. Por ello, nunca conseguía estar completamente tranquilo. Sin embargo, a los cuarenta y siete años tuvo un sueño revelador que le descubrió lo que le faltaba en la vida. En el sueño, a Pauli lo visitaba un «persa» en el instituto de física en el que trabajaba. Este extranjero intentaba entrar en la universidad con la excusa de que llevaba unas cartas que quería estudiar. Cuando consiguió hablar con Pauli, él le preguntó si el extranjero era su sombra. Pero este le respondió que era Pauli quien iba a ser su sombra. Pauli quiso saber si realmente quería estudiar física, y el visitante le dijo que no podía comprender el lenguaje de Pauli y que, por consiguiente, él no habría podido

comprender la física en su lenguaje. Pronto, Pauli entendió el mensaje que se le había dado con este sueño. El «lenguaje neutro» que intentaba desarrollar para la física, con la intención de crear un puente entre mente y materia, nunca fue suficiente para salvar esa distancia. Pauli comprendió que el nuevo lenguaje que quería idear no habría compensado jamás la ausencia de otro elemento: el alma, y con ella, el amor. En una carta a Jung le dice, con gran sufrimiento, que ha vislumbrado que no se puede construir un nuevo modelo de la física sin introducir en él el alma y el amor. Así, le escribió:

[...] solo el amor puede construir un puente entre la física, el espíritu y la psicología.

Probablemente no bastaba con que el intelecto comprendiese la existencia de una dimensión que uniese el espíritu y la materia, sino que era necesario que esta dimensión fuese compartida por el alma. En ese momento, tanto Pauli como Jung, comprendieron claramente que el cambio de paradigma necesario para revolucionar la física debía ser un verdadero salto cuántico, y que antes de proceder hacia una construcción intelectual, era indispensable una transformación interior. Por lo tanto, el «lenguaje neutro» no era el verdadero camino, o cuando menos estaba incompleto. Fue así como Pauli comenzó a deprimirse y a sentirse profundamente frustrado ante su incapacidad para avanzar. Sus tentativas para unificar mente y materia estaban completamente estancadas, por lo que empezó a centrarse en la física cuántica sin tener en cuenta el componente mental del universo. Sin embargo, en el transcurso de estos estudios, se observa que algunos mecanismos del universo se producen de manera no causal sino sincrónica. Fracasó en su intento

de unificar mente y materia, pero en el interior de la misma materia, encontró las señales que le indicaban la presencia de un diseño de naturaleza superior.

El final de los años de terapia con Jung y con sus colaboradores fue solo el inicio de una larga colaboración con él. Por ahora hemos descrito de qué manera el psicoanálisis influyó psicológicamente en Pauli y en su transformación como persona y como científico, esa misma persona que experimentó acontecimientos de «sincronicidad psicocinética» entre su estado psíquico y la realidad externa. Enseguida mostraremos cómo se desarrolló el legado colaborativo e interdisciplinar entre Pauli y Jung, que los llevó a ambos a la investigación, aunque por diferentes caminos, de una base común que uniera mente y materia. La correspondencia entre los dos físicos se mantuvo siempre a un nivel excepcionalmente alto. Por una parte, Carl Jung se introdujo dentro del campo de la física para intentar encontrar una solución a las leyes objetivas que regulan el inconsciente colectivo y los fenómenos de sincronicidad que se generan en él. Por otra parte, Wolfgang Pauli halló y experimentó en sí mismo los misterios de la psicología y los aprovechó para alcanzar importantes descubrimientos en los que la sincronicidad se producía en el plano cuántico y en los que, como se verá más adelante, los conceptos de simetría y de complementariedad tienen un rol predominante.

Capítulo 4

WOLFGANG PAULI Y LA FÍSICA DEL SUPERMUNDO SINCRÓNICO

Oficialmente toda la obra científica de Wolfgang Pauli estuvo dedicada por completo a la construcción de las bases de la mecánica cuántica y la física de las partículas. Pero, paralelamente, su «álter ego» investigaba junto a Jung el principio unificador que permitiese aunar la materia y la psique en un único espectro físico. Esta «actividad paralela» fue muy poco recordada por los colegas de Pauli. Ellos tenían mucho miedo de que esa tendencia se propagase en todas las instituciones de la física y destruyese las bases ya consolidadas. Sin embargo, estos colegas no desaprovechaban la oportunidad de discutir en privado con Pauli sobre determinados aspectos exóticos de esta disciplina: no olvidemos que la física de la primera mitad del siglo XX tenía un carácter fuertemente exploratorio y que los grandes descubrimientos físicos nacieron porque el factor «creatividad» era en esos días muy apreciado por los físicos. Hoy en día existe una marcada

dicotomía: por un lado, una abrumadora mayoría de físicos tradicionalistas que ignora o que incluso sonríe al oír hablar de «psicofísica»; por otro lado, un pequeño grupo de «revolucionarios» que intenta seguir los pasos de los pensamientos más ocultos de Pauli, así como los del físico cuántico David Bohm, el descubridor del orden implicado universal.

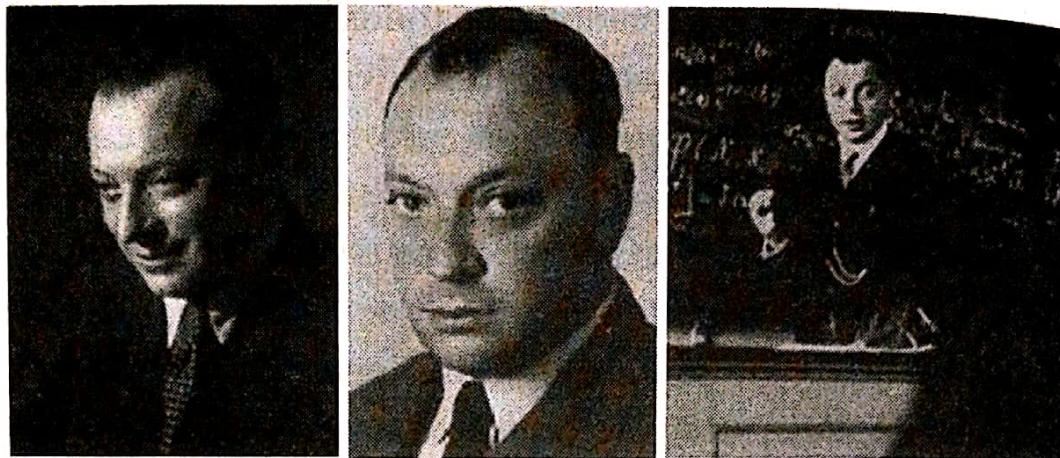
Para poder comprender con exactitud cómo el pensamiento de Wolfgang Pauli proporcionó las primeras bases físicas del fenómeno de la sincronicidad, es necesario recorrer las etapas de su investigación tanto en los aspectos oficiales de la mecánica cuántica y de partículas como en los aspectos menos oficiales que caracterizaron su larga colaboración con Jung. En ambos casos el concepto de sincronicidad surgió inconteniblemente. Aparte de los problemas psicológicos de Pauli y su necesidad de recibir la terapia analítica de Jung, aquel manifestó con sus sueños sumamente simbólicos que reflejaba una realidad concreta que ya había tenido ocasión de observar en el transcurso de sus investigaciones sobre mecánica cuántica. En efecto, comprobó que a ciertos niveles la materia deja de operar en un reino de causalidad, y sin embargo existe como si fuese un auténtico mandala que refleja de forma sincrónica y creativa la existencia de un diseño superior. Al principio, Pauli no comprendía por qué razón existían algunos principios «acausales» que gobernaban el mundo, pero comenzó a arrojar luz sobre el asunto precisamente durante el período de su terapia con Jung y, más tarde, en el transcurso de su larga colaboración con el gran psicólogo de lo profundo. En esencia, Pauli, aunque nunca tuvo éxito a la hora de alcanzar su sueño de unificar psique y materia, había comprendido que existen aspectos físicos que sugieren que en la raíz de toda la estructura del universo existe una gran

dimensión psíquica, coincidente en todos los aspectos con el inconsciente colectivo que Jung había descubierto.

4.1. UN GENIO DE LA FÍSICA CUÁNTICA

Pauli era realmente un científico genial y lo demostró muy pronto, cuando con solo dieciocho años, en 1918, publicó un artículo sobre la relatividad, por el cual se ganó la estima y las alabanzas del propio Einstein. Tuvo la oportunidad de trabajar como investigador y como profesor de física teórica en institutos alemanes y suizos, así como en Princeton, Estados Unidos. En 1921, tras colaborar, siendo todavía estudiante de física, en un tratado sobre la relatividad especial y general, bajo la dirección del gran Arnold Sommerfeld, se pasó a la mecánica cuántica, que estaba naciendo precisamente en esa época. De hecho, Pauli estaba cada vez más interesado en la teoría de los niveles atómicos y en los intentos del físico danés Niels Bohr de elaborar una teoría cuántica que describiese el comportamiento de las partículas elementales.

En la universidad, Pauli fue compañero de curso de Werner Heisenberg y desde entonces comenzaron a desmontar juntos las teorías existentes sobre el átomo —como la clásica teoría de Rutherford—, con el objetivo de buscar nuevos enfoques que proporcionaran una visión más objetiva y rigurosa del mundo subatómico. Heisenberg y él discutían sobre temas complejos mientras daban largos paseos y fue así como sentaron los primeros cimientos de la mecánica cuántica y así fue como Heisenberg desarrolló esta teoría en 1925. Pocos meses después, Pauli siguió sus pasos con su teoría del átomo de hidrógeno basada en cálculos del espectro de este



Algunas imágenes del físico cuántico Wolfgang Pauli

elemento, cálculos que se apoyan en la técnica de las matrices concebida por él mismo como una adaptación específica a la mecánica cuántica. La teoría de Pauli sirvió para convencer a la comunidad científica de que la mecánica cuántica era una teoría correcta. En relación con sus colegas, Pauli demostró que tenía una visión verdaderamente profunda de la física y consiguió dominar tanto la elaboración de los conceptos como las técnicas matemáticas. Pero lo que lo guiaba era una profundísima intuición que le permitía identificar inmediatamente el núcleo de los problemas sin perderse en detalles inútiles. Esta intuición le permitía también captar los errores de hipótesis o de procedimiento, de manera que las críticas contra sus colegas eran tan tremendas y despiadadas que ya siendo un joven estudiante le apodaban «el azote de Dios». Ni siquiera Einstein se salvó de las críticas de Pauli, que se comportaba de esta forma no para atacar a sus compañeros, sino única y exclusivamente para hallar la verdad que tanto anhelaba.

4.2. LA MISTERIOSA DANZA SINCRÓNICA EN EL PRINCIPIO DE EXCLUSIÓN DE PAULI

De todos los descubrimientos que Pauli realizó en física, probablemente el más conocido e importante —por el cual le otorgaron el Premio Nobel en 1945— es el «principio de exclusión». Este principio —uno de los pilares de la física cuántica— establece que dos electrones no pueden ocupar el mismo orbital atómico a menos que no tengan espín —rotación— en dirección contraria. El principio de exclusión, que se fundamenta en la introducción de un cuarto número cuántico —el espín— para describir de forma completa un estado atómico —como por ejemplo el átomo de hidrógeno—, esclareció el conocimiento de la estructura atómica de aquel entonces y sigue siendo válido hoy día. El descubrimiento de este principio nació de su estudio de la estructura múltiple de los espectros atómicos y del anómalo efecto Zeeman, que hasta ese momento no podía interpretarse. Pauli se dio cuenta de que algunas características peculiares de los electrones no podían explicarse con la descripción clásica sin generar ambigüedades. Para resolver esas ambigüedades era necesario añadirles a los tres números cuánticos conocidos —el número cuántico principal, el número cuántico orbital y el número cuántico magnético— un cuarto número cuántico, a fin de definir el estado de uno o más electrones en el interior de un átomo. Este fue el número cuántico del espín, que concebía una rotación del electrón que dependiendo de la dirección que tomase podía asumir solo valores cuantizados semienteros $+1/2$ y $-1/2$. Precisamente fue el descubrimiento de este cuarto número cuántico lo que sentó las bases del principio de exclusión. Este principio, partiendo del modo en que las partículas elementales se disponen

en los átomos, explica por qué el universo que observamos tiene una estructura. De hecho, los electrones, los protones, los neutrones y los neutrinos, o el grupo de partículas denominadas «fermiones», están gobernados por un principio de «antisimetría», lo que significa que no pueden hallarse todos en el mismo estado cuántico; por lo tanto, las partículas con la misma energía se mantienen siempre separadas; de hecho, dos electrones no pueden estar en el mismo orbital atómico a menos que tengan espín contrario. Es algo así como una danza entre opuestos, como la que únicamente se produce entre hombres y mujeres. Precisamente, esta rígida restricción da lugar a la diferenciación del mundo de la materia en sus diferentes elementos químicos, de forma que permite a los electrones de un átomo disponerse en diferentes orbitales —que se corresponden con diferentes niveles de energía— y volver a los átomos diferentes entre sí, por sus propiedades y características. Sin el principio de exclusión, las estructuras electrónicas que constituyen los átomos de varios elementos químicos serían indistinguibles, por lo cual no existirían las estrellas, los planetas o la propia vida. Por otra parte, existen partículas como los «bosones» —que incluyen a los fotones y a los mesones—, que están gobernadas por principios de simetría que les permiten unirse en un único estado coherente, como ocurre en el caso de los láseres o de los superconductores. Por lo tanto, el universo se presenta como una danza incesante entre partículas asimétricas y partículas simétricas, una jerarquía universal que nos hace pensar en una verdadera mente.

En el ámbito de la física cuántica, la realidad está involucrada, por consiguiente, en una especie de danza abstracta caracterizada por una armonía de opuestos —simetría y

«antisimetría»—, y lo más sorprendente es que esto sucede sin ningún tipo de causa material.

Por ejemplo, en el principio de exclusión, donde tiene lugar una danza asimétrica, la exclusión entre partículas iguales no es de ninguna manera el resultado de una fuerza, puesto que no existe el principio de causa-efecto como normalmente ocurre en la física clásica, sino que es el resultado del movimiento abstracto de las partículas en su conjunto. Aquí no se da un principio causativo, sino que existe una verdadera sincronicidad que une simultáneamente todas las partículas en una indisoluble interconexión. Precisamente al observar la «acausalidad» de esta relación, comenzó a abrirse camino en la física el concepto de sincronicidad. Se trata de un diseño global de naturaleza abstracta que mantiene en armonía al mundo, tal y como lo vemos y lo conocemos.

En la «antisimetría» sobre la que se fundamenta el principio de exclusión, no se puede hacer otra cosa que constatar que existe «algo» capaz de correlacionar la dinámica de cada una de las partículas individuales, separándolas en niveles energéticos diferentes: sus estados cuánticos. Podemos percatarnos de esta especie de milagro sincrónico que ocurre en la materia solamente introduciéndonos dentro de lo infinitamente diminuto. Lo que significa que, fragmentando el universo en sus componentes más pequeños, acabamos por darnos cuenta de que estos componentes no interactúan causalmente entre sí, como las moléculas de un gas que reaccionan recíprocamente a los impactos, sino que coexisten juntos de forma sincrónica y crean la realidad como la conocemos. El principio de exclusión de Pauli es, sin duda, uno de los presupuestos experimentales de la ley de sincronicidad en el campo de la física cuántica. El comportamiento «acausal» que esta misteriosa estructura universal ejerce sobre sus

partículas nos sugiere que ella es la mente del universo. En mecánica cuántica se utiliza lo que se define como «función de onda», que describe el sistema cuántico de los electrones y su capacidad para asumir una forma global que se manifiesta en la «antisimetría». La manifestación directa de la forma global de la función de onda del sistema es la representación de una danza «acausal», en la que la dinámica de los electrones no se encuentra determinada por ninguna fuerza física ni transferencia de energía.

En este punto, solo queda admitir que la danza de los electrones es la manifestación de una forma global de características no locales —o instantáneas—. Se trata de una verdadera manifestación de sincronicidad que tiene lugar entre la danza de las partículas y el «director» invisible que dirige la danza. Algunas personas podrían ver una analogía de la sincronicidad humana estudiada por Jung: en este caso se trataría del estado psíquico y la actitud creativa de Dios para estar en sintonía con las partículas cuánticas, que al representar la verdadera estructura del mundo, crean también como un mismo Dios. De la misma manera, los hombres formamos parte de todo esto, pero rara vez nos damos cuenta.

4.3. UN «CAMPO DE FORMA» GUÍA AL UNIVERSO

En este capítulo trataremos la cuestión de cómo puede representarse o definirse ese «algo» que mantiene unido sincrónicamente y creativamente al universo. ¿Es posible definir un campo que mantenga unido el todo? El físico cuántico David Bohm estuvo probablemente muy cerca de introducir el «potencial cuántico» dentro de la ecuación de Schrödinger, la ecuación fundamental de la mecánica cuántica. De hecho,

parece que en el principio de exclusión de Pauli —o en el fundamento de la arquitectura del universo diferenciado que estudiamos en física—, hallamos precisamente el potencial cuántico, entendido no como campo de fuerza, sino como «campo de forma» que subyace a toda la naturaleza en sus componentes materiales, energéticos y psíquicos —o mentales—. Es, de hecho, un campo que da forma a las cosas, porque la aparente dinámica que estudiamos en física, vista en su sistema de referencia —tal vez podríamos definirlo como un «sistema de referencia superinercial»—, no subsiste ni en el tiempo ni en el espacio, sino en un eterno presente donde lo que cuenta es solo la forma y su capacidad de plasmar los objetos a su imagen y semejanza. El campo de forma, para que sea efectivo, debe moldear el universo a nivel cuántico. Y de hecho lo hace, y lo hace instantáneamente en una sincronicidad sin fin. Esto es el denominado «orden implicado» de Bohm, mientras que el universo del tiempo, del espacio y de la materia-energía en el que están inmersos nuestros cuerpos no es otra cosa que el despliegue en un «orden explicado», de lo que realmente es una especie de proyecto divino. Pero el orden explicado está compuesto de objetos, que a su vez están compuestos por átomos, que a su vez están compuestos por partículas elementales. Precisamente al entrar en el reino de las partículas descubrimos la existencia de una danza sincrónica. Por lo tanto, también nuestros cuerpos participan en esta danza universal. Sin embargo, si el campo de forma que gobierna esta danza no es más que la psique-mente de Dios en comunicación sincrónica con sus partículas, también nuestra psique-mente debe estar necesariamente en comunicación con el universo. De hecho, esto sucede con la sincronicidad y con los fenómenos psíquicos no locales —como la telepatía o la visión remota—. Esto

parece que en el principio de exclusión de Pauli —o en el fundamento de la arquitectura del universo diferenciado que estudiamos en física—, hallamos precisamente el potencial cuántico, entendido no como campo de fuerza, sino como «campo de forma» que subyace a toda la naturaleza en sus componentes materiales, energéticos y psíquicos —o mentales—. Es, de hecho, un campo que da forma a las cosas, porque la aparente dinámica que estudiamos en física, vista en su sistema de referencia —tal vez podríamos definirlo como un «sistema de referencia superinercial»—, no subsiste ni en el tiempo ni en el espacio, sino en un eterno presente donde lo que cuenta es solo la forma y su capacidad de plasmar los objetos a su imagen y semejanza. El campo de forma, para que sea efectivo, debe moldear el universo a nivel cuántico. Y de hecho lo hace, y lo hace instantáneamente en una sincronicidad sin fin. Esto es el denominado «orden implicado» de Bohm, mientras que el universo del tiempo, del espacio y de la materia-energía en el que están inmersos nuestros cuerpos no es otra cosa que el despliegue en un «orden explicado», de lo que realmente es una especie de proyecto divino. Pero el orden explicado está compuesto de objetos, que a su vez están compuestos por átomos, que a su vez están compuestos por partículas elementales. Precisamente al entrar en el reino de las partículas descubrimos la existencia de una danza sincrónica. Por lo tanto, también nuestros cuerpos participan en esta danza universal. Sin embargo, si el campo de forma que gobierna esta danza no es más que la psique-mente de Dios en comunicación sincrónica con sus partículas, también nuestra psique-mente debe estar necesariamente en comunicación con el universo. De hecho, esto sucede con la sincronicidad y con los fenómenos psíquicos no locales —como la telepatía o la visión remota—. Esto

ocurre porque nuestro inconsciente personal accede directamente al inconsciente colectivo para extraer los arquetipos de gran significado simbólico. Pero, entonces, ¿qué es el inconsciente colectivo? Es exactamente el campo de forma que determina la danza sincrónica de las partículas en el mundo cuántico.

He aquí por qué Wolfgang Pauli se hallaba tan profundamente impresionado por las investigaciones que Jung estaba llevando a cabo sobre el inconsciente colectivo; además, fue precisamente la terapia analítica con Jung lo que activó en él los mecanismos que lo llevarían a descubrir engranajes sincrónicos en el universo, como por ejemplo el principio de exclusión. De hecho, Pauli concibió este principio en 1928, solamente cuatro años antes de su experiencia con la terapia analítica de Jung, pero lo reformuló doce años después tras haber recabado todas las experiencias que recibió mientras se encontraba bajo el tratamiento analítico de éste. El encuentro entre Jung y Pauli fue un auténtico acontecimiento sincrónico, en el que las vidas de ambos conspiraban por obtener un único resultado: conseguir encontrar de manera interdisciplinar una ley física objetiva que describiese rigurosamente el campo de forma que gobierna el universo entero, tanto en sus aspectos materiales como en los psíquicos. Al final, ambos estudiaron de qué forma el inconsciente colectivo, principal depósito de la sincronicidad del universo, podía constituir un sustrato común entre psique y materia. Por lo tanto, las leyes descubiertas por Pauli en la mecánica cuántica eran solamente corolarios de una única gran ley, que todavía debe ser descubierta estudiando la naturaleza psicofísica —y no solo la física— del universo.

El sentido más profundo del principio de exclusión de Pauli, que algunos hemos estudiado en las asignaturas de

mecánica cuántica, lo pasamos por alto porque todas nuestras energías estaban concentradas en hacer bien el examen o en manejar bien los cálculos que conducen a este principio —como por ejemplo el cálculo matricial en mecánica cuántica—. Pero su sentido real probablemente se nos ha escapado a todos, a excepción de aquellos instantes en los que dejábamos de hacer cálculos y éramos conscientes de la gran magia que se esconde dentro de él. Este principio nos dice que en el plano cuántico, el universo entero está involucrado en una danza abstracta donde todos los bailarines y las bailarinas se hallan conectados entre sí en una dinámica eterna sin ningún tipo de causa material, porque esta exclusión de las partículas del espacio no es el resultado de ninguna fuerza —o no es un acto que se explique sobre la base del principio de causa-efecto—, sino que es el resultado del movimiento abstracto de todas las partículas en su conjunto. Esta danza, que recibe el nombre de «antisimetría» y que genera a cada instante el universo tal y como lo vemos, está a su vez equilibrada por otra danza, en este caso simétrica: la de los fotones y los bosones. Por lo tanto, todo el entramado que rige el cosmos se equilibra entre dos opuestos en mutua y constante interacción, que constituyen entre sí una simetría global. Así, la contribución más famosa de Wolfgang Pauli a la física es el descubrimiento de una estructura dinámica abstracta que se encuentra tras la superficie de la materia atómica y de las partículas, y que determina su comportamiento de forma, tanto causal como no causal. Precisamente es de esta manera como el principio de exclusión de Pauli constituye una estructura paralela casi perfecta con el principio de sincronicidad descubierto por Carl Jung. De hecho, la sincronicidad se genera por la estructura de fondo que subyace al universo, la cual no tiene nada que ver

con el principio de acción y reacción de los acontecimientos que suceden en la naturaleza.

4.4. LA SINCRONICIDAD ES EL PEGAMENTO DEL UNIVERSO

¿Exactamente de qué forma evolucionó la colaboración entre Pauli y Jung para intentar desarrollar un modelo psicofísico que explicase los acontecimientos sincrónicos que ocurren en la vida de los individuos y que han constituido durante décadas la evidencia empírica recogida por Jung a lo largo de las sesiones psicoanalíticas con sus pacientes? En primer lugar, era necesario que Pauli aprendiese a explicar aquello que no quería aceptar, o bien las manifestaciones de su inconsciente que se explicaban con sus innumerables sueños de elevadísimo valor simbólico y alquímico. Después, una vez que tomase conciencia por sí mismo de la existencia del inconsciente y de cómo interactúa con el mundo exterior —como por ejemplo a través del famoso «efecto Pauli»—, llegaría el momento de observar los frutos de este trabajo para intentar establecer una estructura que pudiera describir con el lenguaje de la física, de qué forma el inconsciente interactúa con el mundo de la materia. Por este motivo, Pauli y Jung trabajaron juntos durante veinticinco años —entre 1932 y 1957—. (El intercambio epistolar entre los dos científicos se ha publicado muy recientemente.)

Jung continuó preguntándose si existirían leyes capaces de explicar los acontecimientos sincrónicos que contrastasen las leyes newtonianas de causalidad que caracterizan a todos los acontecimientos normales del mundo de la materia. Estaba profundamente convencido de que era posible relacionar su principio «acausal» de sincronicidad con

las nuevas ideas que estaban surgiendo en la física. De hecho, no era únicamente el principio de exclusión de Pauli lo que sugería que todo el universo estaba conectado sincrónicamente, sino también la famosa «paradoja EPR» —así llamada por las iniciales de los físicos Einstein, Podolsky y Rosen—, que describía que si alejamos entre sí dos partículas que han estado en contacto previamente, sea cual sea la distancia entre ellas, se comunican instantáneamente. Si un observador efectúa una medida sobre una de las dos partículas —como por ejemplo un electrón, la partícula que participa en la «danza asimétrica» que dio origen al principio de exclusión descubierto por Pauli—, lo que ocurrirá será que el espín de la partícula se invertirá de $+1/2$ a $-1/2$, pero al mismo tiempo la otra partícula invertirá instantáneamente el sentido de su espín, de manera que la suma de los espines de las dos partículas será siempre cero. Esto es sincronidad pura entre partículas que se encuentran ligadas entre sí como por una especie de «vínculo simpático» y ocurre sin que se haya emitido ninguna señal —o bien, la emisión de un fotón— de la primera partícula para informar a la otra. Todo sucede instantáneamente, como si las dos partículas se comunicasen por telepatía.

Pero hubo otro gran descubrimiento realizado por Pauli y que él identificó inmediatamente como un fenómeno sincrónico de la física. Se trata de la previsión teórica de la existencia de la partícula evanescente, el neutrino, descubrimiento que después confirmaría experimentalmente Enrico Fermi. Esta partícula se encuentra inevitablemente involucrada en la denominada «desintegración beta». Se trata de un proceso mediante el cual los núcleos de los átomos inestables, o radiactivos, se transforman en otros núcleos de átomos que pueden, a su vez, ser radiactivos o bien estables. Este

proceso provoca la transformación del átomo completo de un elemento químico a otro.

La desintegración beta es un auténtico proceso de «transmutación», en el que un neutrón se transforma en una pareja protón-electrón mediante la adición de un antineutrino electrónico. El protón permanece en el núcleo atómico; en cambio, las otras dos partículas son expulsadas. Este extraño mecanismo que parece ocurrir espontáneamente en la naturaleza llevó indirectamente al descubrimiento del neutrino, una partícula sin carga y sin masa que transporta energía en la desintegración radiactiva de los elementos. La presencia del neutrino era indispensable para poder resolver lo que aparentemente era una contradicción entre los resultados experimentales y el principio de conservación de la energía.

Son innumerables los sueños de Pauli en los que aparece la desintegración radiactiva. Además del descubrimiento de la partícula implicada en la desintegración beta, lo que más lo sorprendió fue el proceso de transformación que tenía lugar en los átomos, que los transmutaba de un elemento a otro —lo que probablemente recuerda mucho a los procesos alquímicos—, y sobre todo el hecho de que esta transmutación ocurra sin una causa, que simplemente sea inherente a la naturaleza, exactamente como la danza asimétrica que se encuentra en el principio de exclusión. De nuevo Pauli era testigo de un acontecimiento que estaba totalmente fuera de la dinámica de causa-efecto, puesto que la desintegración radiactiva y la producción —o mejor, la creación— de un antineutrino eran acontecimientos sincrónicos. Se trata de creación de materia a partir de otra materia, y esto sucede dentro de un gran plan que parece presuponer la existencia de una mente o psique, que se encuentra en la cima de este proceso.

Para corroborarlo, los mensajes que surgían de los sueños de Pauli hablaban claro. Él lo contaba así:

La radiación beta y la consiguiente liberación de un antineutrino, y la sincronicidad, están conectadas entre sí de una forma que no se comprende todavía... Además del mundo de la mecánica cuántica existe otra dimensión oculta... Un proceso de transmutación de un centro activo, que al final lleva a un estado estable, el cual se acompaña con la autoduplicación, y a fenómenos de expansión asociados a una transmutación ulterior, que son creados por una realidad invisible.

Pero ¿cuál es esa realidad invisible capaz de sincronizar los acontecimientos de la naturaleza? ¿De dónde viene y basándose en qué leyes se explica exactamente? También interpretando el sentido simbólico y el alto contenido alquímico de sus propios sueños y, al mismo tiempo, después de haber estudiado profundamente las investigaciones de Jung sobre la sincronicidad, Pauli se dio cuenta de que todas las sincronicidades que ocurrían en la naturaleza, desde la humana hasta la que tiene lugar en el mundo cuántico, deben tener necesariamente una matriz común, una matriz capaz de unir sincrónicamente el mundo de la psique con el mundo de la materia. Observando atentamente los mecanismos que había estudiado en la mecánica cuántica a través del principio de exclusión y del neutrino, que él mismo había descubierto, y también las consecuencias de la impresionante «paradoja EPR»; observando su propio inconsciente en el trabajo durante sus sesiones psicoanalíticas con Jung y mientras producía su «efecto Pauli», y estudiando atentamente los descubrimientos de Jung sobre el inconsciente colectivo, Pauli intuyó de forma profunda y segura que la matriz invisible capaz de mantener

unido el mundo es precisamente el inconsciente colectivo, al que el inconsciente personal accede ocasionalmente a través de sueños cargados de significado y de la sincronicidad. El inconsciente colectivo pierde entonces su naturaleza exclusiva de concepto psicológico, para convertirse en el depósito de energía psíquica que se encuentra más allá del tiempo y del espacio, que gobierna no como una fuerza, sino como una forma, y que constituye instantáneamente todo el universo de la materia. Por lo tanto, espíritu —psique— y materia no están disgregados, sino que se hallan unidos completamente de forma sincrónica. No hay ni un solo espíritu, ni un solo pedazo de materia que exista individualmente. Por el contrario, existen infinitos pedazos de materia-espíritu, que se encuentran interconectados y sincronizados entre sí en un todo único. De esta forma, lo que creemos que es nuestra psique no es nuestra psique, sino nuestra capacidad de conectarnos a una gran matriz universal que todo lo une. El yo, la separación, la distinción entre objetos y partículas, es todo parte de una única danza sin fin; tomarlo separadamente como entes disgregados sería tan solo una ilusión. Nuestro propio yo es una ilusión. Y de hecho, algunos problemas psíquicos, parecidos a los que tuvo Pauli durante tanto tiempo, son una forma de advertir que estamos distanciados de nuestro verdadero «ser». La clave de la felicidad, de la serenidad y de la vida misma consiste en tomar conciencia de que somos parte de un universo infinito.

Aunque fue capaz de adivinar esta gran verdad, Pauli no se daba cuenta de que, en realidad, él seguía todavía exclusivamente el camino de su intelecto. Llegó a enunciar frases con un trasfondo muy profundo, como esta que exponemos a continuación:

Es mi opinión personal que en la ciencia del futuro, la realidad no será ni «psíquica» ni «física», sino que será un poco ambas y un poco ninguna... Sería realmente satisfactorio si la física y el espíritu llegaran a ser vistos como aspectos complementarios de la misma realidad.

Pauli realmente consiguió centrar el problema por completo, un problema que se plantea cada vez más en el ámbito de los físicos actuales, muchos de los cuales —como si se tratase de un extraño destino que deba ocurrir necesariamente en el mundo para transformarlo— han abandonado o, cuando menos, han interrumpido sus investigaciones sobre física nuclear y astrofísica para llegar a un horizonte científico completamente nuevo, en el cual el mundo de la materia pueda unirse al de la conciencia. De hecho, este gran proyecto —la verdadera revolución alquímica que la humanidad necesita precisamente en este momento— podrá convertirse lentamente en una realidad, gracias a una conexión más profunda de los fundamentos de la mecánica cuántica con los avances cada vez más veloces de las ciencias cognitivas. La humanidad está comenzando a comprender que el universo no es un mecanismo frío sin finalidad y regido por la casualidad, sino que se trata del origen y el hogar de la vida, en el máximo sentido del término. La dimensión oculta que se esconde en la teoría cuántica no es física, sino que se trata de una dimensión de la vida misma, una vida entendida como una conexión sincrónica armoniosa entre la materia de nuestro cuerpo y la sustancia eterna de nuestro espíritu. Para poder explorar este mundo de totalidad, debemos superar necesariamente nuestra visión causal de las cosas y aceptar que la psicología de lo profundo, así como la propia parapsicología,

no son elementos separados de la realidad, sino que forman parte de ella de forma integral.

4.5. LA MATRIZ DE LA CREATIVIDAD

CIENTÍFICA SE HALLA EN EL AKASHA

Pauli se dio cuenta de que las teorías no podían deducirse únicamente por los hechos. Al contrario, precisamente él, premio Nobel de Física, había comprendido que la ciencia no es un ejercicio de racionalismo onanista, sino una empresa creativa e incluso «artística», en la cual las teorías surgen de un terreno más profundo que el que posteriormente lleva al científico a formalizar lógicamente sus intuiciones. Pero ¿cómo ocurre esto? Precisamente así como la materia tiene su lado subjetivo —como se demuestra en los procesos de medición cuántica en los que el observador tiene un rol determinante—, también la mente —o psique— tiene su lado objetivo. La mente humana posee un aspecto que va mucho más allá del puramente egoico y que no está relacionado con la experiencia individual. Este aspecto objetivo de la psique parece residir en el mismo terreno sobre el que yace la materia. De hecho, en las mediciones cuánticas, la materia es lo observado, mientras que la psique —o mente— es el observador, y ambas interactúan entre sí de forma sincrónica. La mente y la materia surgen juntas fuera de la experiencia particular del individuo que caracteriza al ego. Estas surgen del *Unus Mundus*, sobre el que se basa un acuerdo unánime entre Jung y Pauli, y contienen dentro de sí la impronta de su origen, las estructuras internas y las relaciones que caracterizan a los arquetipos del inconsciente colectivo, así como las simetrías abstractas que los vuelven poderosos y eternos.

Dejándose guiar por estos arquetipos, un físico realmente creativo se vuelve capaz de formular nuevas teorías. Efectivamente, las teorías sobre los mecanismos naturales no son producto de una reflexión arbitraria o de una simple conexión lógica de hechos entre sí. Son verdaderas creaciones de la mente humana, cuyo origen reside en lo profundo de ese océano que es el inconsciente colectivo. Este es el espejo que refleja tanto la materia como la mente. De esta forma, las teorías científicas —y solamente las que han nacido de mentes geniales y particularmente receptivas a los llamamientos del «mundo interno»— reflejan la naturaleza de sí mismas. Por lo tanto, el pensamiento de los grandes científicos no es una construcción mental externa a la realidad, sino el espejo de una realidad verdadera hecha de mente y de materia, que surge solo cuando el microuniverso del yo individual se funde como una gota en el océano de la realidad y se deja guiar por la ola del campo cuántico.

El mecanismo que permite al científico conectarse con la «biblioteca del cosmos» siempre es un proceso que presupone una profunda actividad intuitiva, que es desencadenada o se desencadena a sí misma mediante las sincronicidades. Estas sincronicidades confirman a la persona, especialmente al pensador, que va por el camino correcto. El principio de sincronicidad, en un futuro próximo —tal vez no muy lejano—, podría ser la base de una nueva «ciencia holística», nacida de la unión entre la dimensión interior y la exterior. Wolfgang Pauli experimentó todo esto al encontrar su dimensión interior, que surgía en sus sueños. A través de esta profunda experiencia no solo llegó a desentrañar descubrimientos científicos revolucionarios como el del principio de exclusión y la previsión de la existencia de los neutrinos, o bien a concebir un proyecto gnóstico de unión de la física y

la psicología, sino que también percibió la forma en la que surgen las ideas científicas más innovadoras. Es más, no solo desarrolló estas ideas, sino que continuó como un supervisor de sí mismo mientras accedía al inconsciente colectivo para extraer estas ideas creativas y llevarlas después al plano de la esfera consciente, y así poder construir teorías racionalmente estructuradas. Este milagro —tanto el de la creación científica como el de la creación en cualquier otro campo que involucre la producción de conocimiento— puede nacer si el objetivo de una persona es «ser». Ser significa existir, pero existir significa participar en un proyecto muy grande del que la persona que existe es solo el terminal de un cosmos infinito en eterno movimiento. ¿Para qué sirve ser una persona entonces? Sirve para permitir al eterno que tome conciencia de sí mismo a través de sus terminales. En tal caso, ¿por qué la mayor parte de los científicos actuales no experimentan todo esto, sino que se contentan con el ejercicio de un virtuosismo racionalista? Porque han confundido el ser con el tener, un «tener» representado por la carrera y por la cínica ansia de poder dentro de las instituciones en las que trabajan. El que quiere «tener» o poseer concentra todas sus energías en su yo; y el yo se cierra al «sí mismo», que lo reconecta al sustrato universal. Y todos los «yo es», se vuelven semejantes a algún consenso o compromiso institucional, se convierten en una única forma independiente, completamente cerrada a la conexión con el mundo cuántico: una especie de «quistes sebáceos» completamente aislado del universo y mimetizado en su egoica prepotencia por un presunto sentido de «solidaridad», muy a menudo cimentado en la doctrina materialista del denominado «socialismo científico».

Los ardides que se dan dentro de este mundo —completamente alejado de la sociedad, pero esclavo de los poderes

socioeconómicos— son tantos como para hacer parecer «individualista» a cualquiera que ose apartarse de lo que, a todos los efectos, se ha convertido en los auténticos creadores de dogmas, dignos de una institución religiosa.

Wolfgang Pauli comprendió el problema en la época en la que le tocó vivir —antes y después de la segunda guerra mundial— y fue probablemente un acontecimiento sincrónico el hecho de que su pensamiento pudiese exteriorizarse en ese momento, en el cual la ciencia todavía tendía a la exploración de los mundos desconocidos, una época revolucionaria caracterizada por una explosión creativa en física como nunca se había visto, y con contenidos realmente decisivos a la hora de trazar el destino de la humanidad. Los grandes físicos del momento no despreciaban la oportunidad de hablar con el psicólogo Carl Jung; más bien se sentían enriquecidos. Ciertamente, la actitud cerrada existía también por aquel entonces, pero la cerrazón que vivimos hoy día en lo que corresponde a la tendencia de la física institucional no tiene parangón. Tal vez porque el «quisté sebáceo», entendido como un organismo sinérgico, percibió que estaba cada vez más aislado, no solo de la sociedad, sino también de muchos científicos que, por trabajar en las instituciones, no han olvidado las razones por las cuales están llamados a trabajar. El proyecto nacido de unas mentes revolucionarias como las de Carl Jung, David Bohm, Marco Todeschini y Wolfgang Pauli se encuentra hoy más vivo que nunca, y está preparando algo.

Una de las razones por las que este proyecto nace con Pauli es porque él había comprendido que en la misma teoría científica, como en las de Kepler y la derivación de las leyes cinemáticas que gobiernan las órbitas del sistema solar, existe la presencia de los arquetipos o las manifestaciones

del inconsciente colectivo. Cuando colocaba los planetas en sus órbitas, Kepler no hacía otra cosa que reconstruir la interrelación que liga entre sí a los sólidos platónicos. Lo hacía sin duda inconscientemente, pero sus descubrimientos científicos nacieron de esta forma. Los verdaderos descubrimientos científicos nacen primero como intuición de una realidad superior. La única manera de acceder a ellos es conectarse con el reino de los arquetipos, que no es más que una inmensa biblioteca que contiene, simbólicamente, todo el universo cognoscible. En el interior de este reino, más allá del tiempo y del espacio, y del misterioso y mítico *Akasha*, de la tradición oriental, ocurre exactamente lo mismo. Para poder acceder a las leyes del universo con la luz adecuada, es indispensable que la psique se conecte con esta «red cósmica». Su tarea es la de informar a la mente, que después, conectándose con la realidad concreta, comienza a construir las leyes científicas utilizando el mecanismo matemático necesario. Incluso el propio mecanismo matemático —que se basa en los números— tiene su origen en un arquetipo.

4.6. EL NÚMERO: EL ARQUETIPO DEL ORDEN

El número mismo es un arquetipo. El propio Jung se había dado cuenta de ello cuando estudiaba el *I Ching* y sus características sincrónicas. Los números tienen un significado profundo y esta es la razón por la cual aparecían frecuentemente en prácticas adivinatorias como el *I Ching*. Al ser un arquetipo, el número está directamente conectado con la sincronicidad. Dado que su objetivo es el de proporcionar orden, Jung lo denominó «arquetipo del orden». Además, el número aparece en la simbología del propio «ser» —o de la

parte de nosotros que nos conecta al inconsciente colectivo—que forman los mandalas, los cuales a menudo tienen una estructura cuaternaria, o construida a partir de múltiplos del cuatro. Como se verá más adelante, la misma estructura cuaternaria del mandala jugará un rol predominante al sentar las bases de la psicofísica que Pauli y Jung soñaron. Parece que el número se usa en el inconsciente para crear orden. No se trata por lo tanto de un artefacto del hombre, sino de la manifestación de una realidad superior que nosotros podemos usar como instrumento, ya sea para entrar en comunicación sincrónica con una dimensión superior, o para construir las leyes científicas que tienen como principio una formulación matemática. Los números actúan como mediadores entre la realidad externa y la realidad mental. Pauli estaba completamente de acuerdo con Jung, hasta el punto de que creía que el concepto de arquetipo debía comprenderse de forma que incluyese las series continuas de números enteros en aritmética y el concepto de lo continuo en geometría. Esto podría ayudar a comprender las teorías matemáticas, como aquellas en las que Pauli trabajaba, que nacen única y exclusivamente de las intuiciones provenientes de las profundidades de la psique. El inconsciente es, de hecho, capaz de producir espontáneamente estructuras matemáticas basadas en números naturales y, en algunos casos, también en «matrices»—precisamente como las que usó Pauli para describir cuantitativamente algunos conceptos importantes de la mecánica cuántica—, con el fin de explicar con claridad, a la luz de la conciencia, las distintas formas del orden. Por lo tanto, los números parecen representar tanto un atributo de la materia como el fundamento inconsciente de nuestros procesos mentales. Por esta razón, tanto para Jung como para Pauli, las formas representadas por los números son el elemento

particular que une los reinos de la materia y de la psique. El número y su relativa representación matemática, que se explica de forma detallada y rigurosa en las exposiciones de la física teórica, son el vehículo que mantiene unidas de forma sincrónica dos realidades. En su origen se trataba de un lenguaje «acausal» y atemporal, que se convierte en causal y temporal desde el momento en el que se utiliza para describir los acontecimientos que ocurren en la materia.

El número es tanto un vehículo de conocimiento como un conector entre dos mundos complementarios entre sí que constituyen la totalidad que se explica en el universo cuántico.

Sabemos que el lenguaje simbólico que son las matemáticas representa los fundamentos de la física moderna. Pero entonces nos podríamos preguntar: ¿cuáles son los fundamentos de las matemáticas y por qué razón funcionan tan bien? Si no somos capaces de responder a esta pregunta, la ciencia que somos aparentemente capaces de dominar sin problemas se basa en aspectos que todavía no entendemos. Pauli se planteó el objetivo de responder también a esta pregunta, y su respuesta se encuentra únicamente en la concepción de una nueva física que une la materia al espíritu.

La hipótesis arquetípica del número la desarrolló sobre todo otro importante analista de la escuela de Jung que trató a Pauli, la doctora Marie-Louise von Franz. Esta estudiosa, probablemente la mayor divulgadora del pensamiento de Jung, llegó a fijar con claridad los conceptos de arquetipo que Pauli y Jung estudiaron como en una sonata de piano a cuatro manos. Von Franz comprendió que todos los fenómenos mentales y físicos son aspectos complementarios de una misma realidad unitaria trascendental. En su propia raíz, existen ciertas formas dinámicas fundamentales denominadas

«arquetipos». Cada proceso específico, ya sea físico o mental, es una representación particular de algunos de estos arquetipos. En concreto, los arquetipos del número proporcionan la base a todas las potenciales expresiones simbólicas. Por lo tanto, es posible, en principio, que un «lenguaje neutro», construido sobre los cimientos de estas representaciones simbólicas abstractas de los arquetipos numéricos, pueda proporcionar una descripción altamente unificada de todos los fenómenos mentales, psíquicos, parapsíquicos y físicos.

Al estudiar la obra de Kepler, otro gran mago de los números que aplicó las leyes cósmicas introduciendo una auténtica revolución positivista en su tiempo, es como si Pauli se viera reflejada en ella. En su obra, tan rigurosa desde el punto de vista matemático —las famosas tres leyes de Kepler, que describen las órbitas de los planetas—, Pauli consiguió entrever un componente espiritual y místico que surge de una especie de psique cósmica, y que prende la chispa de la cultura y de los descubrimientos en la naturaleza. De hecho, Pauli, al igual que Kepler, estuvo muy influenciado por los arquetipos y, si se indaga profundamente en sus escritos, se puede ver claramente que era un místico de los números. A diferencia de Kepler, que lo era solo intuitivamente —en el fondo era adversario de los alquimistas—, Pauli era consciente de serlo, o al menos se había convertido después de haber explorado lo profundo de su ser bajo la guía de Jung. Ironías de la vida, en el año 1958, cuando Pauli enfermó de cáncer de páncreas —enfermedad por la que murió en poco tiempo—, su asistente Charles Enz, que había ido a verlo a su habitación en el hospital de Zúrich, le dijo: «*Has visto el número de mi habitación? Es el número 137*».

A lo largo de toda su vida, Wolfgang Pauli se planteó la pregunta de por qué la «constante de estructuras finas», una

constante dimensional fundamental en la física, tenía un valor casi igual a $1/137$. Pauli murió en esa habitación el 15 de diciembre de 1958. Una sincronicidad realmente extraña, pero sobre todo cargada de significado si se piensa en lo que él había descubierto sobre la naturaleza de los números. Tal vez el hecho de que muriera en una habitación con el número de la constante de las estructuras finas podría ser entendido como un mensaje a sus sucesores, un mensaje que debiera ser descifrado para poder retomar la investigación allí donde Pauli la dejó.

4.7. LA SIMETRÍA EN LA FÍSICA Y EN LA PSIQUIE

Así como en el número el inconsciente de Pauli descubrió la matriz del orden de la realidad, del mismo modo su inconsciente lo guió a lo largo de toda su vida en el concepto de simetría. Esto se vio reflejado tanto en su psique como en sus descubrimientos en física cuántica. La búsqueda de la simetría tenía que ver con una profunda necesidad de equilibrio entre su componente mental y su componente emocional. La tendencia hacia esta armonía de los opuestos coexistentes fue la razón que empujó a Pauli a someterse al análisis junguiano. De forma paralela a este proceso de reconquista de «sí mismo», su principal obsesión fue capturar «el ser de la realidad cuántica». Y logró descubrir que la danza universal que se alterna entre «antisimetría» —la de los fermiones y la del principio de exclusión que él descubrió— y simetría —la de los bosones— caracteriza toda la existencia universal. Los principios de simetría se habían convertido en la fuerza conductora de la vida intelectual de Pauli. Para él, la simetría era el arquetipo principal que gobernaba toda la realidad, el

terreno sobre el que se edifica la descripción científica de la naturaleza. Más que buscar el último nivel de la naturaleza como resultado de la fragmentación de la materia en partículas elementales, Pauli creía que el plano material era la manifestación de algo más profundo. Se trataba precisamente del *Unus Mundus* alquímico, que Jung había descubierto como inconsciente colectivo, y que Pauli había visto como simetría, la cual podía asumir dos formas: una de auténtica simetría y otra de «antisimetría». Esta cualidad del cosmos, como se percibe directamente de las leyes del mundo cuántico, constituye, según Pauli, los arquetipos fundamentales del universo, hasta el punto de que en sus escritos privados se refería a ellos como «Dios y Satanás». De esta forma, Pauli había identificado en las leyes de dualidad del cosmos el factor principal de equilibrio que lo mantenía en pie: la simetría y la «antisimetría» juntas constituían una simetría única.

Cuando las ideas de Pauli pudieron confrontarse dialógicamente de forma directa con las de Jung, los dos científicos, al unir sus respectivos conocimientos, se dieron cuenta de que la armonía universal que se explica como correspondencia, complementariedad y simpatía se manifiesta como una secuencia sincrónica de los arquetipos, cuyo origen se encuentra precisamente en el inconsciente colectivo. Dado que el inconsciente colectivo representa el sustrato común de la psique y de la materia universal, las sincronicidades que ocurren tanto en el mundo cuántico como en los estados psíquicos de las personas indican la posibilidad de una profunda actividad participativa y simpática dentro del cosmos. Todo nace no de una fuerza, sino de una forma primigenia, que precede a las leyes físicas asociadas a la causalidad, la fuerza y la energía. En este ámbito, la sincronicidad es la representación experimental y simbólica de los arquetipos mentales

y físicos; abre la puerta a la probabilidad de que cualquiera, a través de la psique, pueda participar de forma directa en los mecanismos de la materia y sugiere la posibilidad de que cada individuo, así como la sociedad en su conjunto, pueda entrar en relación cooperativa con los movimientos de la naturaleza y del cosmos siguiendo los principios de simetría y de «antisimetría», de la misma forma en que la vela de un barco se hincha con el viento. Por lo tanto, la persona se convierte en parte del universo y así, y solo así, el universo se comunica consigo mismo.

Este es el sentido más profundo de la sincronicidad, que puede existir únicamente si existe un sustrato universal que una a todos los seres del cosmos con la psique que lo acompaña.

Mientras en el reino cuántico Wolfgang Pauli descubrió que las leyes últimas de la naturaleza no están sujetas al principio de causalidad, y que no son más que un mandala de formas que sincronizan la materia y la interconectan en todas sus partes, en el reino psicológico y cognitivo Carl Jung halló la existencia del inconsciente colectivo como realidad objetiva y sustrato de base, cuyo objetivo es unir sincrónicamente tanto la psique como la materia. De hecho, desarrolló un profundo interés en las teorías de Jung y, durante el resto de su vida, la física y la psicología desempeñaron un rol complementario en su pensamiento. La mecánica cuántica, por ejemplo, ha revelado un elemento subjetivo de la naturaleza, ya que cada proceso cuántico depende de la forma en la que el observador lo percibe.

Complementariamente y con una exactitud espectacular, Pauli estaba convencido de que esto se correspondía con el descubrimiento de Jung de un estrato objetivo de la mente: el inconsciente colectivo. Por consiguiente, tanto Jung

como Pauli descubrieron que el problema psicofísico influye no solo en nuestro modo de ver el mundo, sino también en cómo nos vemos a nosotros mismos. Todo esto no es más que un paralelismo con los problemas de la mecánica cuántica. A diferencia de lo que sucede en la física clásica, donde cada ley sigue unos principios estrictamente gobernados por la causalidad que pueden ser descritos independientemente del observador, en mecánica cuántica, el conocimiento de sus leyes implica una estrecha interacción sincrónica entre el observador y el objeto observado. En los diversos fenómenos sincrónicos, el observador y lo observado son indistinguibles: la psique se funde con la materia y viceversa. Pauli era cada vez más consciente de la magnitud del problema y estaba más convencido de que su solución llegaría en los años venideros. En antítesis con la mentalidad mágica de la cultura medieval, que no concebía todavía una simultaneidad entre mente y materia, creía que también los fenómenos mágicos —al igual que los de la física clásica— seguirían un principio de causa-efecto. Pauli había comprendido bien que, para acercarse de forma profunda y gnóstica a la espiritualidad y a todos los fenómenos relacionados con ella, era indispensable aceptar que las denominadas «realidades metafísicas» podían alcanzarse solo en su interacción con la naturaleza y no como una realidad abstracta y separada de la materia, lo que de cualquier forma implicaba un «uso especial de la racionalidad» o una investigación científica ampliada hacia nuevos horizontes.

Esta forma de afrontar el problema, que es típica de los científicos —y en particular de los científicos geniales que saben hacer buen uso de la intuición— se opone drásticamente a la subcultura denominada *New Age*, que parece no comprender bien el vínculo entre mente y materia, pero que

se antepone también a la cultura fanática y vacía de contenidos del racionalismo gratuito de la ciencia institucional y tradicional. El pensamiento de Pauli podía ser visto como la capacidad de integrar estas tendencias opuestas, pero en realidad se trata de mucho más que esto. El nivel de Pauli es el de quien ha alcanzado elevados picos de conciencia con el fin de armonizar de forma equilibrada y profunda las dos tendencias opuestas: la irracional y la racional. Y no olvidemos que su objetivo final siempre fue llevar al plano de lo consciente todas las experiencias vividas en el plano inconsciente, y no dejarlas macerar sin dinámica en los escondites más recónditos de la psique. Esto, en efecto, no puede más que llevar a la locura, a la religión y al fanatismo, lo que hace que el individuo se convierta en el receptáculo adecuado para la proliferación de sectas. La existencia de sectas de varios tipos en nuestros días, en particular las de inspiración *New Age* supone, de todas formas, un grito de alerta que nos indica que algo le falta a la humanidad. Para que las nuevas verdades universales puedan llegar a la conciencia de todos, es necesario, por lo tanto, explorar el inconsciente, con el fin único y exclusivo de sacar a la luz del consciente los conocimientos adquiridos. Esto es exactamente lo que hizo Wolfgang Pauli durante su terapia psicoanalítica con Jung. Y el conocimiento adquirido fue tan elevado que los dos decidieron sentar juntos los primeros fundamentos de la ciencia del futuro, una ciencia que veía al hombre y a la humanidad en su conjunto como partícipes de la creación del mundo y de los acontecimientos que en él ocurren.

4.8. EL DIAGRAMA PSICOFÍSICO DE PAULI-JUNG

Los dos científicos persiguieron un objetivo común que ha quedado bien resumido en esta célebre frase de Pauli:

Ahora debemos proceder a encontrar un lenguaje neutro o unitario, en el cual cada concepto que usemos pueda aplicarse tanto al inconsciente como a la materia, con el fin de superar esta vieja convención de que la psique inconsciente y la materia son dos cosas independientes.

Basándose en estos principios, Jung y Pauli desarrollaron un esquema que recoge todas las leyes del universo en un único diagrama, un diagrama exclusivamente cualitativo, pero que debería proporcionar a las nuevas generaciones de científicos las bases para construir la física del futuro, que debería incluir la psicología. El diagrama que representa al universo psicofísico es un gráfico en forma de cruz. En los dos extremos de la línea vertical tenemos la indestructible energía psíquica denominada «*continuum psíquico*» y abajo, el espacio y el tiempo juntos, designado «*continuum espacio-temporal*». Esta línea representa la famosa ecuación de Einstein $E=mc^2$, que vincula matemáticamente la energía y la materia. En los dos extremos de la línea horizontal tenemos, a la izquierda, la ley de causalidad, y a la derecha, la ley de sincronicidad: ellas representan respectivamente el orden y el caos. ¿De qué forma se relaciona entonces la conciencia en este modelo? La conciencia puede entrar en el *continuum psíquico*, representado por el inconsciente colectivo, a través de la reconexión con el propio «ser» —que determina el arquetipo principal representado por la conexión entre el individuo y el inconsciente colectivo—, y efectuar un

acontecimiento sincrónico, para después volver, a través del yo, al *continuum* físico espacio-temporal, donde reina la causalidad. La reconexión con el «ser» ocurre como un auténtico sacrificio del propio «ser» por el bien del yo: lo que genera las sincronicidades que tienen lugar solo en los momentos de transformación o de crisis, precisamente para compensar al yo de aquello que le falta. Por lo tanto, el «ser» es una «forma» que guía al yo, el cual, a su vez, debe hacer el sacrificio de asimilarse al propio «ser». Pero esto les sucede solo a los seres compuestos de materia y con una psique que los reconecta a la ley última en momentos transitorios. Estos momentos transitorios parecen estar caracterizados por el caos, o bien por una imprevisibilidad en términos de causalidad, aunque realmente le parece «caos» solo a quien vive en el dominio de la causalidad. Lo que en nuestra realidad física espacio-temporal genera sincronicidad, en su sistema de referencia representa el orden absoluto, que aparece como «caos» únicamente a nuestros ojos, mientras lo percibimos en este reino de causalidad donde todo parece estar regulado, al menos hasta el momento en el que esta regulación se rompe por un improvisto acontecimiento transitorio.

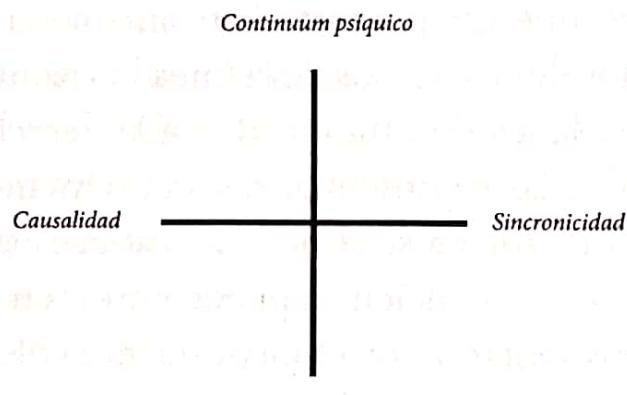


Diagrama psicofísico de Pauli-Jung

La gran revolución de este diagrama es que introduce la sincronicidad con el fin de equilibrar la causalidad. La importancia de la sincronicidad en este diagrama universal consiste en el hecho de que introduce el concepto de «significado». De este modo se sugiere un camino a través del cual el convencional enfoque objetivo que siguen la ciencia y, particularmente, la física —que se basa en acontecimientos conectados por una causa y un efecto— podría ser integrado con valores más subjetivos —que aquellos que se basan en acontecimientos conectados por la equivalencia y por el significado simbólico—. El concepto de «significado» es, de hecho, el punto focal de la sincronicidad, dado que un acontecimiento sincrónico adquiriría sentido solo en la medida en que quien lo experimenta percibe un significado inmediato. Esto ocurre porque la sincronicidad no es más que un espejo de los procesos de nuestra psique, y en ella se verifican los paralelismos entre estos estados interiores y los acontecimientos externos. Se trata de un mecanismo que tiene lugar por analogía, y su matriz se encuentra fuera del tiempo y del espacio. Tomar conciencia de este fenómeno significa también comprender el estado de ceguera en el que hemos vivido durante trescientos años.

La ciencia entendida como racionalismo, positivismo y empirismo nace como una reacción del hombre a un pensamiento arcaico, completamente dominado por la religión y el dogma. En nombre de este dogma se cometieron crímenes, muchas personas fueron torturadas, enviadas a la hoguera e, incluso, se exterminaron poblaciones enteras. Era inevitable que surgiese, por lo tanto, la Ilustración, también como vía para liberar a los hombres, despertándolos a una nueva realidad y haciéndolos partícipes de su libertad de vivir y de pensar por sí mismos. Sin embargo, trescientos años

después, nos hemos dado cuenta de que la revolución ilustrada, aunque liberó —en parte— al hombre del dogmatismo religioso, no le ha otorgado total libertad, sino que ha generado en él una nueva forma de opresión y de alienación, incluso de devastación: la aniquilación de nuestra alma. La ciencia tradicional se configura, de hecho, como un camino de conocimiento rígidamente racionalista y completamente basado en las leyes de causa-efecto. Dentro de ella nunca ha encontrado espacio el componente analógico de la mente, tan solo «el digital», compuesto por una combinación dialéctica de «sí» y de «no», pero donde el concepto de «significado de las cosas» es completamente inexistente. Sin embargo, la sincronicidad, que es un fenómeno que liga claramente la psique a la materia, nos dice por sí sola que este «significado de las cosas» existe verdaderamente. ¿No debería la ciencia tratar de explicar todo lo que existe? De hecho, son únicamente los científicos —los auténticos, interesados en sacar a la luz las cosas y no las vestales del viejo paradigma aceptado (actualmente más parecido a una religión que a una ciencia)— los que perciben los problemas, para comprenderlos y después resolverlos.

Esta vez los científicos —o los filósofos de la naturaleza— pagan la experiencia secular que los ha precedido y comprenden que no es hora de desandar el camino, sino de dar un salto de altura o, si se quiere usar una analogía, de encontrar un modo de que la serpiente se libere de la vieja piel, para dar a luz la nueva. Todo esto significa cambiar la ciencia desde sus raíces y ponerla de verdad al servicio del hombre. La ciencia tradicional, en todos estos siglos que siguieron a la denominada «revolución galileana», se ha preocupado de concentrarse en las partes en las que un fenómeno puede

subdividirse, sin ocuparse de la unidad que vincula sincrónicamente los fenómenos entre sí.

Los primeros que se percataron de esta exigencia fueron los científicos fundadores de la mecánica cuántica. Todos —y no solo David Bohm y Wolfgang Pauli—, desde Werner Heisenberg hasta Erwin Schrödinger, Niels Bohr y John von Neumann, percibieron que la física había llegado a una encrucijada. Si seguían un camino, se podía doblar y dar la vuelta, mientras que por el otro camino se podía continuar recto y ascender. Únicamente David Bohm, con sus conceptos de «potencial cuántico» y de «orden implicado», paralelamente Marco Todeschini, con su «psico-biofísica» y, por último, nuestro Wolfgang Pauli tuvieron el coraje de ir más allá y de intentar sentar las bases de la física del futuro, una física nacida de la interacción entre la conciencia y la materia, la psicología y la física. Se podría decir que esta nueva revolución anunciada en el campo de la física podría sintetizarse con las palabras de Pauli:

Hoy tenemos las ciencias naturales, pero no tenemos una filosofía de la ciencia. Con el descubrimiento del cuanto elemental, la física se vio obligada a renunciar a su orgullosa pretensión de dar una explicación teórica de la totalidad del universo. Pero esta difícil situación puede contener la semilla de descubrimientos posteriores que corrijan la orientación unilateral precedente y la enderezan hacia una visión unitaria del mundo, donde la ciencia sea solamente una parte del todo.

Precisamente a través de la sincronicidad se consigue el diálogo entre la física y la psicología, dado que implica la entrada de elementos subjetivos en la primera —acontecimientos externos— y de elementos objetivos en la segunda —estado

psíquico—. En este punto, el universo termina por revelarse de forma que los acontecimientos subjetivos y los objetivos se vuelven manifestaciones implícitas de un mismo fenómeno. Puesto que tanto Pauli como Jung deseaban encontrar las «leyes objetivas» que estuviesen en la cima de todo esto, no querían crear una ciencia que fuese una versión extendida de la mecánica cuántica, en la que el observador y lo observado se describiesen simultáneamente. Este es exactamente el camino que se le indicó a Pauli en uno de sus sueños, en el cual Einstein lo invitaba a buscar una dimensión superior de la mecánica cuántica. No existe por el momento un tratamiento matemático real que describa el universo esbozado en el diagrama de Jung-Pauli: se trata de una especie de «diagrama de flujo “acausal”» que es necesario fabricar antes de proceder a la elaboración del *software*.

La tarea de elaborar este *software* pertenece a las generaciones futuras, las cuales probablemente estarán muy próximas a la nuestra del comienzo de este tercer milenio. Si esta nueva ciencia naciera verdaderamente, se producirá una unión armoniosa entre ciencia y sacralidad; o una comprensión consciente del universo, a la luz de nuestra exploración del inconsciente.

4.9. EL «FACTOR PSICOIDE» Y EL RELOJ DEL MUNDO

Jung llamó a la sincronicidad «factor psicoide», ya que es la manifestación de un profundo principio de «orden acausal», que abraza factores representados a priori por todos los arquetipos que emergen del inconsciente colectivo como simbología cargada de significado. La sincronicidad representa la revelación directa del arquetipo y el principal

lenguaje que permite poner en comunicación —primero de forma inconsciente y después consciente— tanto el mundo de la materia con el del espíritu, como todas las partes que constituyen la materia con las que constituyen el espíritu. En el primer caso se produce una sincronicidad en la materia, la cual se manifiesta a través del principio de exclusión dentro de los átomos y mediante el mecanismo con el que tiene lugar la transmutación radiactiva. En el segundo caso se produce la manifestación de los considerados fenómenos paranormales, como la telepatía, la psicoquinesis, la visión remota y la predicción.

La sincronicidad más típica, la estudiada por Jung al analizar a sus pacientes y a sí mismo, conecta el mundo psíquico con el de la materia. Las combinaciones sincrónicas son muy diversas, pero la de Jung es probablemente la que nos presenta la naturaleza del «microcosmos copartícipe» del hombre, que es capaz de conectarse de esta forma a los arquetipos, sin tener que salir de su esfera física. Carl Jung y Wolfgang Pauli comprendieron pronto que la subjetividad y la objetividad son aspectos complementarios de algo que es vastísimo y omnicomprensivo. Como físico, Pauli estaba completamente de acuerdo con Jung y afirmaba que, como este había identificado un elemento objetivo dentro de la psique —justamente con el inconsciente colectivo—, también la física debía ocuparse de elementos subjetivos inherentes a la materia —de modo particular con el rol del observador en los fenómenos cuánticos—. Por lo tanto, reconocía que tanto la materia como la psique —o, más en general, la mente— poseían estratos, ya objetivos, ya subjetivos. Estos son complementarios en su estructura y, en el ámbito de lo psicoide, cada uno se refleja en el otro. Esta nueva visión del mundo quedó plasmada en el sueño más famoso de Pauli con

el «reloj del mundo» y su eje común en dos planos. Este eje representa simbólicamente la clave de toda la teoría y refleja un espejo que se encuentra entre dos mundos, reflejados el uno en el otro. Para Pauli, este eje representa la esencia de su enfoque en física y también el espejo, que entendido matemáticamente, puede generar simetría entre el mundo externo y el mundo interno: precisamente lo que los físicos encuentran cuando se adentran en el mundo cuántico.

4.10. LA ESTRUCTURA CUATERNARIA DEL UNIVERSO

El gráfico desarrollado por Jung y Pauli representa el modelo cuaternario del universo, adecuadamente sintetizado en los fotogramas sincrónicos que suponen los mandalas y que se explican como un *continuum* psíquico, un *continuum* espacio-temporal, y un doble eje formado por la causalidad y la sincronicidad. Se trata del modelo de cuatro componentes que los alquimistas medievales utilizaban casi instintivamente y que, ahora, dos científicos de diferente orientación pero con un propósito común intentan explicar con el fin de construir un modelo objetivo y completo del universo. Este modelo se antepone al «modelo de tríada» de la ciencia convencional, que contempla solo espacio, tiempo y causalidad. Para llegar al modelo cualitativo cuaternario, fue necesaria una larga evolución científica que duró trescientos años y que culminó en la primera mitad del siglo XX con la formulación de la teoría de la relatividad y con la teoría cuántica: dos revoluciones científicas que se producen sincrónicamente, como si quisieran lanzar un mensaje simbólico a la humanidad; dos teorías en apariencia irreconciliables, pero que nos ayudan a comprender la naturaleza fundamentalmente dual del

cosmos, la relatividad, con su *continuum* espacio-temporal y causal —que domina el «mundo externo» de la materia—, y la teoría cuántica, con el *continuum* psíquico y sincrónico que se deduce del comportamiento sinérgico de las partículas elementales y que sustancialmente domina el «mundo interno» del espíritu. Wolfgang Pauli comprendió que la única salida para llegar a una comprensión completa del universo era unificar estos dos mundos a través de un único marco de polaridad que interactuase entre ellos. El mismo descubrimiento de las leyes de la mecánica cuántica se confronta con la armoniosa belleza del mecanismo de la relatividad, lo cual planteó un problema a Albert Einstein, que afirmaba que «Dios no juega a los dados». Pauli y Jung simplemente respondían que «tal vez Dios realmente juegue a los dados, pero aún no sabemos en función de qué reglas».

Después de Pauli se han intentado unir las dos teorías, aunque sin éxito. Tal vez sea la misma psique la principal catalizadora de la unión entre la relatividad y la mecánica cuántica. Este término parecía ausente en la principal teoría unificadora de nuestros días, la «teoría de supercuerdas», que parece ser la mejor —técticamente hablando— en este proyecto de unificación. Pero ¿estamos seguros de que sea esta la teoría final, pese al gran encanto que plantea de un universo en el que las partículas son cuerdas que vibran generando una música divina? Quizá se trate de una teoría realmente cercana a la verdad, pero probablemente todavía se carezca de algo. La sensación de que faltaba algo importante en la física y de que seguiría faltando aún durante mucho tiempo la había tenido ya Wolfgang Pauli, quien, sin embargo, intuyó el camino y comprendió el problema, aunque sin poder resolverlo.

4.11. LA CONTUNDENTE SINCRONICIDAD

ALQUÍMICA DEL JARRÓN DE AGUA

La convicción de Pauli de crear una teoría psicofísica que unificase psique y materia era tan fuerte que no se limitó solo a razonarla, sino que además desencadenó la que probablemente fue la sincronicidad psicocinética más contundente de su vida. En este caso no se explicó con el clásico «efecto Pauli», sino que se comprobó en los laboratorios de física con la presencia de sus colegas, y consistió en un acontecimiento caracterizado por un gran valor simbólico y también con un componente de presagio para la humanidad.

En 1948, Pauli había sido invitado a presidir la inauguración de la fundación del instituto de psicología que Jung había creado. Tan pronto como entró en la habitación, sin ninguna causa externa aparente, un jarrón chino lleno de agua cayó al suelo y se rompió, derramando todo el líquido de su interior. Si analizamos esta sincronicidad, es evidente que hay en ella una gran cantidad de mensajes simbólicos encadenados entre sí, que difícilmente podrían deberse al mero azar. Antes que nada, el hecho de que el jarrón fuese chino se vincula con el pensamiento oriental, de naturaleza intuitiva. Precisamente fue agua lo que cayó y se derramó. El término inglés que indica desbordamiento de agua, inundación o crecida es *flood*, extrañamente similar al apellido de un famoso alquimista inglés, Robert Fludd. Observando todas las conexiones y la sincronicidad entre la naturaleza del jarro, el agua que contenía y su derramamiento, la analogía entre la palabra *flood* y el apellido *Fludd*, la persona que había provocado todo esto y el significado de la inauguración del instituto, es imposible no apreciar una sincronicidad múltiple. La filosofía hermética, que era la base de la alquimia, consideraba el

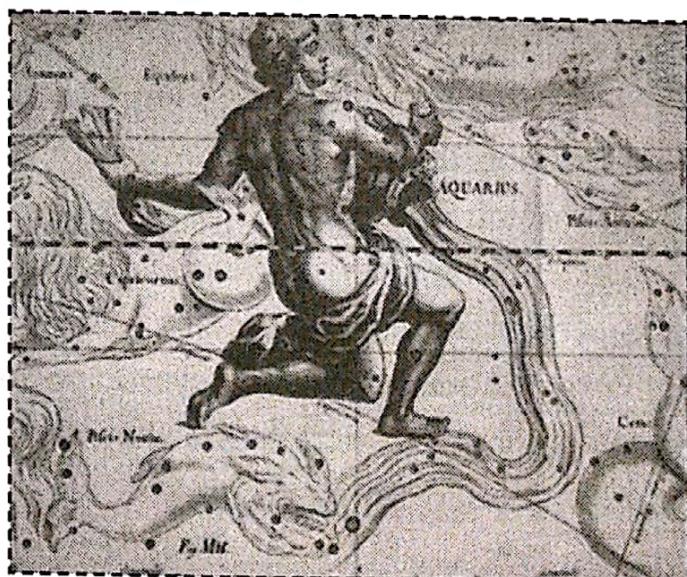
agua como un arquetipo de purificación y renovación. Como Carl Jung mencionará en una carta a Pauli, el agua era también un símbolo astrológico cargado de significado, dado que se vincula a la constelación de Acuario, y al mismo tiempo a la «nueva era de Acuario», la mítica época futura, idolatrada por los cultos *New Age* de forma un tanto superficial y, por el contrario, profundamente meditada en su recóndito significado por los pensadores más insospechados. Pero en su carta, Carl Jung resaltaba el hecho de que el símbolo astrológico de esta nueva era es un hombre que vierte agua de un jarro. Los sincronismos presentes en este acontecimiento son realmente sorprendentes. Fue el mismo Wolfgang Pauli el que derramó el agua del jarro, precisamente él, que consideraba la nueva ciencia psicofísica como la ciencia del futuro, y lo hacía de forma repentina y también muy brusca, pero sobre todo generaba un acontecimiento con su psique. El mensaje y el significado que se pueden extraer de este acontecimiento es que se trataba de un día que suponía un cambio repentino de paradigma en el saber humano, que nos purificaría no solo como seres sensibles, sino también, y sobre todo, como seres vivientes que forman parte de un todo. Y la clave de todo estaba en la construcción de una física completamente nueva que, superando dimensionalmente a la mecánica cuántica, englobaría la materia dentro de la psique, y viceversa. El propio Pauli, pese a su gran genio y al más que merecido Premio Nobel de Física, era un pensador que sabía ver más allá de sus narices, o al menos de aquello que no fueron capaces de hacer sus colegas beatos del «cientificismo positivista»; de hecho, no tuvo ninguna dificultad al afirmar que:

Ni el lenguaje de la física —el primero— ni el lenguaje de la psicología —el segundo— son suficientemente eficaces. En

realidad, el inconsciente habla un lenguaje físico-simbólico —un tercer lenguaje— que nosotros debemos transformar en un «lenguaje neutro» —un cuarto lenguaje—, que pueda ser comprendido por la conciencia racional. En mi opinión, conseguir encontrar este cuarto lenguaje, el lenguaje neutro, será el desafío del siglo veintiuno.

A la luz de estos pensamientos y de cuanto había sucedido aquel extrañísimo 24 de abril de 1948 en la inauguración del instituto psicológico de Jung, es imposible no identificar una clara intencionalidad en Pauli. Todas las sincronicidades que había provocado en el momento de la rotura del jarrón chino tenían un solo significado: abrir la mente racional con el propósito de encontrar un lenguaje neutro que —con la ayuda de términos casi físicos— pueda describir con rigor todos los procesos, en un mundo que se sitúa más allá de la física de la causalidad común y de la psicología de lo profundo.

El deseo de Pauli era crear un lenguaje riguroso que tratase la problemática psicofísica desde un punto de vista



El signo astrológico de Acuario

objetivo, aunque englobando en ella elementos aparentemente subjetivos. Esta necesidad de Pauli de unificar dos mundos supuestamente antitéticos —la física y la psicología— estaba provocada por su deseo inconsciente de armonizar entre sí los opuestos, de tal manera que crease una simetría basada en un solo eje maestro: el hombre. Este deseo suyo también venía generado por su capacidad de vincular, a través de su inconsciente, aquello de lo que la humanidad estaba realmente necesitada. Pauli, que había estudiado en profundidad, y que después había comparado entre sí el «pensamiento ternario» —espacio, tiempo, causalidad— de Kepler y el «pensamiento cuaternario» —espacio-tiempo, psique, causalidad, sincronicidad— de Robert Fludd, el gran alquimista, se sentía parte de ambas corrientes de pensamiento y, en efecto, no tenía inconvenientes en afirmar:

Llevo tanto a Kepler como a Fludd dentro de mí, y es para mí una necesidad llegar de la mejor manera posible a una síntesis de este par de opuestos.

4.12. DOS ASPECTOS INCONCLUSOS EN LA OBRA DE PAULI

Por un lado, Pauli sabía que existe una dimensión no física más allá de la mecánica cuántica, como de hecho le comunicaban sus sueños, donde aparecía Einstein. Además, se daba buena cuenta de que esa dimensión es la dimensión de la vida en el sentido más absoluto del término, una dimensión que se ignoraba completamente en la visión causal de la física, de la química y de la biología de su tiempo. Por otro lado, sentía la profunda necesidad de encontrar esta dimensión oculta con el fin de representarla con el lenguaje

racional que él siempre había usado como científico —lo cual se reflejaba también en sus sueños, que aunque estaban cargados de significado simbólico, tenían unos contenidos ligados casi por completo al mundo de la física, y casi nunca al ámbito humano—. ¿Realmente era posible trabajar así o se hacía necesario insertar un factor sintético ulterior? Sin ninguna duda, Pauli no alcanzó nunca un equilibrio perfecto; a pesar de sus largos años de análisis con Jung, aún sentía que le faltaba algo. Con toda probabilidad, la razón por la cual no consiguió construir su anhelado modelo, capaz de describir cuantitativamente el universo psicofísico en su totalidad, se hallaba en una problemática interior que nunca pudo resolver.

Pauli estaba fascinado por los fenómenos paranormales que habían marcado su vida a lo largo de los años y, sin ningún secreto, mantenía que la anomalía constituida por estos fenómenos —verificados experimentalmente por el biólogo Joseph Rhine— era algo así como la punta de un immenso iceberg, que se fundamentaba en el inconsciente colectivo. Cuando Pauli hablaba de su proyecto de unir el mundo físico con el psíquico, daba a entender por «psíquico», sobre todo los fenómenos estudiados experimentalmente por la parapsicología, pero aún no incorporados en un modelo físico convincente. Evidentemente el psicoanálisis de Jung, además de provocar en él nuevos acontecimientos psicocinéticos y sincrónicos, le sirvió para tomar conciencia de los fenómenos que, aun producidos por él mismo —el más típico, el famoso «efecto Pauli»—, no consiguió aceptar antes del psicoanálisis. Aceptó su existencia, pero a diferencia de las intuiciones que obtenía de los fenómenos físicos a través de sus sueños simbólicos, nunca llegó a comprender a fondo por qué asociaba los símbolos de oscilación, frecuencia y

ritmo a la esfera de lo paranormal. Estos símbolos le inquietaron profundamente hasta el final de su vida. Se considera que estos sueños simbolizan la relatividad individual del espacio y del tiempo, y la intensidad psíquica conectada a la percepción individual del tiempo.

Wolfgang Pauli sabía que le faltaba algo para poder realizar el proyecto de unificación que debía aportar a la psicofísica. En parte, se sentía profundamente molesto por la aparición en sus sueños de los símbolos de frecuencia y oscilación que no conseguía comprender a fondo, y que probablemente tenían algo que ver con los fenómenos paranormales —precisamente los que habían marcado su vida con la forma del famoso efecto psicocinético que provocaba—. Por otra parte, sabía en su fuero interno que no bastaría con un lenguaje científico neutro para llegar a una plena solución del problema psicofísico. Sabía que algo importante, más allá del saber, debía integrar su vida. Ese algo era el amor, que no había conseguido jamás vivir con verdadera plenitud. Tal vez fuera eso lo que le impedía alcanzar una simetría plena consigo mismo. No bastaba la simetría entre la psique y la materia; hacía falta una simetría entre las dos y el Eros, la fuerza universal que no se limita a hacer que surja el conocimiento, sino que nos hace vivirlo con plenitud. La inquietud con la que Pauli terminó su vida en una habitación de hospital es probablemente una advertencia a las generaciones presentes y futuras: conocer el universo en su totalidad no basta; es necesario también ser partícipe. En caso contrario tiene lugar la rotura de la simetría prevista en el plan cósmico. La validez del sueño de Pauli vive todavía. Nos enseña que el deseo de un matrimonio entre materia y espíritu, y ciencia y religión, queda unilateral y profundamente incompleto si se confina entre los muros abstractos de la mera intelectualidad. Buscar la unidad en el

universo externo significa buscar unidad y simetría también en el interior de la propia vida. Excluir el amor y el eros de nuestra existencia es como excluir la acción del sol de la fotosíntesis en las plantas.

Durante todos estos años en los que Pauli colaboró con Jung, no se limitó a hacerlo solo basándose en esta experiencia suya, sino que transmitió con sumo cuidado las ideas de Jung a un número considerable de físicos importantes de su tiempo, particularmente a Werner Heisenberg, a Pascual Jordan, a Markus Fierz y a Hendrik Casimir, los cuales parece que se tomaron en serio las ideas de Jung, e intercambiaron correspondencia con él. Y se trataba de otros premios Nobel, aunque no solo de física. Si, por el contrario, se intenta hablar de estos temas en el momento actual de la física y de la astronomía, el riesgo de ser tachado de loco o, incluso, de ser despedido es muy alto. La ciencia física actual, a diferencia de los tiempos de Pauli, en los que la obstinación mental no prevalecía sobre la curiosidad intelectual, se ha dividido bruscamente en dos corrientes: por una parte, los secuaces del templo, que constituyen la abrumadora mayoría y, por otra, los que —incluidos algunos premios Nobel como Ilja Prigogine y Brian Josephson— prefirieron los cielos estrellados a los templos preconcebidos. Los segundos, aunque una minoría, son siempre los más determinantes. No surgieron por propia iniciativa, sino por una sincronicidad producida por la humanidad entera que expresa la necesidad de reconnectarse con el todo y de reencontrarse a sí misma.

SINCRONICIDAD

Capítulo 5

LA SINCRONICIDAD EN LA CIENCIA DEL TERCER MILENIO

A demás del trabajo revolucionario de Wolfgang Pauli y de David Bohm, que estudiaron la misma realidad de forma independiente —el inconsciente colectivo y el orden implicado son exactamente lo mismo—, los aspectos más exóticos y desconcertantes de la mecánica cuántica han sido bastante ignorados por la mayor parte de los físicos del *establishment* oficial. Convencionalmente el tema de la «sincronicidad como temática de la física» ha sido un argumento tabú en nuestra cultura. En cambio, de manera no oficial, tanto teórica como experimentalmente, se han desarrollado muchísimas corrientes de la física y de la neurofisiología que parecen confirmar la sincronicidad como un acontecimiento real y no casual. También se encuentran resistencias en los ambientes científicos más tradicionalistas, aunque las investigaciones crecen como setas. Las llevan a cabo científicos profesionales, sin ningún temor a exponerse en su entorno.

En nuestros días ha nacido, incluso, un campo denominado «física de la conciencia», a cuyo estudio se han dedicado físicos muy importantes, como Roger Penrose, John Wheeler, Evan Harris Walker, Amit Goswami, Fred Alan Wolf, Brian Josephson, Jean Charon y tantos otros. También algunos físicos de la rama más tradicionalista se plantean el problema en privado: ¿qué es exactamente la conciencia y cómo está vinculada a la materia?

El elemento principal de estas investigaciones se encuentra en la esencia de la mecánica cuántica, según la cual la acción del observador altera inevitablemente la realidad observada; el observador no puede percibir una realidad objetiva independiente a él, sino que lo que observa depende de la forma y del acto mismo de su observación. En términos más técnicos, la propia conciencia determina el «colapso de la función de onda», o de la función que describe el estado de un sistema cuántico y que se expresa a través de la ecuación fundamental de la mecánica cuántica: la ecuación de Schrödinger.

5.1. LA SINCRONICIDAD DE LOS ESPINES CORRELACIONADOS

Más allá del desconcertante efecto sincrónico que se produce en el principio de exclusión de Pauli, los físicos John Bell —en 1964— y Alain Aspect —en 1982—, y todos los que los han seguido después, se dieron cuenta de que a través de la «antisimetría» de sus funciones de onda, una pareja de electrones permanece relacionada entre sí incluso cuando son separados a una gran distancia. También en este caso, estas correlaciones —que no son otra cosa que auténticas

sincronicidades—no tienen nada que ver con las fuerzas, los campos o las conexiones de naturaleza causal. Su naturaleza es marcadamente «no-local», y se trata de correlaciones de carácter instantáneo que trascienden a las nociones de separación en el espacio y en el tiempo. El «teorema de Bell», que describe esta extraña fénomenología —un desarrollo de la famosa «paradoja EPR»—, sugiere una visión de la realidad que se explica en el dominio cuántico y que aniquila la tendencia de la mente occidental a utilizar el método analítico y reduccionista para fragmentar los elementos del universo. La sincronicidad, que se manifiesta como una comunicación instantánea entre partículas, es una prueba evidente de que la fragmentación de partículas es solo una ilusión nuestra, ya que todos los elementos del universo se encuentran interconectados. De hecho, dos sistemas cuánticos de cualquier tipo que han interactuado al menos una vez ya no pueden ser separados. Las variables físicas que definen el estado cuántico —de forma particular el número cuántico llamado espín, descubierto por Pauli— siempre están conectadas entre sí, incluso si los dos sistemas cuánticos —o de partículas— son situados en extremos opuestos del universo. Si el acto de medición determina la inversión del signo —de $-1/2$ a $+1/2$ — del espín de una partícula, instantáneamente la otra partícula invertirá su espín —de $+1/2$ a $-1/2$ —; lo que sucede entonces es que las dos partículas, emparejadas por el «recuerdo de haber estado juntas», mantienen el espín opuesto también cuando son separadas. Cuando el observador mide el espín de una partícula orientado en una de las direcciones posibles, simultáneamente el espín de la segunda partícula se orienta en la dirección opuesta. Estas dos partículas se encontraban en el mismo estado cuántico antes de ser separadas, porque así lo permite el principio de exclusión de Pauli.

Una vez distanciadas, mantienen el mismo estado de sintonía y no existe ni espacio ni tiempo que las separe: esto es sincronicidad, telepatía y amor al mismo tiempo. Las dos partículas con espín opuesto son simétricas respecto a un eje abstracto que las mantiene indisolublemente unidas en un estado de eternidad. Esto nos demuestra que en el universo existen conexiones significativas que en realidad suponen una auténtica sincronicidad, tanto entre las partículas conectadas como entre ellas y la «mente cósmica «acausal»» que gobierna su comportamiento.

Todo esto recuerda mucho al mecanismo con el que se explica la sincronicidad humana que Jung y Pauli estudiaron, en la que, en este caso, el acontecimiento sincrónico significativo se manifiesta entre el estado psíquico y un acontecimiento externo en el mundo físico. Pero el mecanismo es el mismo que el que se da entre las partículas: en ambos casos nos encontramos con el componente «conciencia» y el componente «materia». En el primer caso se trata de la conciencia universal, que une de forma «acausal» todos los componentes de la creación; en el segundo caso, de la conciencia individual, que mientras accede transitoriamente a la conciencia universal, se sincroniza con acontecimientos del entorno circundante. A la luz del pensamiento conjunto de Jung y Pauli, la raíz de ambas formas de conciencia es la misma: el inconsciente colectivo, la matriz universal más allá del tiempo y del espacio, que actúa como una reserva de energía psíquica e inyecta en la conciencia del universo y de los individuos que lo pueblan una «información significativa», la cual después se sincroniza con acontecimientos externos que funcionan como creaciones del espacio-tiempo, o bien se transmite sincrónicamente a partículas o a otros sistemas cuánticos como dos o más mentes humanas. La información

que nace de la matriz universal tiene el objetivo de unir lo que aparentemente se halla fragmentado. Las implicaciones de esta especie de milagro son increíbles pero ciertas: toda la materia en sus formas elementales, desde las partículas microscópicas hasta las entidades dotadas de conciencia, siguen las extrañas leyes de la mecánica cuántica, las cuales, a su vez, manifiestan los fenómenos de la sincronicidad en todas sus formas. Desde el punto de vista puramente cosmológico, es necesario pensar en las condiciones extremas de la materia cuando, antes de la explosión que dio lugar al *Big Bang*, toda ella estaba concentrada y unida en una «singularidad» de dimensiones infinitesimales. Después, con la evolución de la rápida expansión —o mejor, «inflación», según el modelo más reciente de Alan Guth—, nacieron el espacio y el tiempo, y las partículas se separaron, pero en una dimensión más allá del tiempo y del espacio, permanecen indisolublemente unidas. Lo podemos comprobar con el teorema de Bell y con los experimentos efectuados por el físico Alan Aspect: la demostración de lo que se ha denominado «paradoja EPR», que no es una paradoja sino una realidad, aunque fuera de los mecanismos de causa-efecto. Una aplicación tecnológica de este principio podría revolucionar la técnica de las telecomunicaciones, como ha demostrado recientemente Massimo Corbucci con su patente.

Este extraño mecanismo de unión instantánea parece recordar a los fenómenos todavía hoy definidos como «paranormales», como la telepatía y la visión remota, en los que la información se transmite instantáneamente. Esta información no nace de los tradicionales «campos de fuerza» de la física, sino de un «campo de forma» que informa a la materia y a su sustrato psíquico de manera instantánea. Todo esto es una manifestación directa de la función de onda de

la mecánica cuántica. El teorema de Bell y las correlaciones instantáneas que describe parecen existir tanto entre partículas —paradoja EPR— como entre mentes —telepatía—, sea cual sea la distancia que las separe, pero pueden ocurrir también entre una mente y la materia, generando los acontecimientos sincrónicos que Jung y Pauli estudiaron. En todos los casos se trata del mismo mecanismo de sincronicidad.

5.2. LA PSIQUÉ INFLUENCIA UN GENERADOR DE NÚMEROS CAUSALES

El universo está compuesto por psique y por materia en eterna simbiosis, y la materia y la psique tomadas por separado están formadas por muchos elementos aparentemente fragmentados que entre ellos se comunican simultáneamente. Todo esto converge en un único propósito significativo: la totalidad en la unidad, más allá del tiempo y del espacio. Es la manifestación de una conciencia global que une mente y materia. Esta puede generar un campo de forma no local de diferentes formas, cuya principal característica es la de tener un rico significado. Todo esto no solo constituye hoy día una formulación teórica. Por una parte, se ha establecido experimentalmente el fenómeno del espín correlacionado en las partículas, y por otra, se ha demostrado experimentalmente que el pensamiento humano, tanto individual como colectivamente, es capaz de influir en un generador de números casuales como el REG —*Random Event Generator* o generador de números aleatorios—, encaminando la tendencia caótica de los números hacia una tendencia no causal. El análisis de estos últimos experimentos tiene una base exclusivamente estadística: los datos que se obtienen revelan —aunque

la mayoría de las veces de forma casi imperceptible—desviaciones del caso. Estos experimentos nacieron y se desarrollaron a lo largo de veinte años, y todavía tienen lugar en el PEARL —Princeton Engineering Anomalies Research Lab— de Estados Unidos, gracias a las iniciativas del ingeniero y físico Robert Jahn y de la psicóloga y estadista Brenda Dunne. Esta unión parece precisamente una primera realización experimental del proyecto conjunto de Pauli y Jung, que apuntaba hacia la creación de la psicofísica como teoría última del universo. Jahn y Dunne han comprobado, primero experimental, y luego estadísticamente, que la presencia de una persona con intenciones mentales particulares activa los estados psíquicos que, partiendo del inconsciente, determinan el desencadenamiento de acontecimientos coincidentes —o sincrónicos—, que se manifiestan como una desviación del REG de la distribución estadística casual estándar previsita, en ausencia de esa persona. Esto es un ejemplo claro de cómo un observador —la conciencia de la persona— que interactúa con lo observado —el REG— determina el comportamiento de lo observado: todo esto es absolutamente idéntico al proceso de la medición cuántica, en el sentido de que la persona condiciona de forma sincrónica el estado de la partícula observada, de modo tal que la única objetividad que se puede concebir no es lo observado, sino la unión entre el observador —en este caso, dotado de conciencia— y lo observado. Se considera que en estas circunstancias, la mente efectúa auténticas «mediciones» sobre ciertas partes del cerebro, donde las formas de las excitaciones neurales que se derivan están correlacionadas mediante el mecanismo del «entrelazamiento» —*entanglement*, en inglés— con algunos acontecimientos u objetos de la naturaleza.

El mismo mecanismo debería ocurrir sustancialmente en la denominada «visión remota», en la que el observador se sintoniza de forma no local con el objeto remoto que se dispone a observar, a través de una especie de resonancia que funde el observador con lo observado. Experimentos posteriores con la técnica del REG, efectuados a mayor escala, mostraron que la tendencia originariamente casual de los números tiende a disponer de máximas bien definidas en los momentos cruciales en los que el mundo atraviesa crisis dramáticas —como por ejemplo el atentado de las Torres Gemelas en Nueva York el 11 de septiembre de 2001— que han repercutido no solo en el individuo, sino en toda la colectividad. Esto demuestra que existe una psique colectiva que responde en sincronía a los acontecimientos externos, especialmente cuando estos son dramáticos: se trata de una manifestación global de la sincronicidad. Estos acontecimientos no dependen de la distancia del objetivo —la persona o la colectividad de personas—, y muestran de forma clara estar en desacuerdo con la visión científica estándar del mundo. Al menos estamos ante una «realidad paralela» que acompaña a nuestras vidas y que las une a todas mediante acontecimientos sincrónicos. La sincronicidad basada en el principio del «entrelazamiento cuántico» (*quantum entanglement*) de las mentes parece en verdad el único mecanismo que puede explicar la correlación entre las intenciones y los estados emocionales humanos con la evolución de los generadores de números casuales. Estos mecanismos parecen llevar, de repente, orden al caos de los números. Y ocurre del mismo modo en la correlación de los espines de las partículas elementales, incluso si se colocan a una grandísima distancia. Esto muestra que el reino de las partículas elementales y el de las «islas psíquicas», representadas por las personas, parecen

responder a las mismas leyes o al menos a algunas muy similares. En una de las teorías más atrevidas del matemático británico Adrian Dobbs, ya en los años sesenta, éste acuñó el término «*psitrón*» para describir una fuerza desconocida capaz de sondar como un radar, una segunda dimensión temporal, una dimensión probabilística y no determinista, o suspendida en el reino de lo cuántico. Las características de este *psitrón* serían la capacidad de absorber dentro de él todas las probabilidades futuras y enviarlas de nuevo al presente, evitando los sentidos humanos convencionales, y haciendo llegar la información directamente al cerebro. Si el problema mente-materia no se resuelve, representará no solo el obstáculo más grande para el avance de la ciencia, sino también el principal bloqueo para la evolución de la humanidad.

5.3. AMAR ES «ENTRELAZAMIENTO» CUÁNTICO

Ejemplos de sincronicidad de tipo puramente psíquico y neurofisiológico se revelaron experimentalmente al mismo tiempo midiendo el trazado del EEG —electroencefalograma— de personas que de alguna forma manifestaron simpatía, sintonía o interconexión entre sí. Se descubrió que sus trazados electroencefalográficos tienden a volverse absolutamente idénticos, o al menos las ondas cerebrales producidas por sus hemisferios se sincronizan entre sí. Este es el mecanismo de la denominada «sincronicidad neuropsíquica», que parece demostrar experimentalmente que el vínculo íntimo que une a algunas personas más allá del tiempo y del espacio, a pesar de su origen psíquico, tiene su correspondiente directo en la fisiología cerebral, hasta el punto de hacer pensar que las neuronas, aunque no son lo mismo que la psique,

funcionan como mediadores de información, extraída de forma no local, del mundo cuántico y más específicamente de aquel «campo de forma» que en el reino cuántico liga entre sí todas las partículas y todas las mentes del universo. En este caso específico, el campo cuántico une entre sí a las personas por simple «afinidad», hasta el punto de que esto repercute sobre su actividad cerebral, que parece sintonizada por un patrón común. Medir la sincronización de los hemisferios cerebrales significa demostrar la existencia de un profundo iceberg, del cual hemos fotografiado la parte emergente. El «vínculo de simpatía» no significa que dos o más personas se unan —efecto— porque se gustan —causa—, sino que estas personas —o mejor, estas «islas psíquicas»— han recordado de improviso que siempre han sido lo mismo. Es probablemente así como ocurre el enamoramiento —en primer lugar— o la particular predilección de un grupo de personas por un determinado gurú, político o estrella de *rock*. Es un mecanismo que crea unidad, aunque a veces, cuando no existe un equilibrio mediado por el insustituible poder del intelecto, lleva al fanatismo —como en el caso del nazismo, el comunismo, el sectarismo o el fundamentalismo religioso.

5.4. LA RESONANCIA MÓRFICA Y EL CEREBRO HOLOGRÁFICO

El concepto de «sintonía» en el reino animal lo estudió profundamente el bioquímico inglés Rupert Sheldrake. De acuerdo con sus investigaciones, existe lo que él llamó «resonancia mórfica», un mecanismo a través del cual, cuando un cierto grupo humano o animal adquiere alguna propiedad

conductual, psicológica o incluso orgánica, esta propiedad se transmite sincrónicamente al resto de los miembros de la misma especie. En el caso humano esto tendría que ver también con la consecución de un nivel de conciencia espiritual: si un grupo humano dado lo alcanza, se propagaría según el mecanismo de la resonancia mórfica a otros miembros de la especie, llevándolos a un nivel de conciencia planetaria. No solo las acciones, sino también los pensamientos se transferirían a través de un mecanismo que sustancialmente sería muy similar a la telepatía. De esa forma existiría una especie de memoria colectiva propia de cada especie biológica, que otros miembros del grupo obtendrían de forma globalmente sincrónica. Esta memoria colectiva —que no es otra cosa que un auténtico campo de información—, no residiría en el cerebro, sino en una zona comparable al inconsciente colectivo de Jung y Pauli. El cerebro serviría solo como medio para acceder a esta información a través de un mecanismo sustancialmente similar al propuesto por el neurofisiólogo americano Karl Pribram, según el cual el cerebro se comportaría exactamente como un holograma o como un sistema capaz de decodificar las «frecuencias brutas» más dispares, provenientes de una dimensión que se encuentra más allá del tiempo y del espacio, y que se ha representado como una especie de «contenedor de información y de memoria». De este modo la memoria no se localizaría en el cerebro; este, en cambio, sería un medio a través del cual los impulsos nerviosos que se cruzan con él a cada momento permitirían extraer la información y convertirla en algo que pueda explicarse en el dominio del espacio y del tiempo. El cerebro sería solo el transductor de una información que proviene de otra parte, o de una zona «aespatial» y atemporal, capaz tanto de recibir como de transmitir información de manera no local. Sobre

la base de este mecanismo, que es adquirido por un grupo biológico —también espiritualmente—, se transfiere automáticamente a una especie de «servidor» universal, el cual, a su vez, se ocuparía de transmitir la información a otros grupos biológicos afines: también en este caso estaríamos hablando de comunicación de la información por simpatía o por similitud. Básicamente, ésta es la resonancia mórfica, que se propaga por campos que conectan la información de esta especie de *Akasha*, que es el campo de información, al dominio del espacio y del tiempo, donde viven los organismos biológicos. El mecanismo de la resonancia mórfica sería, por lo tanto, una transmisión no local de información, desde un punto a otro del espacio-tiempo. El campo mórfico es sustancialmente similar al campo cuántico, pero está caracterizado más específicamente que los sistemas biológicos y el componente psíquico correlacionados con ellos. La existencia de estos campos mórficos parece haber sido demostrada empíricamente mediante la observación de grupos de animales de una misma especie. Por ejemplo, la capacidad adquirida de repente por un tipo de simio que vive en una determinada isla japonesa de lavar los boniatos antes de comérselos, resulta que ello se deriva del hecho de que un grupo de simios de la misma especie que vive en otra isla específica ha aprendido esta técnica de repente. En poco tiempo y sin que se produjese ningún contacto físico entre los grupos de la misma especie de simios que viven en islas diferentes, también el grupo de simios que vivía en la otra isla aprendió repentinamente a lavar los boniatos antes de comerlos. Esto es un claro acontecimiento sincrónico dentro de especies afines, en el que la información sincrónica se manifiesta entre los grupos.

5.5. LA COHERENCIA ELECTRODINÁMICA CUÁNTICA

Otros acontecimientos sincrónicos puramente inherentes a la materia y a su estructuración en el mundo bioquímico y biológico parecen comprobarse en el denominado mecanismo de la «coherencia electrodinámica cuántica», en el cual son pioneros los físicos teóricos italianos Giuliano Preparata y Emilio del Giudice. Este mecanismo caracteriza la interacción entre campos de materia —sistemas atómicos— y campos electromagnéticos —emisión de fotones—: es una interacción sincrónica que ocurre en algunas frecuencias particulares, con relaciones de fase específicas y con precisas oscilaciones en fase. Se trata tan solo de una comunicación entre campos que no presupone ningún cambio de energía. En el plano físico, la coherencia electrodinámica muestra la naturaleza realmente holística de nuestra existencia. La coherencia representa el orden intrínseco de la materia y está simétricamente antepuesta al desorden casual del mundo de los gases compuestos por átomos, iones y electrones en perenne colisión entre sí —como por ejemplo dentro de las estrellas— y sometidos, sin embargo, a un principio de causalidad. La materia viviente —es decir, nosotros— es una síntesis equilibrada entre coherencia y no coherencia, hasta el punto de hacer pensar que todas las características del creador están recogidas en el hombre e implican una especie de rebote entre causalidad —objeto de la física clásica— y no localidad o sincronicidad —objeto de la mecánica cuántica—. Según los estudios del premio Nobel de Química Ilja Prigogine, en el mundo bioquímico tiene lugar la formación espontánea de estructuras coherentes, que evolucionan siguiendo un camino predeterminado hacia una estructura global sincrónica que se antepone al caos.

5.6. EL VACÍO CREA

Pero ¿dónde se sitúan estos mecanismos de derivación cuántica capaces de determinar coherencia y sincronicidad? Parece que todo esto tuvo origen en el vacío, o para ser más precisos, en el «vacío subcuántico» del cual habla el filósofo y físico húngaro Erwin Laszlo. El vacío sería la matriz de la realidad de la que habría nacido el universo como fluctuación cuántica. El vacío no está realmente vacío; por el contrario, es un hervidero de partículas, como demostró el físico Hendrik Casimir —alumno y amigo de Wolfgang Pauli— con un importante experimento, que demostró la existencia de la denominada «energía de punto cero». Parece que el vacío puede estimularse y que allí se encuentran indisolublemente unidos tanto la mente como la materia del universo: estimular este vacío —que esencialmente representa el *prana* de los orientales— significa volverse artífice del proceso de la creación, del mismo modo que el escultor modela la arcilla. Es el reino donde nacen los cuantos o las partículas elementales, y donde cada partícula y ser viviente están conectados. Esto sería también la raíz de la conciencia universal y, al mismo tiempo, el depósito de memoria de todo cuanto ocurre, ha ocurrido u ocurrirá. En otras palabras, todo esto recuerda al reino mítico de *Akasha*, del que hablan desde hace milenios las civilizaciones orientales. Algunos científicos parten del vacío para encontrarse con el concepto de interconexión y unidad sincrónica en el todo. Otros, como el físico cuántico David Bohm, han llegado al denominado «orden implicado» para describir el reino abstracto que se encuentra en la base de toda la materia conocida y que no constituye la conciencia. El físico Marco Todeschini, retomando y reelaborando una antigua concepción cartesiana del universo, ha definido

este reino como «éter», mientras que el físico cuántico Wolfgang Pauli y el psicólogo de lo profundo, Carl Jung, sentaron estas bases en el denominado «inconsciente colectivo». Existe una buena razón para considerar que inconsciente colectivo, éter, vacío, orden implicado y *Akasha* son, en definitiva, diferentes formas de representar el mismo concepto, que es la matriz de la unidad y de la sincronicidad del universo.

SÍNCRONICIDAD

Capítulo 6

LA SÍNCRONICIDAD DE ALGUNOS PRODIGIOS EN EL CIELO Y EN LA TIERRA

6.1. SOBRE LAS COSAS QUE SE VEN EN EL CIELO

En la historia de la humanidad se han producido siempre misteriosas apariciones de fenómenos aéreos insólitos, desde los antiguos prodigios vistos en el cielo durante las guerras hasta los ovnis de hoy en día. La fantasía popular, la imaginación colectiva y, especialmente, las interpretaciones precipitadas de algunos ufólogos han atribuido un origen extraterrestre a estos fenómenos, al considerarlos auténticas naves espaciales que están visitando la Tierra. Sobre todo, cuando más se intensificaron los avistamientos fue en la posguerra, y ya a finales de los años veinte se comenzó a hablar de «abducción», es decir, de presuntos secuestros de personas efectuados por pequeños hombrecillos grises: aparentemente, según los relatos de los desafortunados, consistían en auténticos análisis de laboratorio en los cuales las personas

abducidas eran usadas como conejillos de Indias y sometidos a una serie de experimentos de carácter genético. Pero ¿son realmente así las cosas o más bien aparece en la humanidad algún fenómeno psíquico misterioso durante los momentos de crisis con el objetivo de invitarla a modificar su modo de vida? La casuística muestra que tanto en los avistamientos de ovnis —cuando no se trate de fenómenos naturales como el rayo globular— como en las presuntas «abducciones», a menudo se comprueba que en realidad se trata de acontecimientos que se encuentran en sincronía con los estados de ánimo particulares de los testigos.

Los ovnis se han descrito con forma discoidal, ovoide o cruciforme, muy parecida a la forma de los mandalas, mientras que los presuntos extraterrestres la mayoría de las veces tienen las características de un feto antes de nacer. Precisamente fue Jung el que creyó que los avistamientos de ovnis y de extraterrestres eran acontecimientos sincrónicos. Jung se dio cuenta de que estas extrañas apariciones ocurrían justo en los momentos en los que la humanidad se encontraba en crisis. De hecho, comenzaron a aparecer súbita y desenfrenadamente después de los primeros experimentos con la bomba atómica en 1945. Inconscientemente la humanidad estaba inquieta por su futuro. Además, Jung creía que algo en la psique colectiva comenzaba a sentir de pronto la necesidad de crear arquetipos salvadores. De hecho, no se trata de acontecimientos comunes, sino de acontecimientos sobrenaturales que en ocasiones dejan un rastro en el terreno que puede ser fotografiado, y en otros casos dejan marcas en el físico de las personas con las que han tenido contacto directo. Estos fenómenos a menudo se encuentran sincronizados con el estado de ánimo de los testigos, pero no pertenecen a nuestra esfera de la realidad. Tanto Jung como Pauli creían

que por sus características, más que a la visión real de extraterrestres de otro planeta, se aproximaban a fenómenos paranormales parecidos a los *poltergeist*, a la telequinesis o a la teletransportación. Lo que se repite en el comportamiento de estos objetos voladores es que cambian de forma, se dividen o se unifican, se mueven de forma errática y sin sentido, o bien aparecen y desaparecen de improviso. Muchas de estas características también se dan en los presuntos ocupantes de los ovnis. ¿Puede la psique humana, en momentos particulares de necesidad espiritual, materializar formas sincrónicamente con un determinado estado psíquico?

Se trata de una hipótesis probablemente muy cercana a la propuesta por Jung. De hecho, podría existir una forma de sincronicidad en la que los acontecimientos externos sincrónicos con un particular estado psíquico asuman una forma completamente extraña a nuestro mundo. Si así fuese, la mente humana sería capaz de crear «formas de pensamiento» —muy a menudo de contenido altamente simbólico, como por ejemplo un platillo volante— que pueden asumir una connotación material y, después, desaparecer repentinamente.

Acontecimientos de este tipo recuerdan a la materialización de los denominados «tulpas» en el Tíbet, que a veces se manifiestan conjuntamente con los estados profundos de meditación. En algún momento aparece una figura real, con frecuencia una persona. A la luz del pensamiento de Jung, los ovnis y sus tripulantes extraterrestres podrían ser fenómenos de auténtica creación mental. La mente podría poseer la capacidad de interactuar sincrónicamente con el campo punto cero del vacío cuántico —que podría constituir la base física principal del concepto de «inconsciente colectivo»—, para crear formas a partir de él. Pero en este caso se trataría de

extraer las formas cuya concepción arquetípica existiría ya en el inconsciente colectivo. La creación de estas formas se produciría de manera no local, o bien instantánea, como una resonancia de la psique que se sintoniza con los arquetipos universales y después los materializa. El fenómeno se desencadenaría en los momentos críticos de la humanidad o, de una u otra manera, en los ciclos de su historia en los que necesita una transformación. Si la psique es capaz de interferir con un generador de números casuales, podría actuar también en el plano de la materia en forma de psicoquinesis o de materializaciones. Hay quien, como el psicólogo suizo Remo Roth, ha encontrado una similitud entre la materialización del fenómeno ovni y el fenómeno de la radiactividad —que Pauli estudió como un mecanismo físico «acausal»—: en ese contexto, ambos representan la creación espontánea o artificial que gobierna el mundo cuántico y determina las leyes «acausales», a las que están sujetas las partículas elementales —como en el caso de la radiactividad—, o la propia mente humana —como en el caso de los ovnis—. Esto sería posible en virtud del vínculo estrecho existente entre la mente y la materia. En lo que a esto se refiere, los fenómenos ovni se entenderían como fenómenos paranormales a todos los efectos, y no como la visita a la Tierra de criaturas extraterrestres.

Testigos fiables, como los científicos que han estudiado a fondo el problema, informaron que cuando se planteaban preguntas particulares a la mente, la respuesta llegaba con la aparición repentina y simultánea de luces en el cielo; obviamente esto no es una coincidencia, sino un evento repetido decenas de veces y que en algunos casos incluso se ha documentado. ¿Son inteligencias extraterrestres misteriosas las que responden, o existe en el universo una inteligencia más vasta que intenta estimularnos para enseñarnos a usar

algunos poderes de nuestra mente que todavía nos resultan desconocidos? Mientras algunos fenómenos de luz no pueden explicarse como malinterpretaciones de nuestra realidad o como hechos naturales extraños, el fenómeno ovni sin duda se convierte en el más grande de los enemigos de nuestro tiempo. Tal vez la «psicofísica», como ciencia unificadora de la creación, tan anhelada por Wolfgang Pauli, podría proporcionar la clave para la comprensión de este fenómeno. De hecho, el mismo Pauli asociaba también a menudo el fenómeno ovni —en el que estaba tan interesado como Jung— con los símbolos oníricos de frecuencia, rotación, vibración y oscilación que le acompañaron e inquietaron a lo largo de toda su vida, y que realmente nunca consiguió interpretar.

En efecto, a los fenómenos ovnis se los ha visto rotar, vibrar, palpituar, oscilar e incluso cambiar de color. ¿O acaso el símbolo de «frecuencia» asociado al de «vibración» representa el concepto de multidimensionalidad? Por lo demás, los conceptos de «hiperespacio» y la actual teoría de las supercuerdas prevén la existencia de, al menos, once dimensiones de la naturaleza. Tal vez el fenómeno ovni pueda provenir de una de esas dimensiones en las que nuestra psique funcionaría de forma no local, como una especie de catalizador para abrir puertas que normalmente permanecen cerradas.

En este caso, no sería la psique la que crea el fenómeno extraño, a menudo sincrónico, sino que si se activa de una manera particular, funcionaría como un auténtico «portal» hacia mundos paralelos, donde la mente y la materia se compenetran de forma continua y no local, y donde podría haber una inteligencia, que por el momento ni siquiera somos capaces de concebir. Sobre esta interpretación del fenómeno ovni ha trabajado el astrofísico franco-americano Jacques

Vallee. Se trataría, por lo tanto, de la inteligencia que reside en la teoría psicofísica a la que aspiraba Pauli mientras estudiaba junto a Jung el inconsciente colectivo.

6.2. LOS MANDALAS SÍNCRÓNICOS DE NUESTRO TIEMPO

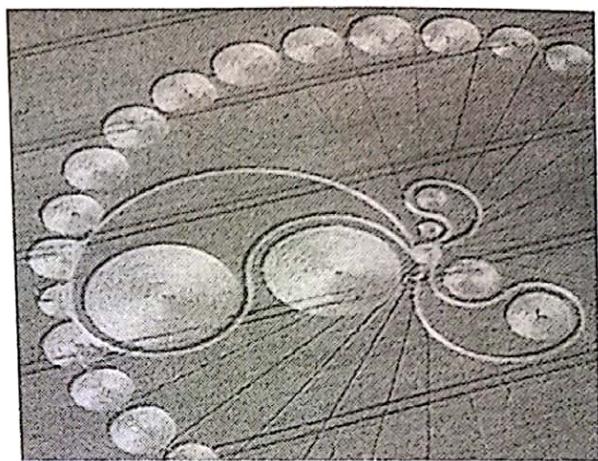
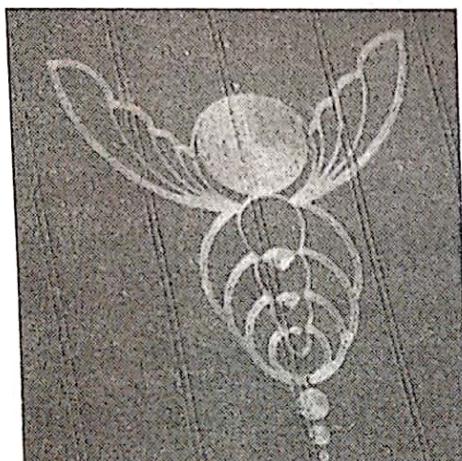
Probablemente la fenomenología que más recuerda a la simbología de los arquetipos de Jung son los misteriosos «pictogramas» que desde hace años se forman en los campos de trigo, de cebada o de avena, en algunas zonas específicas de la Tierra, especialmente en Inglaterra. Estas figuras geométricas —definidas genéricamente como «círculos de las cosechas»— han tomado formas cada vez más elaboradas y complejas. Aunque es muy difícil que hayan sido realizadas por manos humanas, es un hecho que existe una auténtica forma de *Land Art*, producto del trabajo de especialistas evidentemente humanos. Algunas de estas figuras son —según dicen— «auténticas», en el sentido de que han sido creadas por fuerzas sobrenaturales, o bien por la misma inteligencia que se esconde tras el fenómeno ovni. En realidad, al mirar la simbología del fenómeno y su gran complejidad geométrica, poco a poco nos damos cuenta de que poco importa si estas figuras las ha creado el hombre, el ente Gaia que constituye el alma del planeta o un elemento ajeno a la humanidad. Lo que cuenta es que este fenómeno y su complejidad se han desarrollado de forma sincrónica en una época de gran crisis de valores espirituales. En el fondo, ¿qué empujaría a una persona o a un grupo de personas a pasar las noches diseñando en los campos figuras de una complejidad realmente extrema, sino una necesidad inconsciente de expresar algo que ha

aflorado en su psique? ¿De verdad el objetivo de toda esta puesta en escena es solamente bromear y propagar la desinformación? No cabe duda. Lo que cuenta aquí en realidad es el símbolo que se produce y el mensaje subliminal que se transmite. Los círculos de las cosechas representan de forma sorprendente —y, a menudo, mucho más elaborada— los símbolos del mandala, que de por sí relacionan sincrónicamente nuestra psique con los símbolos eternos que existen como arquetipos en el inconsciente colectivo, en la mitología y, con frecuencia, en la numerología.

En otros casos, por el contrario, tienen lugar acontecimientos con connotaciones claramente metafísicas. En ocasiones, algunos grupos de experimentadores, después de un largo período de meditación, se concentraron en una forma geométrica precisa, delimitándola colectivamente en la mente. Después, la misma forma apareció espectacularmente en los campos de cultivo. No parece una mera coincidencia; más bien nos lleva a pensar que ciertas formas se activan en el mundo de la materia a través de un mecanismo que lo vincula indisolublemente a la mente, y que se desencadena única y exclusivamente si evocan en ella, figuras atávicas y vinculables a arquetipos precisos. Esto también es, a todos los efectos, un fenómeno paranormal, y sincrónico, que nos lleva a sospechar que más allá del factor comúnmente «psíquico», hay aspectos metapsíquicos que superan los acontecimientos normales que ocurren en nuestra realidad. En otros casos parece que crear artificialmente formas geométricas como los pictogramas —no importa si los han creado las manos o la psique humana— produce, sin embargo, campos magnéticos en sus proximidades. ¿Realmente una simple «forma», totalmente privada de la capacidad de producir campos de fuerza, puede generar repentinamente un campo magnético

anómalo? Uno podría pensar que algunas formas específicas se sintonizan o entran en resonancia con el ambiente, produciendo efectos mensurables. Parece magia, pero estos acontecimientos ocurren y su comprobación deberá explicarla la nueva física, ya que ignorar científicamente estos fenómenos significaría incrementar el oscurantismo.

Mientras tanto, tras los pictogramas de los cultivos, desde 2001 han comenzado a surgir con más frecuencia los denominados «círculos de luz», que aparecen de repente sobre



Algunas imágenes recientes de los pictogramas aparecidos en los cultivos de la campiña inglesa —arriba— y los misteriosos círculos de luz sobre las paredes externas de las casas —abajo.

las paredes externas de las casas y de los rascacielos. Lo que sorprende de estos específicos mandalas de luz es que — por ahora — muestran siempre un círculo externo con una estructura de cuatro extremos, inclinada en su interior. Sin duda recuerdan muchísimo al «diagrama cuaternario» de Pauli y Jung. ¿Una simple coincidencia?

SINCRONICIDAD

Capítulo 7

EL «SINCRODESTINO» DE DEEPAK CHOPRA

Los descubrimientos más avanzados de la mecánica cuántica, particularmente los fenómenos no locales, junto con la profundidad de los estudios sobre sincronicidad, cuyas raíces se remontan hasta Carl Jung y Wolfgang Pauli, han generado un desarrollo impensable que ha involucrado a todas las ramas del saber. Todo esto ha permitido la difusión de una filosofía de vida que en algunos casos se ha convertido en una auténtica «disciplina del bienestar». El concepto de sincronicidad ha tenido un fuerte incentivo en la práctica de la denominada medicina ayurvédica. Mucho más allá de los márgenes fanáticos y poco serios de la *New Age* de peor calidad, se ha desarrollado y difundido el pensamiento de Deepak Chopra, un endocrinólogo indio formado en Estados Unidos, conocido hoy en todo el mundo por haber propuesto un paradigma completamente nuevo, que utiliza como base sus libros, seminarios y cursos. El paradigma de

Chopra supera las sutilezas psicológicas de Jung y la profundidad física de Pauli, para llegar a una filosofía de vida marcada por una sabiduría compatible con todos, que se fundamenta en la conexión entre mente, cuerpo, espiritualidad y salud física. La base de su paradigma es la sincronicidad. El objetivo de Chopra es estimular el potencial humano que provoca este fenómeno maravilloso que afecta, más o menos, a la vida de todas las personas. Chopra, como médico, ha querido transmitir que saber capturar las sincronicidades en nuestra vida significa, al mismo tiempo, garantizar la salud de nuestro cuerpo, en estrecha interacción con la mente y el espíritu. No hay duda de que saber captar el significado de nuestra vida y su camino evolutivo solo es posible si nosotros, tanto como individuos como sociedad, logramos capturar los elementos sincrónicos que nos ocurren a todos, pero que únicamente unos pocos alcanzan a contemplarlos bajo la luz adecuada. La satisfacción en nuestra vida y, en consecuencia, la salud física se deriva de lograr captar el camino de nuestro destino siguiendo la misteriosa, pero fascinante, carrera de relevos que representan las sincronicidades, y que repercuten sobre nosotros como una guía para nuestra plena realización. Chopra, tomando la esencia de las increíbles consecuencias que emergen de los fenómenos no locales de la mecánica cuántica, consigue convertir este conocimiento físico en una técnica psicoterapéutica al servicio del género humano, que hoy en día necesita extremadamente reencontrar su dimensión espiritual en una interconexión con el cosmos. Así como la mente y la materia están unidas, la mente y el cuerpo forman también un todo. Saber dirigir nuestro destino y captar las señales significa transferir al cuerpo salud y preparación. La claridad sobre nuestro destino, como se puede intuir en las sincronicidades, es sincrónica con el

estado de nuestras células. Estamos sincronizados con el universo, pero también lo estamos dentro de la dualidad —mente y cuerpo— que caracteriza a nuestra existencia en este planeta. Ser capaz de crear una disciplina que enseña al individuo a conocer y después a experimentar sobre sí mismo estas leyes significa transformar la sociedad en su conjunto. La sociedad y la humanidad de este planeta constituyen una «noosfera», es decir, una biosfera enriquecida por la conciencia. A causa del mismo principio de resonancia mórfica de Rupert Sheldrake, cualquier aprendizaje nuevo, tanto en el plano conductual como de crecimiento espiritual, se transfiere sincrónicamente a todos los seres que habitan el planeta, pasando primero por las especies biológicas relacionadas. Por lo tanto, el conocimiento interior que se puede adquirir aprendiendo a conocer y, después, a vivir nuestra interconexión con el universo a través de las innumerables sincronicidades que suceden en nuestra vida significa garantizar a la humanidad un futuro de renovación, de paz y de claridad. A propósito de esto, Deepak Chopra nos dice:

En la vida no existen los accidentes, solo los propósitos que no hemos comprendido. La vida parece casual solo en la superficie, pero en un nivel más profundo se encuentra completamente organizada. El cosmos está estructurado para que provoque crecimiento, y se crece siempre hacia un mayor amor y felicidad... Todas las fronteras se crean y se disuelven en la conciencia. Si experimentamos nuestras mentes a nivel multidimensional, nos acercamos a la mente de Dios, la cual contiene dentro de sí todas las dimensiones... Creo que todas las coincidencias son mensajes de lo inmanifestado. Son como ángeles sin alas, por decirlo así, interrupciones inesperadas de la vida normal inducidas por un nivel más profundo.

Chopra cree que la mente consciente contiene una especie de «horizonte de los acontecimientos» —similar al que separa al mundo externo de un agujero negro— que impide conocer a Dios, y que nuestra alma, identificada en la psique, no es más que un punto de unión entre el tiempo y el no tiempo. Las sincronicidades que tienen lugar en la esfera humana permiten reactivar nuestra alma, entendida precisamente como un puente entre dos mundos, ya que la sincronicidad ocurre normalmente cuando un estado psíquico se sincroniza con un acontecimiento externo. Todo esto sucede completamente más allá de la causalidad, puesto que el alma se encuentra vinculada indisolublemente al cuerpo, que está vinculado a su vez a los límites impuestos por el tiempo. El alma es capaz de transmitir la información también al cuerpo, el cual consigue vivir así en mayor armonía en el flujo del tiempo. A su vez, se activa un mecanismo de retroalimentación en el que un cuerpo sano alimenta una psique más potente y activa. Por lo tanto, cuando vivimos nuestra existencia aprendiendo a captar las sincronicidades y comprendiendo el profundo significado que estas esconden, aprendemos a conectarnos con un campo de infinitas posibilidades. Esta es una forma diferente de vivir personalmente lo que nos dice la ecuación de Schrödinger, el pilar de la mecánica cuántica. Chopra cree que si el hombre es capaz de comprender que esta magia no es una fantasía, sino que puede convertirse en una realidad dentro de nosotros, entonces, estaremos capacitados para seguir lo que él llama «sincrodestino» en el ámbito en el que todos nuestros deseos pueden materializarse espontáneamente. Esto no ocurre con un toque de varita mágica, sino que sincronizándonos con la corriente de nuestro destino, nosotros mismos nos convertimos en creadores. No hacemos esto como «yo», sino que lo hacemos siguiendo

nuestro verdadero «ser», y nuestro ser no es otra cosa que la terminal de un cosmos infinito, la principal puerta que nos conecta con los arquetipos sobre los que se fundamenta la armonía del diseño universal. Por lo tanto, aprender a conocer nuestro sincrodestino significa conseguir encontrar y, después, usar la llave que abre la parte más profunda del universo interior. Una vez dentro es como si nos despertáramos. Lo más hermoso de todo esto es que en absoluto debemos salir de nuestro cuerpo para obtener este resultado, sino que solo hemos de ser conscientes de cómo nuestro cuerpo y nuestra psique están íntimamente vinculados entre sí, y de cómo, paralelamente, acontecimientos que ocurren fuera del tiempo pueden condicionar la causalidad cotidiana. Se trata simplemente de vivir el diagrama cuaternario del universo que Pauli y Jung pensaron. Ahora, personas como Chopra nos ayudan a entender que la completitud de este universo puede no solo ser comprendida por el intelecto, sino también vivida por nuestra mente, con nuestras emociones y con nuestro cuerpo.

Deepak Chopra, sobre la base de una sólida conciencia científica de tipo médico, y al mismo tiempo tomando el fruto del antiguo conocimiento proveniente de la sabiduría oriental, ha conseguido influenciar positivamente a muchísimos de los círculos médicos tradicionales, lo que ha permitido aportar enormes beneficios al público en general. El objetivo de Chopra es usar el mecanismo de la sincronicidad para desarrollar lo que a todos los efectos puede llamarse hoy «medicina holística».

Chopra intenta comunicar a las personas de cualquier nivel que alcanzar el objetivo de nuestra vida a través de una correcta percepción de la sincronicidad es un milagro accesible a todos. Lo que cuenta es aprender a refinar la propia

intuición. Todo esto puede llevar a la persona —y en consecuencia, a la sociedad en su conjunto— a comprender el sentido de los acontecimientos que le ocurren, a veces también de los aparentemente negativos que, por el contrario, representan preciosos momentos de crecimiento. El mensaje es simple como el agua: cuando tienen lugar las coincidencias no hay que ignorarlas, porque nos traen enseñanzas. En lugar de eso, debemos preguntarnos cuál es el mensaje que anida en ellas y cuál es su significado. También es posible desencadenar coincidencias planteándonos las preguntas interiormente: si estamos atentos, encontramos la respuesta formando parte de una nueva sincronicidad, que es la respuesta a nuestra pregunta. Es posible que esta respuesta llegue repentinamente de diferentes formas que pueden ser experiencias particularmente creativas, como el encuentro con una persona en concreto, recuperar cierto objeto, toparse con un animal con un valor simbólico o mitológico específico, o tener un sueño determinado. Lo importante es captar el símbolo, porque precisamente el símbolo —es decir, el significado que puede ser obvio en la sincronicidad— no es más que un ideograma cósmico que contiene una infinidad de conceptos encadenados entre sí, en una arquitectura simultánea y fuera del tiempo. Para poder captar estos preciosos instantes de nuestra vida, es necesario tener una percepción global de lo que sucede normalmente en ella, o bien de la distribución estadística de los acontecimientos que nos ocurren.

En el frenesí de la vida moderna, donde el materialismo desenfrenado y la competencia a menudo malsana nos mantienen alejados de nosotros mismos, a veces nos es imposible tomar nota de todo lo que ocurre. Es difícil ver más allá, ya que estamos atrincherados en la guarida defensiva

que representa nuestro yo. Lograr salir del yo constituye un acto de voluntad, un despliegue de intenciones y, al mismo tiempo, supone aprender a ser fuerte. También en las situaciones difíciles nos compadecemos de nosotros mismos y, a menudo, no comprendemos que estas situaciones están ahí no para dañarnos, sino para estimularnos y transformarnos; solo saliendo de nuestro yo y volviendo a nuestro verdadero ser, conseguimos darnos cuenta de ello. Se necesita un fuerte acto de voluntad, ya que al principio se requiere mucho sacrificio, pero después se convierte en un proceso natural, como aprender a montar en bicicleta y, entonces, nuestra atención a las coincidencias significativas se vuelve una práctica casi instintiva. De hecho, no se necesita el razonamiento para comprender las coincidencias, porque el símbolo que estas aportan no sigue una lógica de causa-efecto, sino que son símbolos eternos que solo pueden ser captados al vuelo en el transcurso de un instante. Basta con aprender a pensar por analogías. De este modo se consigue captar instantes milagrosos, se advierte un gran sentido de claridad, y la siguiente serenidad que nace nos ayuda a mejorar nuestras actitudes frente al razonamiento que necesitamos para sobrevivir en el día a día. Aprender a captar las sincronicidades puede incrementar también nuestro coeficiente intelectual, ya que la serenidad elimina el «rumor» que perturba nuestra mente en forma de neurosis, y nos permite ver mejor la «señal» que perseguimos para la resolución de nuestros problemas cotidianos.

Paralelamente a la obra de Chopra, no podemos dejar de citar el famoso libro de James Redfield *La nueve revelaciones*, una novela irresistible, donde entrevemos todas las enseñanzas de Chopra.

Otro de los méritos de Chopra es haber catalogado, a través de un gran método, las técnicas que debemos aprender para lograr perseguir la secuencia de las sincronicidades que nos guía hacia nuestro destino. Sus técnicas se basan en los denominados «siete principios del sincrodestino», que se fundamentan en las auténticas leyes que cualquiera puede aprender observando con atención su propia vida. Se trata de aprender que el mundo no se encuentra vinculado solamente a la materia, sino también al espíritu, y que nuestra vida puede parecernos algo verdaderamente milagroso, lo que significa que es posible captar solo los acontecimientos positivos de nuestra existencia, saber entender el sentido de los acontecimientos negativos, y ayudarnos a nosotros mismos a perseguir nuestra meta. Si sabemos darnos cuenta de todo esto, nos convertimos por completo en artífices de nuestro destino: el éxito no sucede por casualidad, sino que algunas personas son más afortunadas que otras porque saben aprovechar intuitivamente los acontecimientos sincrónicos y su absoluta no casualidad. El éxito nace de la conciencia, y esta conciencia se adquiere con un acto de voluntad.

Para poder ser consciente, es necesario comenzar a hacerse una idea de cómo está estructurado el universo en su conexión íntima entre mente y materia. Hoy sabemos mucho más gracias al enorme esfuerzo intelectual de físicos cuánticos como Wolfgang Pauli y de psicólogos de lo profundo como Carl Jung. Para llegar a las leyes cristalinas que Chopra propone a la humanidad, es preciso primero observar la íntima conexión sincrónica que ordena la materia en partículas elementales, entender el sentido profundo y «acausal» de la danza de las partículas —como en el principio de exclusión de Pauli— en el ámbito de la materia misma, comprender el sentido del «potencial cuántico» —en el cual el físico teórico

David Bohm trabajó durante toda su vida arrojando luz sobre los aspectos más auténticos de la mecánica cuántica —y capturar el sentido revolucionario que anida en el concepto del «inconsciente colectivo», comenzando por experimentarlo en nosotros mismos y aprendiendo a observar y a interpretar nuestros sueños. A la luz de todo esto, surge un universo complejo, pero al mismo tiempo simplísimo en su estructura, que se fundamenta sobre tres elementos básicos: una realidad material —área de la existencia física, de los objetos y de los acontecimientos—, una realidad cuántica —área de la mente y zona de transición donde la materia y la energía interactúan— y finalmente una realidad virtual —área del espíritu que se encuentra más allá del espacio y del tiempo, y que representa el auténtico origen del universo—. Quien consigue integrar en su propio ser estos tres elementos fundamentales podrán acercarse a Dios, no con un acto faustiano, sino con la simple intención que surge de una predisposición a escuchar más atentamente nuestras intuiciones. Como afirma Chopra, si muchas personas son capaces de moverse en este estado de conciencia, surgirán acontecimientos que nos llevarán a un mundo completamente nuevo. Un mundo donde la claridad interior generará paz y unión entre los hombres, donde la ciencia nos permitirá dar saltos impensables y donde probablemente entraremos en contacto con las civilizaciones de otros mundos que, después de un largo y fatigoso camino, han aprendido a surcar el cielo «caminando por los jardines del Señor».

SÍNCRONICIDAD

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS E INTERNET

- Amadori, A., *Meccanica Quantistica*, E-School di Fisica, <http://www.arriogoamadori.com/lezioni/Sintesi/MeccanicaQuantistica.htm>.
- *Teoria della Relatività*, E-School di Fisica, <http://www.arriogoamadori.com/lezioni/Sintesi/TeoriaDellaRelativita.htm>.
- Arena, S., *I Ching: il libro dei mutamenti*, http://www.erasacra.com/aree_tematiche/d_esoteriche/ching.html#significati.
- Atmanspacher, H. y Primas, H. (1996), «The Hidden Side of Wolfgang Pauli», *Journal of Consciousness Studies*, 3m nº 2, pp. 112-126. <http://philsci-archive.pitt.edu/archive/00000940/>
- AA. VV., *La Sincronicità, la Coerenza elettromagnetica, il vuoto subquantistico e la non località*, <http://www.globalvillage-it.com/encyclopedias/sci2/sci06.htm>
- Card, C. R. (1992), «The Archetypal Hypothesis of Wolfgang Pauli and C. G. Jung: Origins, Development and Implications», en K. V. Larikainen y C. Mononen, *Symposia on the Foundations*

- of Modern Physics*, Wold Scientific Publishing Co., Singapur, p. 382.
- Charon, J. E. (2004), *The Spirit: That Stranger Inside Us*, California-Publishing-XLNC.
- Chopra, D. (1995), *Synchrodestiny*, Rider.
- Corbucci, M. (2005), *Dispositivo di telecomunicazione immediata a qualsiasi distanza, basato sul principio della interconnessione degli spin elettronici accoppiati*, patente registrada el 14 de octubre de 2005, Officio Brevetti, Camera di Commercio di Viterbo.
- Cousineau, P. (2002), *Coincidence or Destiny?*, Conari Press.
- Del Giudice, E., et al., *Coherent Quantum Electrodynamics in Living Matter*, http://www.bion.si/gradiva-objave/Del_Giudice.pdf
- Duch, W., *Synchronicity and the Unified View of Mind and Matter*, <http://www.phys.uni.torun.pl/publications/kmk/94q-unity.pdf>
- Einstein, A., Podolsky, B. y Rosen, N. (1935), «Can Quantum-Mechanical Description of Physical Reality be Considered Complete?», *Physical Review*, 47, pp. 777-780.
- Enz, C. P. (2002), *Non Time to be Brief, A scientific biography of Wolfgang Pauli*, Oxford University Press.
- Gaugain, P. P. (2005), *Unified Dirac-Maxwell field as space-time portal*, EUS Physics Research, <http://222.europeanufosurvey.com/en/en.stargate.pdf>
- Jahn, R. G. y Dunne, B. J. (1986), «On the quantum mechanics of consciousness, with application to anomalous phenomena», *Foundations of Physics*, 16, pp. 721-772.
- Jung, C. G. y Pauli, W. (1955), *The Interpretation of nature and the psyche. Synchroicity: an acausal connecting principle* (by) C. G. Jung. *The influence of archetypal ideas on the scientific theories of Kepler I* (by) W. Pauli, Pantheon Books (Nueva York).
- Jung, C. G. (1979), *Flying Saucers: A Modern Myth of Things Seen in the Sky*, Princeton University Press.
- _____(1980), *I Fenomeni Occulti*, Boringhieri.

- _____(1980), *La Sincronicità*, Boringhieri.
- Jung, C. G. y Pauli, W. (1952), *Naturerklärung und Psyche*, Rascher Verlag (traducción en inglés: *Synchronicity*, Princeton University Press, 1973).
- Kaky, M. (2002), *Iperspazio*, Macro Edizioni.
- _____(2004), *Parallel Worlds*, Doubleday Books.
- Koestler, A., *The country of the Blind*, <http://www.survivalafterdeath.org/articles/koestler/country.htm>
- Laszlo, E. (1993), *Alle Radici dell'Universo - Introduzione alla Dinamica Subquantistica*, Sperling & Jupfer.
- Laurikainen, K. (1988), *Beyond the atom: the philosophical thought of Wolfgang Pauli*, Berlín.
- Lindorff, D. (2004), *Pauli and Jung: The Meeting of Two Great Minds*, Quest Books, 2004.
- Lloyd, P. B. (1999), *The Metaphysics of ufos: What are ufo really?*, <http://easyweb.easynet.co.uk/-ursa/philos/ifo1.htm>
- McFarlene, T. J. (2000), *Quantum Physics, Depth Psychology and Beyond*, <http://www.integralsciencie.org/psyche-physis.html>
- Moisset, J., *Synchronicity and Parapsychology*, <http://www.science-et-magie.com/archives01/moisset/jma02syn.htm>
- Pauli, W. (1957), «On the Earlier and More Recent History of the Neutrino», en Winter, K., *Neutrino Physics*, Cambridge University Press 1991.
- _____(1994), «Ideas of the Unconscious from the Standpoint of Natural Science and Epistemology», en Wolfgang Pauli, *Writings on Physics and Philosophy*, Springer-Verlag, Berlín, p. 149.
- Pauli, W. y Jung, C. G. (2001), *Atom and Archetype, the Pauli/Jung Letters, 1932-1958*, Princeton University Press, Princeton, New Jersey.
- Peat, F. D. (1987), *The Bridge Between Matter and Mind*, Bantam Doubleday Dell Publications.

- ____ *Pari Center for New Learning*, <http://www.paricenter.com/library/papers/consciousness.pgp>, y <http://www.fdavidpeat.com/ideas/ideas.htm>
- Pratt, J. (2004), «Synchronicity as a Sign», *Meridian Magazine*, <http://www.johnpratt.com/items/docs/lds/meridian/2004/synchro.html>.
- Preparata, G. y del Guidice, E., *La coerenza elettrodinamica quantistica*, <http://www.palobenda.it/geobiologia/bioelettronica/ceq.htm>
- Redfield, J. (1999), *La Profetia di Celestino*, Corbaccio.
- Richardet, J. (2005), *Le phénomène extraordinaire des cercles de lumière*, Trafford Publishing.
- Schueler, Gerald y Betty, *The Chaos of Jung's Psyche*, E-book, http://www.schuelers.com/ChaosPsyche/table_of_contents.htm
- Steinicke, W., *Wolfgang Pauli - Leben und Werk*, www.astro.unibonn.de/-dfischer/geschi.html
- Teodorani, M. (2004), «Fenomeni di Luce dal Nulla», *Scienza e Conoscenza*, n. 10, pp. 22-26.
- ____ (2006), *David Bohm - La Fisica dell'Infinito*, Macro Edizioni.
- ____ (2006), *Marco Todeschini - Spaziodinamica e Psicobiofisica*, Macro Edizioni.
- Vallee, J. (1969), *Pasport to Magonia*, Henry Regnery Co., Chicago.
- Von Franz, M. L. (1992), *Psyche and Matter*, Shambhala, Boston.
- Wolf, F. A. (1995), *The Dreaming Universe: A Mind-Expanding Journey Into the Realm Where Psyche and Physics Meet*, Simon & Schuster.
- ____ (1999), «The Quantum Physical Communication between the Self and the Soul», *Noetic Journal*, V2, N2, <http://pw1.netcom.com/-wolfpapers/myarticles/boxing%20the%20soul%20revised.pdf>
- Jung C. G., <http://www.cjung.com/>
- A Glossary of Junghian Terms, <http://www.tearsofflorona.com/jung-defs.html>
- Remo, F. Roth, http://www.psychovision.ch/rfr/roth_e.htm

- Pauli, W. http://www.ethbib.ethz.ch/exhibit/pauli/index_e.html
_____<http://wolfgang-pauli.borgfind.com/> y: http://en.wikipedia.org/wiki/Wolfgang_Ernst_Pauli.
- Lucy Pringle's Crop Circle Photography Library, <http://www.lycypringle.co.uk/photos/>
- Sheldrake Online, <http://www.sheldrake.org/intro/>
- Carl Gustav Jung, <http://lgxserver-uniba.it/lei/rassegna/jung.htm>
- Princeton Engineering Anomalies Research, <http://www.princeton.edu/-pear/8.html>
- The Copra Center, <http://www.chopra.com/>
- Principio de exclusión de Pauli, <http://hyperphysics.phy-astr.gsu.edu/hbase/pauli.html>, y: http://it.wikipedia.org/wiki/Principio_di_esclusione_si_Pauli
- The laws of freak chance, http://www.geocities.com/Omegaman_UK/chance.html
- Thine Research Center, <http://www.rhine.org/>
- Jean Emile Charon.com, <http://www.jeanemilecharon.com/>

SÍNCRONICIDAD

Apéndice 1

LAS VIDAS PARALELAS DE JUNG Y PAULI

CARL GUSTAV JUNG	WOLFGANG PAULI
26 de julio de 1875. Nace en Kesswil, Suiza	25 de abril de 1900. Nace en Viena, Austria
1902. Tesis para su licenciatura en medicina <i>Zur Psychologie und Pathologie sogenannter occulter Phänomene</i> , en la Universidad de Zúrich, Suiza	1918. Termina su primer artículo sobre la relatividad, mientras se inscribe en la Universidad de Mónaco
1905. Obtiene su título en la Facultad de Medicina de la Universidad de Zúrich	1912–1921. Todavía siendo estudiante, escribe una exposición magistral sobre la relatividad especial y general para la <i>Encyklopädie der mathematischen Wissenschaften</i>
1906–1913. Intercambio intensivo de cartas con Freud	1921. Tesis doctoral sobre la teoría cuántica del hidrógeno molecular ionizado bajo la supervisión de Arnold Sommerfield, en la Universidad de Mónaco, Alemania

SINCRONICIDAD

CARL GUSTAV JUNG	WOLFGANG PAULI
1907. Tras su encuentro con Freud, se convierte en un adepto del psicoanálisis freudiano	1923–1928. Ingresa como lector en la Universidad de Hamburgo, donde publica la teoría de las matrices de la mecánica cuántica —las matrices de Pauli—, y formula el principio de exclusión y la teoría del espín no relativista
1910. Fundación de la Asociación Psicoanalítica Internacional con Jung como presidente	
1909–1923. Conversaciones con Einstein sobre el tiempo y la sincronicidad	1925. Anuncia el principio de exclusión sobre la base de una teoría que describe el átomo de hidrógeno
1928–1934. Pauli atraviesa un grave período de crisis personal y comienza la terapia psicoanalítica con Jung, a lo largo de la cual tendrá al menos mil sueños con un alto contenido, tanto simbólico como científico	
1912. Publica <i>La psicología del inconsciente</i>	1928–1958. Trabaja como profesor de física teórica en el ETH —Eidgenössische Technische Hochschule— de Zúrich
1913. Se produce un distanciamiento entre Jung y Freud	1930. Sugiere la existencia del neutrino
1932–1941. Trabaja como lector en el ETH de Zúrich	1931. Recibe la «Medalla Lorentz» en Ámsterdam, Holanda
1932–1957. Debates e intercambios intensivos de cartas entre Jung y Pauli. Colaboración científica conjunta que los llevará a elaborar el «modelo cuaternario» sobre el que se fundamenta la psicofísica	
1935. Profesor honorario en el ETH de Zúrich	1940. Deriva el principio de exclusión de principios primarios sobre la base de su teorema acerca la estadística del espín —división entre fermiones y bosones

CARL GUSTAV JUNG	WOLFGANG PAULI
1935. Sus conferencias sobre «Traumsymbole des Individuationsprozesses» y su libro <i>Psychologie und Alchemia</i> incluyen material empírico de los sueños de Pauli	1940–1946. Estancia en el Instituto de Estudios Avanzados de Princeton, Estados Unidos
1948. Apertura del Instituto C. G. Jung en Zúrich	1945. Recibe el Premio Nobel de Física
1952. C. G. Jung y W. Pauli publican juntos el libro <i>Naturerklärung und Psyche</i>	1946. Pauli vuelve a trabajar en el ETH de Zúrich, donde permanece hasta su muerte.
1943. Trabaja como profesor en la Universidad de Basilea, Suiza	
1955. Doctor honoris causa del ETH de Zúrich	
6 de junio de 1961. Muere en Kusnacht, Suiza	15 de diciembre de 1958. Muere en Zúrich, Suiza

SÍNCRONICIDAD

Apéndice 2

GLOSARIO CIENTÍFICO Y PSICOLÓGICO

AKASHA. Es un término sánsrito que significa «éter», «espacio» o «cielo» y que representa, de manera figurativa, un lugar más allá del tiempo y del espacio donde se encuentran el espíritu humano y su alma junto con la energía dividida que lo envuelve.

ALQUIMIA. Se trata de una antigua práctica protocientífica que combina elementos de la química, la metalurgia, la física, la medicina, la astrología, la semiótica, el misticismo, la religión y el arte. Su objetivo más importante es la transformación de los metales en oro o plata. La alquimia puede considerarse como la rama precursora de la química moderna antes de que se formulase el método científico. Además de ser una disciplina física y química, implicaba una experiencia de crecimiento espiritual y un proceso de liberación y de salvación del artífice del experimento. Los procesos y los símbolos alquímicos poseen, por lo tanto, un significado interior relativo al desarrollo espiritual en conexión con el puramente material de la transformación física.

ÁTOMO. Es el modelo principal capaz de describir la materia —ya sea sólida, líquida o gaseosa— y de explicar sus propiedades. Los átomos están compuestos por muchas partículas. La mayor parte de

universo. En base a esta definición, podemos decir que cuando un sistema pasa de un estado ordenado a uno desordenado, su entropía aumenta. Su estado opuesto es el término «negentropía», según el cual un sistema tiende hacia un estado de orden. Este término se usa, sobre todo, en temáticas relacionadas con la mecánica cuántica y con la espiritualidad.

ESPÍN. Momento angular intrínseco del electrón y de cualquier otra partícula. En los sistemas cuánticos se encuentra cuantizado y puede asumir solo valores preestablecidos. En el caso de los electrones, este valor es de $1/2$ y puede asumir valores positivos y negativos.

ESTRUCTURA FINA (CONSTANTE DE). Parámetro que relaciona las principales constantes físicas del electromagnetismo. Su valor, calculado a través de los valores más precisos, se compone de estas constantes, que son igual a $1/137,03599976$, mnemotécnicamente redondeado en $1/137$. Este parámetro tiene una influencia fundamental sobre el universo. Si su valor fuese ligeramente distinto del valor conocido, el universo sería diferente del que conocemos, y las leyes físicas no serían como las actuales. Por ejemplo, la relación entre las fuerzas de atracción y repulsión entre las partículas elementales sería distinta, lo cual tendría consecuencias sobre la constitución de la materia y la actividad de las estrellas. En un universo en el que el valor de esta constante fuese distinto al que ahora tenemos, no podríamos existir.

HIPERESPACIO. Es una entidad de la física teórica que se fundamenta en el hecho de que el universo conocido está conectado a otros universos a través de los denominados «agujeros de gusano» —*wormholes*, en inglés—. De este modo, el hiperespacio contiene todos los universos posibles.

HOLISMO. Forma de concebir la realidad —tanto en la filosofía como en la ciencia— como una totalidad, en antítesis a su fragmentación. En física lo representan los supuestos de la mecánica cuántica, que se entiende como una ciencia holística. El holismo se opone al *reduccionismo*, representado por la física clásica newtoniana.

INCONSCIENTE COLECTIVO. Término derivado de la teoría de Carl Gustav Jung que indica el conjunto de los contenidos psíquicos universales preexistentes al individuo, y ligados a todo el patrimonio de la civilización. En él se encuentran los arquetipos.

INDIVIDUACIÓN. Es un proceso —descubierto por Carl Gustav Jung— que lleva a un paciente con trastornos mentales a reencontrar su propia personalidad de forma completa. De hecho, Jung había descubierto que pacientes que habían perdido el contacto con su dimensión espiritual lograban retomarlo redescubriendo sus mitos personales, expresados a través de los sueños y de la imaginación.

MANDALA. Dibujo compuesto por la asociación de distintas figuras geométricas; las más recurrentes son el punto, el triángulo, el círculo y el cuadrado. Estas figuras representan a menudo solo una base sobre la que se añaden después otros objetos. El término «mandala» —que originalmente significa «círculo»— se encuentra en varias culturas, especialmente en la hinduista y en la budista, donde asume un significado sacro como símbolo de unión con lo divino.

MATRICES DE PAULI. Son los instrumentos matemáticos —representados por las combinaciones de números dispuestos de forma rectangular con filas y columnas— utilizados para tratar cuantitativamente el comportamiento del espín, de las partículas estudiadas por la mecánica cuántica.

MECÁNICA CUÁNTICA. Formulación cuántica de la mecánica, empleada en la descripción de los fenómenos a escala atómica y subatómica. En este contexto, la trayectoria de una partícula no se deriva de forma determinista, sino que transmite una *función de onda* que describe la posibilidad de encontrarla.

MITO. Representa un contenido cognitivo cuya interpretación simbólica tiene una gran importancia para la cultura de un pueblo. Los mitos se transmiten de generación en generación. Desde un punto de vista psicológico, son un modo de representar los *arquetipos* que surgen del inconsciente colectivo.

NEUTRINO. Es una partícula elemental. Tiene espín semientero — $1/2$ — y por esto es un *fermión*. Su masa es muy pequeña en comparación con la mayor parte de las partículas; algunos todavía sostienen que no posee masa. Ya que se trata de una partícula eléctricamente neutra, no interactúa ni por medio de la fuerza fuerte ni por medio de la fuerza electromagnética, sino que lo hace solamente a través de la fuerza débil y la gravedad. Debido a que en las interacciones nucleares débiles

su sección transversal es muy pequeña, los neutrinos pueden pasar a través de la materia sin obstáculos.

NEW AGE. Con este término se describe un movimiento que nace en la última mitad del siglo XX en el ámbito de la cultura occidental, caracterizado por una aproximación individual y ecléctica a la exploración espiritual. En algunos aspectos, presenta las características de una auténtica religión emergente y, aunque inicialmente se caracterizaba por valores ecológicos, espirituales y humanos muy positivos y edificantes, buena parte está sumergida en un gran negocio comercial. En gran medida, el método con el que la corriente presenta nuevas ideas es anticientífico, tanto en los términos de la ciencia tradicional como en los de la más vanguardista.

NÚMEROS CUÁNTICOS. Son números que sirven para especificar el estado de un sistema cuántico, como por ejemplo un electrón en un átomo de hidrógeno. En lo que respecta a los átomos, se definen cuatro números cuánticos, cada uno capaz de describir una situación física diferente y con un grado distinto de libertad en relación con la partícula que caracterizan. Según el principio de exclusión de Pauli, no es admisible que dos partículas idénticas estén presentes en el mismo lugar con la misma energía y con los mismos números cuánticos. Los cuatro números cuánticos para el átomo son los siguientes: el *número cuántico principal*, que determina el radio medio de la órbita del electrón en torno al núcleo y describe la cuantización de la energía del electrón —orbitales con el mismo número cuántico principal constituyen un *nivel energético*—; el *número cuántico azimutal*, que describe el momento angular orbital; el *número cuántico magnético*, que representa el componente en el eje z del número cuántico azimutal, y el *número cuántico de espín*, asociado al momento angular de espín —componente de rotación de la partícula—, que puede asumir un valor semientero para los fermiones y un valor entero para los bosones.

ORDEN IMPLICADO. Modelo de la realidad de derivación cuántica creado por el físico británico David Bohm. Se encuentra estrechamente vinculado al concepto de *potencial cuántico* como «campo informativo» de las características no locales —es decir, instantáneas— capaces de gobernar el comportamiento de la materia sin ejercer sobre ella campos de fuerza. El orden implicado existe solo en una realidad

más allá del tiempo y del espacio, y su tarea es «conformar», de manera no local, el denominado orden explicado que representa la realidad espacio-temporal y material en la que normalmente vivimos. El orden implicado puede compararse, grosso modo, con el término «conciencia del universo».

Ovni. Un ovni —objeto volador no identificado— se define simplemente como un objeto o fenómeno óptico observado en el cielo que no puede identificarse, incluso después de haber sido investigado por académicos cualificados. En la nomenclatura ufológica, estos objetos se atribuyen a astronaves extraterrestres, pero esto no es correcto, puesto que *ovni* simplemente quiere decir «objeto no identificado» y no «objeto identificado».

PSICOANÁLISIS. Práctica médica que no debe confundirse con la psiquiatría, cuyo objetivo es guiar al paciente afectado por trastornos que influencian la psique —y no la mente—. Consiste en entablar un diálogo con el paciente con el objetivo de revelar los factores inconscientes que lo trastornan. Existen dos corrientes de pensamiento fundamentales: la del austriaco Sigmund Freud y la del suizo Carl Gustav Jung. La diferencia entre ellas se basa en la concepción del inconsciente y en el origen de los trastornos psíquicos. Según Freud, el inconsciente de una persona en su nacimiento es un contenedor vacío que durante su vida se llena de aquello que la conciencia considera innecesario. Para él, el inconsciente es solamente un factor vinculado a la persona, mientras que los trastornos psíquicos tienen un origen prevalentemente sexual. Por el contrario, Jung afirma que el inconsciente tiene una autonomía creativa ya desde el nacimiento del ser humano y que los trastornos psíquicos deben estudiarse más a fondo. Para él, la auténtica raíz del inconsciente no está en la persona, sino en una entidad mucho más vasta denominada «inconsciente colectivo». Jung creó su «psicología analítica» con la intención de que no fuese solo un instrumento para sanar patologías psicológicas, sino para que fuese más allá y llegase a ser una filosofía de vida o, mejor aún, un instrumento para adaptar el alma a la vida y poder comprender todo el potencial de expresión. Jung denominó a este camino «individuación». Generalmente se reconoce que el

psicoanálisis de Freud tiene características positivistas, mientras que el de Jung presenta características espiritualistas.

PSICOIDE. Concepto elaborado por Carl Gustav Jung aplicable virtualmente a cualquier arquetipo y que expresa la conexión entre la psique y la naturaleza.

PSICOQUINESIS. Conocida también como *PK* —del inglés, *psycokinesis*—, es el término más usado hoy en día en los estudios parapsicológicos para indicar lo que en un tiempo se conocía como *telequinesis* —literalmente, movimiento a distancia—. Se refiere a la capacidad psíquica de modificar el comportamiento de la materia por medio de la mera intención mental —más o menos consciente.

PRINCIPIO DE EXCLUSIÓN DE PAULI. Es un principio de la mecánica cuántica, que afirma que dos *fermiones* idénticos no pueden ocupar el mismo estado cuántico a menos que no tengan espín opuesto. El principio de exclusión se aplica solo a los fenómenos de partículas que forman estados cuánticos asimétricos y que tienen espín semientero. Los fermiones incluyen a los *protones*, los *neutrones* y los *electrones*, los tres tipos de partículas que forman la materia ordinaria, y también a los *neutrinos*. El principio de exclusión es la base de la comprensión de muchas de las características distintivas de la materia, y justifica la diferenciación de la materia en todos sus elementos químicos. Sin embargo, no es válido en el caso de las partículas como los *fotones*, los *mesones* y los *gravitones*, ya que son *bosones* —o bien forman estados cuánticos simétricos y tienen espín entero.

RELATIVIDAD. Teoría según la cual un fenómeno físico puede describirse solo si se refiere —relativo— a un sistema bien especificado de referencia espacio-temporal. De forma que las leyes de la física son *invariantes*, al pasar de un sistema de referencia —inercial— a otro. En este contexto la velocidad de la luz en el vacío es un invariante. En la teoría de la relatividad general, se afirma que el tiempo es una dimensión del espacio —espacio-tiempo— y es relativo. Sobre esto actúa la gravedad, la cual curva el espacio-tiempo cuatridimensional.

SIGNIFICADO. Representa un sistema de pensamiento al que las personas atribuyen un símbolo. Puede provocar ideas o denotar una entidad del mundo real.

SIMETRÍA (EN FÍSICA). Se generaliza para indicar «invariancia», cantidades que usualmente se conservan en la simetría del sistema físico. La correspondencia entre simetría y cantidades conservadas aparece en las leyes de conservación de la física. Se trata de un concepto muy importante en la física cuántica.

SINCRONICIDAD. Término introducido por Carl Gustav Jung en 1930 para describir una «conexión “acausal” entre estados psíquicos y acontecimientos objetivos».

SUBCONSCIENTE. Se trata de un término prácticamente sinónimo al de «inconsciente», y representa los aspectos de la psique de los que no somos directamente conscientes.

SUBCUÁNTICO. Dominio de la realidad que se encuentra en un nivel más profundo que el cuántico y que con toda probabilidad tiene lugar en un hipotético «éter», situado en lo que sería un falso vacío, capaz de producir grandes cantidades de energía. Se cree que el dominio subcuántico también se encuentra estrechamente vinculado a los procesos más profundos de conciencia, y se considera que es el lugar donde probablemente se originan los fenómenos psíquicos y la percepción extrasensorial.

SUPERCUERDAS. Se trata de partículas fundamentales semejantes a cuerdas vibrantes que en la teoría homónima representan minúsculas unidades unidimensionales, cuya vibración determina la existencia de la materia y de la energía como la conocemos y que, a su vez, sustituyen a todas las partículas descritas en los modelos tradicionales. Las diferentes dimensiones juntas —seis o siete además de las cuatro dimensiones conocidas— pueden aplicarse a vibraciones de la misma cuerda. Según las definiciones del físico Michio Kaku, la teoría de supercuerdas representa una auténtica partitura. Las partículas subatómicas corresponden a las notas producidas por las cuerdas vibrantes, la física representa la armonía de estas cuerdas y la química la melodía que puede sonar con ellas, mientras que «la mente de Dios» se corresponde con la música cósmica que resuena a través de un hiperespacio de once dimensiones.

TELEPATÍA. Se denomina así a la supuesta habilidad de comunicar información de una mente a otra. Es una forma de percepción extrasensorial o cognición anómala. Esta información generalmente se da

como «recibida» de la misma forma en que se recibe a través de la percepción sensorial.

TULPA. En el misticismo tibetano, un «tulpa» es un individuo o un objeto que se ha creado solo con los poderes de la mente. En otras palabras, es la materialización física de un pensamiento.

VISIÓN REMOTA. Se trata de un procedimiento desarrollado por parapsicólogos del Instituto de Investigación de Stanford, en colaboración con psíquicos especialmente dotados, con el fin de poder comprobar el fenómeno de la *clarividencia* en condiciones controladas. Es algo similar a la «proyección astral», ya que implica la capacidad de proyectar la conciencia en lugares remotos con el objeto de captar información.

Términos específicamente adaptados y elaborados para este libro, en parte extraídos de diversas fuentes de Internet, especialmente de: *Wikipedia. La encyclopédia libre*, <http://en.wikipedia.org/wiki/>.

SINCRONICIDAD

Apéndice 3

MIS SINCRONICIDADES

Mi experiencia con la sincronicidad ha sido muy intensa y sorprendente. Determinó el período de mi vida comprendido entre los veinticinco y los treinta y siete años. Antes de las experiencias sincrónicas, tuve ocasión de someterme durante un año al psicoanálisis junguiano con una excelente doctora de Bolonia. Aunque me sentía satisfecho con mi vida privada e intelectual, había algo muy importante que faltaba en ella. El malestar comenzó repentinamente después de haberme licenciado en astronomía. Para vencer esta inexplicable sensación de vacío, me centré nuevamente en profundizar mis estudios sobre esa materia, con la excusa de prepararme bien para los certámenes de investigadores. Viví una actividad intelectual muy intensa, pero mi malestar psíquico permanecía. Ya durante las primeras sesiones psicoanalíticas comencé a tener sueños de una claridad increíble. El psicoanálisis junguiano desencadena auténticos mecanismos

telepáticos entre el analista y el analizado: yo lo viví incontrolablemente. Pronto me di cuenta de que la persona que tenía delante poseía una grandísima sabiduría y preparación, y sabía cuáles eran las preguntas que tenía que hacer y por qué camino debía guiarme durante mis sesiones. Todo lo que tenía lugar en dichas sesiones desencadenaba por la noche «sueños clave», caracterizados por constantes bien precisas que explicaban perfectamente las razones de mi malestar. Descubrí que dentro de mí, existía una profunda espiritualidad y sensibilidad que nunca había creído poseer. Los estudios de física, matemáticas y astronomía que había realizado eran exclusivamente racionales y yo me había dejado atrapar por aquel sentido de omnipotencia que caracteriza a las ciencias exactas. Había creído que me identificaba con él, y en parte esto era realmente cierto, pero de esa forma estaba oprimiendo, sin darme cuenta, a la mejor parte de mí. Los sueños y su interpretación bajo la guía de aquella persona me ayudaron a comprenderme mejor, a comprender que mi yo era solo una máscara y que la mejor parte de mí estaba en los arquetipos que mi psique desentrañaba implacablemente a lo largo de los sueños, los cuales tenían un altísimo contenido simbólico. Recuerdo, por ejemplo, cuando soñé con un león inmenso apoyado sobre la cima de una montaña similar al Himalaya. No recuerdo ahora exactamente el significado, pero sé que solo por haber tenido este sueño, y tantos otros parecidos, se había abierto una puerta dentro de mí. El psicoanálisis según la escuela de Jung no me daba en absoluto la sensación de estar siguiendo una «terapia», sino más bien de estar realizando un viaje maravilloso dentro del universo interior. Cuanto más viajaba dentro de mí mismo, más percibía que el mundo interior no pertenecía solo a mi experiencia o

a mis esperanzas personales, sino a todo el universo, del que poco a poco comenzaba a sentirme parte.

No recuerdo bien por qué, pero después de un año decidí no continuar con el análisis junguiano. Durante años y años me dediqué enteramente a mi investigación astrofísica. Sin embargo, la persona que la realizaba ya no era la misma que había llevado a cabo sus estudios científicos antes del psicoanálisis. En mí se había desencadenado una creatividad científica impensable anteriormente. Ya no me limitaba a realizar cálculos y gráficos, y a creer que tenía de esa forma el mundo en mi mano, sino que se habían desencadenado en mí mismo los procesos de ideación que me planteaban las preguntas y me daban las respuestas como en una especie de «autodialéctica»; estos procesos tenían que ver, obviamente, con aquello de lo que me ocupaba —y de lo que todavía me ocupo—. Recuerdo haber tenido intuiciones brillantes sobre el principio de conservación de la energía aplicado a las explosiones de las supernovas y haber conseguido ver en cada detalle que me rodeaba una metáfora del universo estelar que estudiaba, como si todo, desde la cosa más pequeña hasta la más grande, estuviese regido por las mismas leyes. Por ejemplo, las ecuaciones que gobiernan la estructura de las estrellas, son en sí mismas, una metáfora del ser humano y de su equilibrio: dentro de las técnicas matemáticas para integrar estas ecuaciones hay mucho, mucho más. Existe un significado en el universo que trasciende nuestras concepciones mecanicistas. En todo esto nunca me ha movido la fe en Dios —sigo siendo agnóstico—, pero sin duda he encontrado en mí mismo la confirmación de que además de la materia existe un mundo espiritual de posibilidades infinitas. Poco después del final de mi experiencia psicoanalítica, más allá de la entrada decidida de mis actitudes creativas en un

campo que sigue siendo analítico y racional, sentí el impulso de experimentar también la música. Me rodeé de teclados y sintetizadores electrónicos y comencé a hacer experimentos de todo tipo. Me di cuenta de que la música fluía por sí sola, sin que yo la proyectase, y que lo que más contaba era la atmósfera que creaba, las emociones que me suscitaba y los ritmos electrónicos que me hacían sentir parte de una danza cósmica sin fin. En aquel momento, también gracias a los prodigios que permite la síntesis electrónica, me sentía unido sincrónicamente con el universo, y podía así experimentar y explicar las emociones internas que, por el contrario, había reprimido siempre.

Durante la misma época comencé a visualizar, durante la fase de vigilia —poco antes de adormecerme—, imágenes mentales que nunca antes había tenido. Los psicólogos las llaman «imágenes hipnagógicas», pero en realidad aún no saben de dónde vienen. Se trataba de visiones lúcidas en las que aparecía de todo: rostros humanos y rostros no humanos que no había visto nunca, paisajes normales y paisajes extraños, llenos de luces geométricas y de colores, el simple cielo estrellado visto con una luz nueva. Lo que me turbaba era el detalle con el que aparecían estas imágenes en mi mente. Era como encontrarse de repente en otro mundo. Todas las imágenes estaban precedidas por un puntito luminoso al que llamé «la estrella», un puntito de luz blanquísimas. Apenas el puntito comenzaba a moverse, aparecían las imágenes de forma continua. La sensación era indescriptible: una emoción de felicidad extrema, mezclada con una claridad superracional. Toda angustia desaparecía, y era como si la mente penetrase en el universo. Desafortunadamente, las imágenes duraban poquísimas: desde pocos segundos hasta un minuto como máximo. Cuando intentaba «racionalizarlas»,

desaparecían de golpe, como si se tratase de una «válvula» que cierra la mente normal y abre la «supermente», la que no forma parte del yo, sino que pertenece sin duda al imaginario del inconsciente colectivo. Era necesario primero vaciarse de todo pensamiento, pero el mero intento resultaba siempre muy complicado. Sin embargo, experimentaba una visión lúcida y en altísima definición. Inmediatamente, sentí que estas imágenes tenían algo que ver con una «nueva ciencia». Eran increíbles y maravillosas, y tenía la sensación de que guardaban relación con una superinteligencia con la que me había sintonizado casualmente.

Fue precisamente durante ese período cuando comenzaron a manifestarse de manera repentina las imágenes mentales y, cada vez con mayor frecuencia, las sincronicidades entre ciertos estados psíquicos míos y los acontecimientos externos. Todo empezó a suceder mientras veía o escuchaba la televisión. En distintos momentos, perdía el hilo de lo que ocurría en una película, en una serie, en un documental o en un anuncio publicitario, y me quedaba absorto en pensamientos que provenían de lo más profundo de mí. Estos pensamientos a menudo tenían que ver con temas científicos, entre ellos con el programa SETI —estudio de la inteligencia extraterrestre con los métodos de la astronomía, en el cual comencé a interesarme más durante aquel período—, y con mi relación con las personas y la vida después de la muerte. ¡Cuando me invadían estos pensamientos, recibía una respuesta sincrónica en la voz emitida por la televisión! Por ejemplo, mientras me quedaba pensando en un colega mío, una actriz respondía a una amiga en una serie diciendo: «Te odia». En otro caso me preguntaba adónde iban las personas amadas que habían muerto, y la televisión respondía sincrónicamente con un viejo dibujo animado de *Huckleberry*

Hound que decía: «Estamos todos aquí». O bien, de repente, no recordaba dónde había puesto el parámetro «presión» en la ecuación de Saha que describe los estados de ionización en el plasma estelar —por aquel entonces tenía que preparar un certamen—, y sincrónicamente en la televisión salía un político que usaba una expresión metafórica y decía «el denominador». Una vez me estaba preguntando: «¿Cómo será mi vida?», cuando un escultor al que estaba entrevistando un crítico de arte en la televisión decía en aquel preciso instante: «Un paseo sobre brasas y luego el éxtasis». Pero la más impresionante y la de mayor contenido filosófico me ocurrió cuando, mientras veía distraídamente la televisión, entré en un círculo vicioso preguntándome si había nacido primero el huevo o la gallina. En ese mismo momento, salió en un programa de agricultura una entrevista a una campesina romana que decía «La gallina y los huevos juntos». Retrospectivamente me doy cuenta de que esta última sincronicidad intentaba introducirme, hace ya veinte años, al concepto de no localidad de la física cuántica, donde el mecanismo de causa-efecto se viola repentinamente, como por ejemplo en el caso de los espines correlacionados y el famoso efecto EPR. Sin embargo, las sincronicidades de aquel entonces no solo tenían que ver con la televisión, sino también con las imágenes del mundo externo, sobre todo el natural. Por ejemplo, un día, mientras conducía —poco antes de la puesta de sol—, me estaba planteando la cuestión de la elección moral entre el bien y el mal. En aquel preciso instante vi un halcón completamente blanco apoyado sobre un cable eléctrico; a su derecha salía la luna y a su izquierda se ponía el sol. Una imagen bellísima que súbitamente me dio la respuesta: el universo es una armonía de opuestos y no puede existir lo uno sin

lo otro, por lo que desarrollar una concepción maniqueísta conduce a evitar el conocimiento de una ley espiritual.

En muchísimos casos, experimenté la sincronicidad telepática con mi gato preferido. Lo miraba sin tocarlo mientras dormía sobre una silla, y al mismo tiempo, pensaba en cuánto lo quería; entonces, en aquel mismo momento, comenzaba a ronronear. Esto sucedió centenares de veces, e incluso también ha ocurrido recientemente. Podría seguir contando sincronicidades similares infinitamente, en las que muy a menudo —más allá de la televisión— precisamente eran los animales los que respondían a mis pensamientos: los zorros, los tejones y los cervatillos aparecían de repente y en sincronía con mis pensamientos para responder a mis preguntas interiores con la simbología que representaban. Poco a poco me di cuenta de que era fácil comprender instantáneamente el significado de las sincronicidades. No han hecho mi existencia menos difícil, pero probablemente la han vuelto mucho más interesante, porque he entendido que la vida que vivimos, y que a veces nos parece dura o absurda, esconde en realidad significados profundos que podemos comprender si aprendemos simplemente a relacionarnos con la parte más profunda de nosotros mismos, aceptando que somos una amalgama armónica de materia y de espíritu, de racionalidad y de intuición, aceptando, en síntesis, que somos parte del dualismo que dinamiza la vida en el universo.

Sin duda la sincronicidad que condicionó las decisiones que tomé en lo que respecta a mi trabajo de investigación ocurrió cuando tenía treinta y siete años —dos años después de terminar mi doctorado de investigación en física estelar—, cuando encontré por puro azar un libro en un mercadillo. Abrí el libro distraídamente y precisamente en esa página, mi ojo se posó en la frase: «Los ovnis pueden

ser estudiados por la física». Después aparecía escrito: «En Hessdalen no trabajan los ufólogos sino los científicos». Fue así como, paralelamente a mi investigación astronómica, comencé a estudiar hace doce años las «misteriosas bolas de luz» que aparecen precisamente en Noruega, en Hessdalen —donde he sido cuatro veces director científico de misiones en las cuales hemos efectuado medidas con diferentes instrumentos—. Esta labor continúa todavía, ya que también estoy llevando a cabo investigaciones en otros lugares del mundo. No sé adónde me llevará todo esto; deberá sin duda afinar mi sensibilidad con las próximas sincronicidades, pero he comprendido que solo siguiendo estos increíbles milagros que de repente iluminan nuestra vida cotidiana, nos damos cuenta de que debemos seguir un camino que nos lleva hacia una meta, un destino que no nos convierta en títeres pasivos, sino que nos estimule a participar como cocreadores de nuestra vida y del universo en su conjunto.

SINCRONICIDAD

ÍNDICE

Introducción.....	7
1. Un conocimiento antiguo	11
2. LA GRAN MAGIA QUE DESCUBRIÓ CARL JUNG	17
2.1. La sincronicidad de la biblioteca y la separación de Freud.....	18
2.2. Las distintas facetas de la sincronicidad	22
2.3. El poder transformativo de la sincronicidad en los pacientes de Jung.....	27
2.4. Todo nace del inconsciente colectivo	30
2.5. La sincronicidad conduce a la «individuación».....	35
2.6. Mitos, arquetipos y alquimia	37
2.7. Hacia una nueva ciencia	39
3. LOS SUEÑOS ALQUÍMICOS DE WOLFGANG PAULI	41
3.1. Hacia una unión de la psicología con la nueva física.....	41
3.2. El diálogo con Albert Einstein.....	44
3.3. El desconcertante «efecto Pauli» y el encuentro con el psicoanálisis de Jung.....	45
3.4. De los sueños de Wolfgang Pauli surge la clave de la psicofísica.....	49

4. WOLFGANG PAULI Y LA FÍSICA DEL SUPERMUNDO SINCRÓNICO	57
4.1. Un genio de la física cuántica	59
4.2. La misteriosa danza sincrónica en el principio de exclusión de Pauli.....	61
4.3. Un «campo de forma» guía al universo.....	64
4.4. La sincronicidad es el pegamento del universo.....	68
4.5. La matriz de la creatividad científica se halla en el Akasha.....	74
4.6. El número: el arquetipo del orden	78
4.7. La simetría en la física y en la psique	82
4.8. El diagrama psicofísico de Pauli-Jung	87
4.9. El «factor psicoide» y el reloj del mundo	92
4.10. La estructura cuaternaria del universo.....	94
4.11. La contundente sincronicidad alquímica del jarrón de agua	96
4.12. Dos aspectos inconclusos en la obra de Pauli.....	99
5. LA SINCRONICIDAD EN LA CIENCIA DEL TERCER MILENIO.....	103
5.1. La sincronicidad de los espines correlacionados	104
5.2. La psique influencia un generador de números causales.....	108
5.3. Amar es «entrelazamiento» cuántico.....	111
5.4. La resonancia mórfica y el cerebro holográfico	112
5.5. La coherencia electrodinámica cuántica.....	115
5.6. El vacío crea	116
6. LA SINCRONICIDAD DE ALGUNOS PRODIGIOS EN EL CIELO Y EN LA TIERRA	119
6.1. Sobre las cosas que se ven en el cielo.....	119
6.2. Los mandalas sincrónicos de nuestro tiempo	124
El «sincrodestino» de Deepak Chopra	129
Referencias bibliográficas e internet	139
Las vidas paralelas de Jung y Pauli.....	145
Glosario científico y psicológico	149
Mis sincronicidades.....	159

SINCRONICIDAD

El misterioso y extraordinario fenómeno de las sincronicidades ha acompañado al ser humano desde los tiempos más remotos. Aunque puede presentar diversas formas, la más común es la coincidencia de un suceso externo rico en significado, con un estado de ánimo particular de la persona, la cual percibe esta coincidencia como una guía o una señal. El astrofísico Massimo Teodorani nos muestra que el fenómeno de las sincronicidades hace ya mucho tiempo que está siendo estudiado en profundidad, especialmente por la física cuántica. En estos estudios fue notable la colaboración entre el psicólogo analítico Carl Gustav Jung y el físico cuántico Wolfgang Pauli.

Este libro apasionará a todos los amantes de la física y de la psicología, y también a quienes se interesan por los fenómenos curiosos que la ciencia todavía no ha sido capaz de explicar en profundidad.

editorial Sirio

ISBN: 978-84-7808-785-3

